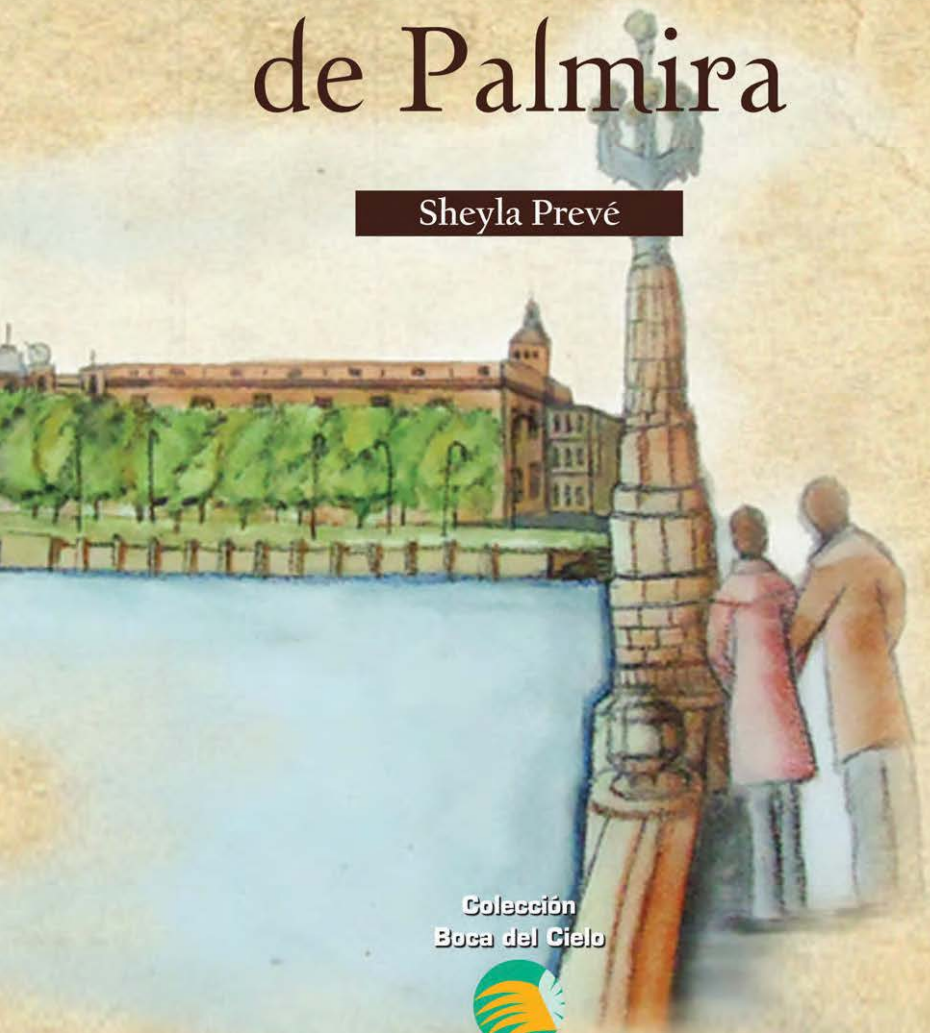


La Orden de Palmira

Sheyla Prevé



Colección
Boca del Cielo



UNICACH

La Orden de Palmira

Sheyla Prevé



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

2012

**Colección
Boca del Cielo**



UNICACH

Joya turística del estado de Chiapas, Boca del Cielo es uno de los nombres más poéticos originados de la sensibilidad colectiva de sus habitantes y el idóneo para una colección de libros destinados a la recreación artística. Los títulos reunidos bajo este sello comprenden el arte y la literatura originados en la entidad o destinados expresamente a ella por autores de diversa procedencia, hermanos todos por su vocación cultural.

Primera edición: 2012

D. R. ©2012. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
1ª Avenida Sur Poniente número 1460

C. P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.

www.unicach.mx

editorial@unicach.mx

ISBN

Diseño de la colección: Manuel Cunjamá

Ilustración de portada: Daf Avendaño

Impreso en México

La Orden de Palmira

Sheyla Prevé



Índice

Agradecimientos.....	9
Prólogo.....	11
Capítulo I.....	19
Capítulo II.....	27
Capítulo III.....	35
Capítulo IV.....	45
Capítulo V.....	59
Capítulo VI.....	65
Capítulo VII.....	81
Capítulo VIII.....	89
Capítulo IX.....	97
Capítulo X.....	105
Capítulo XI.....	113
Capítulo XII.....	121
Capítulo XIII.....	127
Capítulo XIV.....	141

Capítulo XV	145
Capítulo XVI	151
Capítulo XVII.....	163
Capítulo XVIII	173
Capítulo XIX	181
Capítulo XX.....	193
Capítulo XXI	197
Epílogo.....	207

Agradecimientos

A mi dos padres... Al fallecido Juan Miguel por regalarme la vida. A Gildardo mi eterno agradecimiento por las entrañables enseñanzas que he recibido y continúo recibiendo. Sin su amorosa y paternal guía no sería la persona que hoy soy, ni habría tenido los logros entre los que incluyo este libro.

Al resto de mi familia por apoyarme incondicionalmente en el camino literario que he tomado.

Al ingeniero Roberto Domínguez Castellanos, Rector de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, por creer en mi obra e impulsarla hasta el punto de hacer realidad el sueño de que usted querido lector se encuentre ahora leyendo estas líneas.

Y por último pero con igual importancia, a mi querida amiga, la artista plástica Daf Avendaño, por inspirarse en mi obra y representarla a través de su don, esbozando la imagen que engalana la carátula de esta edición.

Prólogo

La lluvia en el inmenso bosque de los alrededores caía de forma implacable; Leonor se revolvía inquieta entre los pliegues de su cama sin poder conciliar el anhelado sueño; la tela de su delicada bata de dormir se enrollaba a su alrededor poniéndola incómoda; si a eso le sumaba el tamaño de su enorme vientre y los movimientos firmes e incesantes de su inquilino temporal, descansar esa noche parecía una tarea prácticamente imposible.

— ¿Qué sucede mis amores? —preguntó su marido, inquieto al notar que aún no dormía.

— Esteban, lo siento te he despertado —respondió con remordimiento.

— No te preocupes por eso, dime qué pasa —pidió, acariciando con adoración su vientre, para él era un acto reflejo, cada vez que estaba a su lado lo hacía.

— No lo sé con seguridad, siento algo extraño esta noche, tal vez fue un error venir aquí, debimos quedarnos en la ciudad al menos hasta después del parto.

— Amor mío fuiste tú la que me convenció de venir, yo me hubiera quedado encantado.

— Tienes razón, además, deben ser todas las hormonas de mi cuerpo que no me dejan tranquila; mejor abrázame, así me dormiré más rápido.

Esteban se acomodó a su lado y la envolvió con sus brazos tiernamente; era cierto, se sentía más segura teniéndolo cerca de su cuerpo calentándola cuando no podía regular su

propia temperatura. Lentamente se fue relajando, el fuerte sonido que hacían las gotas de lluvia al caer sobre el techo de la enorme habitación, se iba atenuando conforme se dejaba vencer por un sueño profundo.

El tiempo que transcurrió mientras dormía fue incierto; para ella pudieron haber sido tan sólo cinco minutos, sin embargo, cuando sintió un fuerte jalón en el brazo y abrió los ojos supo instantáneamente que había dejado de llover pues lo único que la rodeaba era calor intenso y un espeso humo que le impedía respirar, un segundo tirón más fuerte la sacó de su momentáneo estupor, se incorporó desesperada buscando a Esteban a su lado; y allí estaba urgiéndola a levantarse para ayudarla a escapar.

— Leonor, tenemos que correr ¡ahora! —gritó él sacándola de la cama.

— Esto no es posible —decía, mientras corría tras él hacia la puerta— ¡¿Fuego?!

Corrían tan rápido como su agotado cuerpo se los permitía; el humo les impedía ver de dónde venía el mayor peligro: las llamas. El calor se sentía con la misma intensidad sin importar la dirección que tomaran, Esteban decidió que no la arriesgaría por más tiempo, así que eligió el camino corto. Bajaban por la pequeña escalera de servicio cuando la habitación en el piso superior comenzó a derrumbarse; se escuchaban golpes estruendosos cada vez que caía un pedazo de techo o pared. Lograron bajar hasta la cocina y de ahí salir al jardín trasero, aun debían rodear la casa para llegar a la cochera cuando Leonor sintió la primera contracción, se agachó violentamente al recibir el impacto de dolor; el pánico se apoderó de ella por un instante, estaban en medio de la nada y en caso de encontrar el automóvil intacto les tomaría tres horas de viaje llegar a la ciudad más cercana.

— ¡Leonor! –gritó Esteban llegando a su mayor nivel de angustia.

— No te preocupes. Es sólo mi espalda, creo que me la golpeé al bajar –mintió – ¡corre! ve a buscar el auto, yo estoy a salvo, espero que él también y podamos salir pronto de aquí.

Corrió con toda su fuerza, no necesitó llegar a la cochera para darse cuenta de que era inútil, desde varios metros de distancia notó que estaba destruida casi completamente, sabía que no podía ser un fuego natural el que ocasionara toda esa destrucción en cuestión de minutos; Denon los había encontrado, no le quedaba la menor duda. Instantáneamente cambió de dirección y regresó junto a su amada, la encontró recargada contra un árbol del jardín trasero luciendo más pálida y más cansada que nunca, llegó hasta ella lo más rápido que pudo y la abrazó, supo que era incapaz de defenderla y sintió odio por primera vez en su vida, contra aquel que los perseguía y contra sí mismo por haber sido tan estúpido de pensar que escondiéndose estarían a salvo y que tal vez llegarían a ser felices.

— Ya lo tengo –dijo Leonor un poco más animada– ¡las caballerizas!

— Vamos irápido! –pidió él, sabiendo que era incapaz de dejarla sola otra vez.

Abrazados avanzaron con cautela por el jardín, las caballerizas estaban del otro lado de éste como a cuarenta metros. A Leonor se le hacía muy difícil caminar, Esteban la sentía muy débil.

— Está a salvo, el fuego no llegó hasta aquí –dijo Leonor en un suspiro –vamos, mi querida *Sirena* me llevará.

Se acercó a la dócil yegua Holstein; a su lado, Leonor se veía aún más pequeña de lo que en realidad era, notó por primera vez que su cabello y la capa azabache del animal

eran exactamente del mismo tono y sonrió; su sorpresa fue enorme al darse cuenta de que aun en esas circunstancias era capaz de sonreír.

— Tal vez sería buena idea esperar al amanecer para partir, ya falta poco tiempo –sugirió Esteban, sin saber realmente qué era lo más conveniente.

— No quería decírtelo aún para no afligirte de más, pero creo que tu hija y yo no tenemos hasta el amanecer, ya tengo contracciones.

— No puede ser, te falta más de un mes.

— Lo sé, pero mira el lado bueno, ya encontré su primer parecido, es paciente, igual que su padre.

— Leonor, esto no es un juego, no puedo arriesgarte llevándote a caballo y menos a la ciudad.

— No tenemos que ir hasta la ciudad, podríamos ir a la casa del capataz; son unos pocos kilómetros y su mujer podría ayudarme. Tú solo no podrás hacer nada amor, tu propia sangre te pone enfermo.

— Al parecer, no queda más alternativa, pero prométeme que si te sientes muy mal me lo dirás al momento.

— Prometido –aseguró ella intentando una sonrisa que se quedó en mueca debido al dolor que llegaba nuevamente.

A Esteban le llevó varios minutos ensillar a los caballos, su mente era un torbellino de preocupaciones, Leonor no se había percatado de lo que sucedía realmente, no quería decirle que su peor pesadilla había regresado para seguir amenazándolos y en su interior crecía el temor de que esta vez quisiera causar más daños, de que no se quedara conforme con quemar su refugio. Los ataques habían cesado meses atrás, pero sospechaba que Denon estaba dejando pasar el tiempo sin molestarlos, para orillarlos a bajar la guardia. Él estúpidamente había caído en su juego, permaneciendo por temporadas muy largas en el mismo lugar, relacionándose

con los lugareños, dejando que los conocieran. Había sido un error igual que ir a esa maldita finca en medio de la nada.

Una vez que tuvo colocadas las monturas, ayudó a Leonor a subir a la yegua con extrema delicadeza.

— *Sirena*, llevas mi vida entera en tu lomo, cuídala. Usted también tenga cuidado señora –recomendó cariñosamente.

— Lo tendré.

— Yo iré al frente –indicó mientras montaba su caballo.

Comenzaron su camino, Leonor estaba molesta, pero la mayor razón era la interminable oscuridad, no tanto estar en trabajo de parto; trató de mostrar fortaleza frente a Esteban, pero la verdad era que no se sentía de esa manera en absoluto; le temblaba el cuerpo y las lágrimas brotaban de sus ojos a borbotones. Le hablaba a la pequeña niña que en su vientre debía estar igualmente asustada; usaba las palabras más amorosas y tranquilizadoras que conocía.

A lo largo de su embarazo, deseó en múltiples ocasiones que la llegada de su bebé a este mundo se diera en condiciones no sólo adecuadas, sino en el ambiente más especial del mundo, porque su hija merecía eso y más. Incluso antes de nacer, la amaba como a su propia vida; era el producto del gran amor que Esteban y ella se tenían. Sabía que sería la niña más adorada y consentida del mundo.

Se detuvo de tajo cuando se percató de que su voz sollozante, era el único sonido en la negra noche.

— ¡Esteban! –llamó sin obtener respuesta– ¡Esteban, me escuchas?! Por favor Dios esto no puede estar pasando... ¡Esteban! No me dejes sola, te lo suplico –*Sirena* se detuvo por iniciativa propia.

Un silencio sepulcral le respondía, solo escuchaba sus lamentos y su respiración agitada; de alguna forma había logrado perderse, probablemente *Sirena* había equivocado el camino. Los arbustos a su lado comenzaron a hacer so-

nidos amenazadores como si escondieran algo o a alguien; sintió pánico al imaginar lo que se le avecinaba y entendió al fin, Denon la había encontrado. Golpeó a la yegua con la fusta, todavía guardaba una leve esperanza de huir, pero el animal no se movió, estaba paralizado. En ese momento lo vio; apareció detrás de unos arbustos, comportándose tan arrogante como siempre. La zona en la que estaban parados se iluminó de pronto, como si hubiera salido el sol y la luz que alumbraba fuera de mediodía. Él hizo un gesto extraño con la boca una mezcla de repugnancia y diversión.

— Mi querida Leonor, tan intrépida como siempre. ¿Nadie te dijo que cabalgar con un embarazo tan avanzado como el tuyo, podía ser peligroso o incluso mortal? —no era una pregunta, simplemente se regodeaba en su victoria.

— Ya lograste lo que querías, haz lo que tengas que hacer y terminemos con el asunto.

— Estás en un error mi querida niña; éste no es el final, es solamente el comienzo. Me he tomado un minuto para informarte todo lo que provocaste, no sería justo que murieras en paz. Porque sí, tú morirás hoy, pero Esteban no; él vivirá, solamente para ver perdido todo lo que ha amado alguna vez; sufrirá lo mismo que yo.

Leonor no respondió, habría sido inútil, simplemente volteó el rostro hacia el frente y se tragó las lágrimas más amargas de su vida. Él sonrió, esta vez con una felicidad oscura, no con simple diversión como un momento antes. Se acercó al animal, lo acarició casi bruscamente.

— Corre —le ordenó a la yegua con la voz más suave que Leonor le había escuchado jamás.

Sirena obedeció corriendo a galope y Leonor pensó por un segundo que ella la cuidaría, que no seguiría la orden. Entonces, escuchó claramente su voz como si fuera galopando a su lado.

— Más rápido *Sirena*...

Supo que todo había terminado cuando la yegua ahora desbocada jaloneaba la rienda tan fuerte que le era imposible sostenerla y tuvo que soltarse, el único pensamiento que surgió en su mente mientras se estrellaba contra el tronco de un enorme árbol y rebotaba contra el suelo un par de veces fue Esteban, su brillante sonrisa y cálida voz reconfortándola.

Capítulo I

El campo de beisbol de Guanabacoa se abarrotaba en días como ése, un soleado sábado por la tarde en que la gente buscaba actividades divertidas, con el propósito de distraer su atención de la monótona rutina. Jóvenes y niños se mezclaban al momento de elegir integrantes para los equipos que se disputarían, casi a muerte, la victoria, que una vez lograda, les daba el estatus de pateadores de traseros durante toda la semana.

El proceso de selección de integrantes de cada equipo se basaba en la destreza personal; no obstante ser un pueblo pequeño, todos conocían las habilidades que cada jugador poseía, por ello, unos eran muy solicitados por los capitanes de los equipos y otros bastante relegados por falta de agilidad. En Cuba, el beisbol es un deporte muy importante, la gente se lo toma muy en serio sin importar la edad o el género.

Cuando Lara llegó a vivir ahí, no le fue sencillo integrarse, debido a su aspecto pequeño y delicado; nadie apostaba la victoria sólo por averiguar qué tan buena jugadora era. Sin embargo, su oportunidad se presentó rápidamente, después de dos semanas de su llegada. Un viernes les faltaban jugadores debido al mal tiempo, así que alguien la eligió; en cuanto la vieron batear su primer jonrón, se convirtió en la carta segura de los equipos y la pateadora de traseros, permanente e invicta; sin importar a qué equipo perteneciera, los convertía en ganadores.

Esa tarde de sábado, lejos de ir preparada para patear traseros como acostumbraba, usaba un sencillo pero lindo vestido color caqui de tirantes, se ajustaba en los lugares precisos de su anatomía haciéndola lucir sus pequeños y femeninos contornos, su largo cabello cobrizo en lugar de ir amarrado en la acostumbrada coleta, caía delicadamente sobre sus hombros desnudos en densas hondas hasta la mitad de su espalda. Observaba sus pies al caminar, le parecían extraños, enfundados en las pequeñas sandalias de tiras, expuestos al sol por primera vez en largo tiempo; su atuendo ese día, difería mucho del habitual, desenfadado y deportivo.

Conforme se acercaba al campo se sentía más nerviosa, comenzó a aminorar el paso mientras mil diferentes rutas de escape (una actividad frecuente en su vida), se creaban en su mente. Ana, su amiga más cercana, o mejor dicho, su única amiga, la acompañaba y al notar que se detenía, tomó su brazo y la forzó a seguir su camino.

— Ani, no lo hagas –rogó inútilmente.

— Basta de excusas, no le cancelarás de nuevo, es la tercera vez que Mario te invita a salir, si no asistes no habrá una cuarta –regañó Ana.

— Es cierto, pero de verdad no me importa si no vuelve a invitarme, sabes que me siento bien sola, no sé nada acerca de citas.

— No tendré esta conversación de nuevo contigo Lara, sólo camina no pienses en nada más.

— No lo lograré... Lo siento –dijo jalando su brazo intentando escapar de su amiga.

— Lara, si te vas, matarás el poco amor propio que le queda; hazlo como una buena obra, piensa en él como una persona desvalida.

— Bueno, sí lo pones de ese modo, supongo que podría hacer un esfuerzo –aceptó.

— Genial, un esfuerzo es suficiente, además recuerda, sé tú misma, actúa como si estuvieras conmigo, no es nada extraordinario, estarás en casa en pocas horas.

— Realmente serán pocas –dijo de forma casi inaudible.

Dieron vuelta en la última esquina que las separaba de su destino, el campo ya estaba lleno como era costumbre, sus ocupantes tardaron unos minutos en notar a las chicas, pero en cuanto lo hicieron, se escucharon exclamaciones acompañadas de silbidos y protestas por el atuendo de Lara; a nadie le hizo gracia darse cuenta que ese día, ella no jugaría en ningún equipo.

Mario salió de entre la multitud que se encontraba concentrada en Lara. Era un chico realmente guapo, tal vez el más atractivo de Guanabacoa; tenía una gran estatura y ancha espalda, su piel y rasgos mulatos evocaban en Lara la fiel representación de un orisha, digno hijo de los dioses africanos. Se acercó rápidamente a ella, parados uno al lado del otro contrastaban en extremo, como la leche y el café; vestía un pantalón deslavado de mezclilla con la única camisa formal de su guardarropa, que usaba únicamente en bodas y funerales.

— Te ves...

— Diferente –dijo Lara adelantándose.

— Iba a decir hermosa, diferente y hermosa –corrigió él sonriendo.

— Gracias, tú también te ves... diferente –la palabra que cruzó su mente fue: hermoso. Pero no se atrevió a decirla.

— Será mejor que nos vayamos antes de que me linchen por alejarte del campo de juego.

— De acuerdo –aceptó ella despidiéndose con la mano de Ana que se había alejado para darles un poco de privacidad.

Camaronaron juntos por varias calles rumbo al Liceo Artístico y Literario, donde presenciarían el concurso anual de violonchelo. Lara se dio cuenta de que el camino que tomaron los haría pasar por la esquina de su casa y temió que su padre los viera; no se ocultaba de él porque hubiera omitido mencionar su cita, sino debido a que sentía cierto recelo de que la viera acompañada por un muchacho, pues a pesar de tener veinte años de edad, cumplidos un mes antes, nunca había tenido una cita real. Siguió caminando poniendo toda su atención en la entrada de su casa y justo cuando pasaban, la puerta se abrió; esperaba ver salir a su padre, pero no fue él quien apareció por el resquicio, sino un desconocido, se detuvo en seco sin importarle más que pudieran verla, su corazón se aceleró y una emoción muy conocida nació en su estómago: el miedo.

Ella y su padre casi nunca recibían visitas, pero cuando se daba el caso existía un patrón: después de que el visitante partía ellos se marchaban también, lo más lejos y rápido posible del lugar en el que vivieran en ese momento.

El miedo repentinamente se convirtió en enojo, tomó a Mario de la mano y echó a correr con todas sus fuerzas arrastrándolo con ella; no entendía cómo era posible que estuviera sucediendo de nuevo, no tenía ni seis meses viviendo en la preciosa Guanabacoa, no estaba lista para dejarla todavía, había hecho amigos ahí, tenía una rutina y estaba cómoda con ella ¿acaso eso no importaba para nada? Definitivamente tendría una conversación muy seria con su padre; pero después de una larga y placentera cita. Se detuvo una vez que habían dejado bastante lejos la casa y a su padre con su invitado, Mario casi se estrella contra ella cuando lo sorprendió deteniéndose.

— Ahora sí que estoy confundido... ¿Huimos de alguien? —preguntó Mario casi sin aliento por la carrera.

— Sentí ganas de correr —respondió, dejando claro que no diría nada más.

— De acuerdo, de todos modos no me interesa, sólo me importa que estamos juntos –aceptó él tomando su mano de nuevo y echando a andar.

Les faltaba muy poco para llegar al Liceo; pero el resto del recorrido lo hicieron con paso medurado.

El concurso fue un despliegue de arte. Para Lara, todos los concursantes merecían ganar, pero Mario con su amplio conocimiento en la materia fue indicando los errores que cometían los artistas.

Al salir de ahí, Lara se sentía más resignada pero a la vez triste por la noticia que sabía le esperaba en casa; quería retrasar su llegada al máximo, así que le pidió a Mario un recorrido por los lugares que más le gustaban de Guanabacoa, lo tomó como su ritual de despedida, aunque le hubiera encantado conocer más de ese hermoso país, sabía que sería imposible después de esa noche. Cuando llegó la hora de dar por concluida la cita, pasaba de la medianoche y para ese momento sabía que le habría encantado también conocer más a Mario, tal vez tener un romance con él, ¿y por qué no? después de un tiempo casarse y establecerse, tener hermosos niños mulatos corriendo por Guanabacoa.

Llegaron a la puerta de su casa pero estaba renuente a despedirse; planeaba decir algo lindo, sin embargo, en lugar de eso le dio un tierno y prolongado beso. Cuando se separaron Mario se quedó sin habla y medio paralizado, Lara decidió que era la mejor forma de agradecerle por su linda cita y sin decir nada más entró a su casa dejándolo estupefacto.

Una vez dentro, se recargó en la puerta que acababa de cerrar, se agachó para quitarse las sandalias pues tenía los pies doloridos. Un sonido proveniente de la habitación contigua llamó su atención, al levantar la vista descubrió a su padre, quien salió elegantemente vestido a recibirla.

— Al fin llegas, te hemos esperado por bastante tiempo –saludó en tono serio.

— Me entretuve con... Espera ¿has dicho “hemos”? ¿hay alguien más aquí? –preguntó sorprendida.

Su padre no respondió, así que caminó decidida al comedor; al entrar, se estremeció en cuanto vio al hombre que acompañaba a su padre, era el mismo que había visto esa tarde; cómodamente sentado a la cabecera de la mesa, claro, todo lo cómodamente que su alto cuerpo le permitía; asumía una actitud arrogante que le molestó de inmediato, a pesar de estar sentado, notó que debía medir más de un metro ochenta de estatura y que era más fornido de lo que le había parecido de lejos, no debía ser mucho mayor que ella pero su actitud lo hacía parecer más grande, vestía un elegante traje gris oxford hecho a medida como el de su padre; sin embargo, el rasgo que lo traicionaba era su oscuro cabello que enmarcaba su bello rostro con suaves ondas, largas hasta el cuello. Se levantó de inmediato, pero en lugar de ir a saludarla como ella supuso, hizo una reverencia antigua desde donde estaba y se dirigió a su padre que ya estaba parado a su lado.

— ¿Por qué no mencionaste que es igual a Leonor? –preguntó en tono acusatorio.

— Porque no lo soy –respondió Lara sin dejar hablar a su padre.

— Claro que lo eres –afirmó él, sin esperar respuesta; tienes una hora –avisó mientras regresaba a su lugar.

— ¿Una hora para qué? –preguntó indignada.

— Para preparar tu equipaje por supuesto.

— ¿Qué está sucediendo? –preguntó dirigiéndose a su padre ahora.

— Lara lo lamento, llegó el momento de marcharnos.

— Eso me queda claro, lo que aún no entiendo es qué está haciendo este hombre aquí.

— Te lo explicaré mientras te ayudo a empacar –dijo, indicándole con un ademán que la acompañaría a su habitación.

El recorrido hasta su recámara era muy corto, eso la reconfortaba pues sabía que obtendría respuestas pronto. En cuanto entraron, su padre sacó una maleta grande del ropero y comenzó a colocar ropa en ella, con una ansiedad poco característica en él. Lara notaba que en su mente estaba componiendo las oraciones con las que le explicaría lo que sucedía o había sucedido; decidió darle un poco de tiempo y se dispuso a colocar sus artículos de arreglo personal en la bolsa pequeña de viaje, cuando hubo terminado, a su paciencia tampoco le quedaba mucho tiempo así que lo abordó.

— ¿Vas a decirme que sucede? –preguntó en un tono más molesto de lo que pretendía.

— Hija, creo que no hay una forma fácil para decirte esto, así que simplemente lo diré... No viajaremos juntos esta vez pequeña –confesó en un suspiro.

— ¿A qué te refieres? –preguntó incrédula.

— Hay algo que requiere mi atención inmediata, así que deberás partir con Evan, confía en él, es una buena persona y sabrá protegerte.

— ¿Qué puede ser tan importante como para que me envíes a quién sabe dónde con ese desconocido? ¿Adónde irás tú?—casi lo gritó por la desesperación que le producía la idea.

— Me temo que no puedo decirte nada más, mientras menos involucrada estés en el asunto será mejor. Lo único que necesitas saber es que Evan es un amigo muy querido de la familia y que estarás segura con él, sólo haz lo que te pida y todo estará bien, será poco tiempo, en unos días me reuniré con ustedes.

— ¿Amigo de qué familia? Hasta donde sé, nosotros dos somos la familia y yo lo conocí el día de hoy.

— Basta de interrogatorios Lara, harás lo que te pido y punto, no discutiremos ¿ha quedado claro? –usó el clásico tono autoritario que Lara no le escuchaba desde años atrás.

— Estás evadiéndome... –afirmó, indignada por la actitud de su padre, había transcurrido mucho tiempo desde que la había tratado como a una niña–, soy una adulta creo que soportaré la información.

— No diré nada más, es hora de partir.

Sin dejarla responder salió de la habitación jalando la maleta medio llena; dejando atrás a Lara, desconcertada y con la mitad de su ropa todavía en el armario. Ella tomó su pantalón y sudadera favoritos; se deshizo del vestido arrojándolo lo más lejos que pudo, sabía que no lo vería otra vez; se vistió con el nuevo atuendo y se calzó los tenis más cómodos que poseía; guardó un par de libros de su colección junto con su ipod en la bolsa de viaje y se la colgó al hombro mientras salía de la alcoba, sin voltear siquiera cerró la puerta, dejando tras ella también sus bellos recuerdos de Guanabacoa, caminó hacia el comedor tomando la actitud más despreocupada que fue capaz, ya que si de algo estaba segura, era de que no se mostraría agobiada ni sentimental frente al arrogante desconocido.

Capítulo II

Eran casi las dos de la madrugada cuando arribaron al aeropuerto José Martí en La Habana, descendieron del jeep verde oscuro que los transportó y caminaron hacia la terminal número tres, lo que le confirmó a Lara que estaba a punto de abordar un vuelo internacional.

— No sabía que hubieran vuelos internacionales nocturnos —afirmó de repente sin querer.

— Los hay —respondió Evan— aunque no comerciales —completó pagado de sí.

— Ajá —dijo molesta— ¿viajaremos en tu jet privado? —preguntó sarcástica.

— Decir que es mío sería presuntuoso, pertenece a mi familia —aceptó en el mismo tono que había usado ella.

Lara no respondió, se sentía exasperada por la agresiva masculinidad que emanaba de Evan. Recorrieron el resto del camino en silencio. Cuando llegaron al primer hangar; su padre, quien se había mantenido en silencio, la detuvo abrazándola.

— Todo estará bien mi vida —susurró en su oído.

— Lamento la forma en que reaccioné hace un rato papá, tenía la esperanza de que todo fuera diferente esta vez.

— Lo sé y créeme, sí todo sale como espero será la última vez que tengamos que huir.

— Así será papá, tengo fe en ti.

— Aquí me despido pequeña, te amo.

— Yo también te amo.

Pronunció esto último como si fuera su mantra, con un gran orgullo por su padre; sabía que había tenido que pasar por innumerables tragedias en su vida, entre ellas la muerte de toda su familia y al final la de su adorada esposa. Aún así, guardaba en su interior una fortaleza en la que Lara se apoyaba continuamente. Se separaron sin entusiasmo, Esteban se despidió de Evan con un leve movimiento de cabeza y sin alargar más el asunto entró al hangar en el que lo esperaba su propio transporte.

— Debemos movernos –dijo Evan tomando la maleta de Lara y encaminándose hacia el siguiente hangar.

Lara lo siguió retomando su actitud esquiva, en cuanto vio el jet sintió esa usual opresión en el pecho previa a cada viaje que la conducía otra vez a lo desconocido. Abordaron y de inmediato notó el lujo casi excesivo de la nave.

— Ponte cómoda, regreso en un minuto, debo conversar con el piloto.

— Gracias –respondió.

Se quedó sola observando la cabina sin saber bien cuál asiento debía escoger, a su alrededor habían diferentes clases, desde el tipo escritorio y el típico reclinable, hasta el prácticamente privado estilo cama, incluso al fondo encontró una pequeña barra de bar rodeada por bancos y pensó en lo bien que le caería un mojito en esos momentos.

— Toma lo que desees –dijo Evan que acababa de regresar y la veía divertido–, a mí me caería muy bien una copa –completó en un tono que parecía insinuante; sin embargo, Lara sabía que sólo intentaba irritarla más.

— Lo haré, no te preocupes –respondió altiva mientras regresaba sobre sus pasos acercándose al asiento tipo cama que en esos momentos resultaba su mejor opción, así al menos podría pasar el viaje sin tener que ver su sarcástica sonrisa – ¿Adónde nos dirigimos? –preguntó mientras se sentaba.

— Esa es información clasificada –respondió, acomodándose en un asiento frente a ella.

— Creo que seré perfectamente capaz de leer los letreros del aeropuerto al que arribemos, ¿qué más da si me lo dices ahora? o ¿planeas vendarme los ojos al llegar?

— De igual manera prefiero que sea una sorpresa –respondió ignorando intencionadamente la mirada envenenada que Lara le dirigía.

— Perfecto –dijo ella recostándose lo más lejos posible de su vista.

— Perfecto –imitó Evan.

Abrió bruscamente la bolsa de mano que tenía a su lado, sacó su ipod y se colocó los audífonos, reprodujo la lista más sonora que encontró al mayor volumen posible; tomó el libro de Stephen King que estaba leyendo en ese momento y rogó que *Amy Lee* y *El retrato de Rose Madder*; fueran suficientes para aplacar la irritación que Evan le provocaba. Se concentró tanto en su libro y su música que el vuelo se le pasó más rápido de lo que esperaba, o tal vez su destino era más cercano de lo que ella había supuesto. En cuanto notó que aterrizaban guardó el libro pero no hizo lo mismo con el ipod, deseaba que la carga de la batería soportara lo más posible, para así no tener que dirigirle la palabra a su desagradable acompañante, a quien al parecer no le importaba para nada, ya que no intentó hablarle; sin embargo, bajando de la nave la agarró del brazo y sin soltarla la dirigió a la salida.

En cuanto divisó la puerta principal buscó el letrero que le indicaría su localización en el planeta y lo encontró rápidamente, recitaba “Bienvenidos a Cancún, Quintana Roo” en varios idiomas. Ya entendía porque el vuelo le había parecido tan corto.

— ¿Qué estamos haciendo en México? —preguntó sin poder contenerse y de inmediato supo que era inútil; Evan no planeaba responderle esa o ninguna otra pregunta.

— Debemos llegar al auto —respondió él secamente.

— Tú sí que sabes socializar —dijo en voz baja.

— No estoy aquí para socializar —afirmó— sólo hago mi deber y te agradecería que me facilitaras un poco las cosas haciendo lo que te pido.

— Es exactamente lo que hago —afirmó indignada, colocando en su lugar el audífono que se había quitado.

Atravesaron rápidamente el estacionamiento; al llegar al fondo, Evan se detuvo bruscamente frente a una camioneta de modelo desconocido para ella y tampoco se interesó mucho en observarla, simplemente esperó que le abriera la portezuela para subirse en el lado del copiloto, dio un portazo y se desvaneció en el cómodo asiento de piel, Evan demoró menos de un minuto en guardar la maleta en el portaequipaje; de inmediato lo tuvo a su lado arrancando el silencioso motor del vehículo, salió del estacionamiento manejando exageradamente rápido para una zona de baja velocidad. Lara prefería permanecer concentrada en su música y el camino que recorrían antes que hablar con Evan.

A pocas cuadras del aeropuerto, había un campo de beisbol junto al que pasaron rápidamente, gracias a la buena iluminación de la ciudad, Lara pudo verlo y pensó que curiosamente, apenas la tarde anterior había estado en un campo como ese, caminando junto a su querida Ani, sufriendo de nervios por su cita con Mario, parecía que había transcurrido una eternidad, ahora era una lejana realidad alterna que dejaba de existir. ¿Qué pensaría Ani cuando notara su ausencia? Y peor aún, ¿qué pensaría cuando se diera cuenta de que no volvería y que ni siquiera se había despedido? Sus ojos comenzaron a producir lágrimas por sí solos, parpadeó con

fuerza, las limpió lo más rápido que pudo y deseó que Evan no lo hubiera notado; no necesitaba su lástima, mucho menos sus tontas burlas. Se quitó los audífonos de un jalón y apagó el reproductor que comenzaba a provocarle dolor de cabeza.

— Escucha, no quiero saber el itinerario, si no quieres decírmelo no me importa, sólo quiero saber si haremos una parada pronto, realmente necesito usar un sanitario –dijo sin voltear a verlo, tratando de sonar lo más relajada posible.

— Buscaré un lugar para detenerme –aceptó tranquilamente.

— Gracias –respondió, alegrándose por la primera respuesta cordial que lograba de él.

Avanzaron varios kilómetros de carretera antes de que ella comenzara a preguntarse si cumpliría su palabra, ya que habían dejado de verse construcciones esporádicas junto al camino y supuso que incluso si tuviera la intención de detenerse no podría.

— Parece que la ciudad estaba hacia el otro lado del camino –aseguró.

— Lo sé, de hecho estoy familiarizado con la zona, no te preocupes, encontraré un lugar adecuado para detenerme –respondió de nuevo sarcástico.

No se preocupó en seguir respondiendo a sus provocaciones, ni siquiera entendía si su actitud era la misma hacia todo el mundo o si tenía un problema contra ella y en ese punto tampoco le interesaba descubrir su personalidad, sólo tenía que sobrevivir unos pocos días con él y después podría regresar con su padre.

Minutos más tarde cuando se encontraban en medio de la nada, Evan disminuyó la velocidad hasta casi detenerse; continuó su avance lentamente y sacó un teléfono móvil de la guantera, lo encendió, marcó la tecla de remarcado, obteniendo respuesta inmediata.

— ¿Evan? –preguntó una voz grave al otro lado de la línea.

— Ya estoy aquí.

— ¿Y la chica?

— Dije que la traería ¿no es cierto? –preguntó retador.

— Bien, entra –Evan molesto aventó el teléfono de vuelta a la guantera.

— Hablarás únicamente cuando se te indique –le ordenó viéndola.

— ¿Cuándo lo indique quien? ¿A cuántas personas debo obediencia? –preguntó retadora.

— Esto será divertido –respondió pisando el acelerador a fondo.

A parte de la carretera no se veía otro camino por ninguna parte, sin embargo viraron bruscamente internándose entre la espesa vegetación, Lara permanecía rígida sosteniéndose de su asiento rogando que Evan supiera lo que hacía y no terminaran chocando contra una palmera; enseguida notó que había una construcción frente ellos, un gran portón iluminado únicamente por los faros de la camioneta que comenzó a elevarse rápidamente, ella sabía que si continuaban a esa velocidad no lograrían atravesar el umbral sin estrellarse contra él, pero Evan opinaba diferente y aceleró, en cuestión de segundos llegaron hasta la entrada, Lara sintió que el cuerpo se le tensaba al grado de sentir una opresión física, sin ser totalmente consciente de sus actos giró el cuerpo y se agarró fuertemente del brazo de Evan escondiendo la cabeza detrás de su hombro; esperaba la fuerza del impacto pero este nunca llegó, por el contrario, sintió como se relajaba mientras el vehículo desaceleraba y se detenía; sabía que debía moverse pero no podía, sobre todo, por la vergüenza de mostrarse tan débil frente a él, sintió la otra mano de Evan acariciar su cabello tiernamente, tomó

un mechón que caía desordenado y lo colocó detrás de su oreja, cuidadosamente se movió y la tomó por la barbilla, le levantó el rostro hasta quedar a la altura de sus ojos y por un minuto se quedó observándola.

— Retiro lo que dije antes; no eres igual a Leonor, tus ojos son grises.

— Y mi cabello es cobrizo –afirmó sin saber muy bien porqué tenía la necesidad de marcar la diferencia entre ella y su madre.

— Lamento haberte asustado –confesó mostrándose incómodo–, pero debía salir rápido de la carretera, es más seguro de ese modo.

— Lo entiendo –respondió.

— Vamos, nos esperan.

Bajaron de la camioneta y mientras la rodeaba Lara se percató de que se encontraba en una casa muy peculiar, a pesar de ser una especie de mansión tenía aspecto de haber permanecido abandonada por largo tiempo, el jardín descuidado estaba invadido por matorrales silvestres y la construcción a pesar de estar pobrementemente iluminada mostraba claras señales de estar muy cerca del derrumbe. Evan llamó su atención, ya se encontraba a medio camino hacia la entrada principal haciéndole señas para que se apurara; así lo hizo, aceleró el paso hasta alcanzarlo y caminando juntos atravesaron el umbral.

Capítulo III

El fuerte olor a humedad la tomó por sorpresa en cuanto estuvo dentro de la propiedad; el ambiente era sofocante, el calor se adhirió a sus fosas nasales e incluso le dificultaba respirar. Recorrieron largos pasillos desiertos y desprovistos de vida, Lara estaba convencida de que no era una casa habitable, las personas con quienes se encontrarían debían ocuparla muy esporádicamente tratando de no llamar la atención; eso la puso nerviosa, mucho más que el hecho de desconocer su identidad. Evan se detuvo frente a una puerta enorme y la tomó de los hombros.

— No debes estar nerviosa, nadie te hará daño te lo aseguro —dijo viéndola a los ojos.

— ¿Hay algo que deba saber o hacer? —preguntó mostrando su nerviosismo.

— Responde siempre con la verdad y todo estará bien.

— De acuerdo, estoy lista.

El interior de la habitación era totalmente distinto al resto de la casa, finamente amueblado y decorado, la mitad estaba acondicionada como sala de televisión con sillones de piel negros, y una enorme pantalla apagada al fondo, en donde Lara pudo distinguir a tres personas despreocupadamente sentadas que mantenían una conversación trivial. El otro lado de la habitación parecía un centro de mando, una mesa grande en el medio ocupada por múltiples equipos electrónicos que no pudo reconocer y una serie de panta-

llas, en tres de las cuales se proyectaban imágenes de la casa y sus alrededores, provenientes de cámaras de seguridad.

— Hola chicos –saludó Evan a las personas de los sillones.

— Debes llamar a papá –respondió una voz infantil–, están volviéndose locos, han telefonado cada cinco minutos.

— Por supuesto –dijo sarcástico.

Tomó a Lara de la mano y la llevó hasta el centro de mando, inició uno de los equipos y le indicó con un gesto que se sentara a su lado.

— Esta es la cámara –indicó señalando la parte superior de la pantalla –quédate frente a ella, querrán ver que te he traído a salvo.

— De acuerdo –aceptó reacia–, esto se pone cada vez más extraño –dijo para sí misma.

— Todavía no has visto nada –aseguró sonriente.

— Magnífico.

La comunicación se logró de inmediato, Lara distinguió en la pantalla a dos personas de unos cuarenta y tantos años, un hombre de cabello oscuro como el de Evan pero más corto, su blanco rostro denotaba nobleza y calidez, le sonreía con cariño, una expresión que le recordó la forma en que él la miró momentos antes en la camioneta, acompañado de una mujer hermosa de largos rizos rubios y unos grandes ojos ambarinos como los de Evan, llenos de lágrimas. Confirmó de inmediato que eran sus padres. Evan se paró a su lado frente a la cámara y se inclinó repitiendo el antiguo saludo que horas antes le había dedicado a ella.

— Lara, te presento a Héctor y Dalia Varzán, son los... son mis padres.

— Es un placer conocerlos –saludó.

— ¡Ya no es una pequeña! –exclamó Dalia para nadie en particular–, eres hermosa; me recuerdas tanto a tu madre –aseguró limpiándose las lágrimas del rostro.

— Gracias –respondió apenada –ustedes ya me conocían –afirmó.

— Eras apenas un bebé –intervino Héctor–, hay algo que debo decirte, Esteban ha dispuesto que no se te diga nada con respecto a tu pasado; es nuestra obligación obedecer sus deseos. Por ello te pido que no hagas preguntas mientras te encuentres bajo nuestro cuidado y que no te sientas ofendida por la falta de información.

— No se preocupen, estoy acostumbrada a vivir en la ignorancia –respondió con amargura.

— Espero que tu estancia sea agradable –dijo Dalia–, si necesitas algo, acude a Evan o Elisa y ellos te ayudarán.

— Lo tendré en cuenta, gracias.

— Me comunicaré mañana de nuevo –se despidió Evan–, saben dónde encontrarme de ser necesario.

— Claro hijo, los amamos –respondió Dalia.

Evan usó la misma reverencia al despedirse de sus padres y Héctor le respondió con una solemne inclinación de cabeza. Apagó el equipo rápidamente y le indicó a Lara que se levantara.

— Te mostraré donde está el baño antes hacer las presentaciones porque te advierto, serán largas.

— Suena bien –respondió secamente.

Salieron de la habitación y caminaron por el pasillo que habían recorrido al llegar, la dejó frente a la puerta del cuarto de baño y regresó solo.

— Estaré en la sala con los demás, tómate tu tiempo –le dijo mientras entraba a la habitación contigua.

Realmente se tomó su tiempo, debía encontrar un punto de equilibrio que le permitiera asimilar su nueva situación; estaba completamente desorientada y no solamente por el cambio de ubicación, sino también por estar rodeada por primera vez de gente que había compartido el pasado con

sus padres, eso más que cualquier otra cosa la llenaba de angustia y de la curiosidad más grande que había sentido nunca.

La imagen que tenía de su padre, se basaba únicamente en los momentos que había compartido con ella, ahora que el pasado alcanzaba al presente, el desconcierto la invadía y no poder llegar a esa información la enervaba. Siempre estuvo muy conforme con su vida, no acostumbra protestar o exigir; pero ya no era una niña y no entendía por qué su padre insistía en ocultarle información. Decidió que ya era tiempo de saber la verdad y en cuanto estuviera frente a su padre le exigiría un par de explicaciones; no estaría conforme hasta obtenerlas. Lo menos que merecía saber, era de quién y por qué había huido todos los días de su vida.

Pasó casi media hora encerrada en el baño, deseando estar de nuevo en Guanabacoa rodeada de sus amigos y todo a lo que se había acostumbrado en los últimos meses; en lugar de quedarse encerrada por días con un grupo de desconocidos, que además, tenían prohibido hablar del único tema que le interesaba. A pesar de sus deseos, debía regresar, mostrarse presentable y alegre frente a ellos.

Vio su desastroso reflejo en el espejo, se lavó la cara y levantó su cabello en una coleta.

— Lo mejor que puedo conseguir —pensó.

Abrió la pequeña ventana del cuarto de baño y se sorprendió de ver el momento exacto en que el sol despuntaba en el horizonte, la fresca brisa marina la ayudó a sentirse ligeramente mejor, con un poco de fuerza para regresar a la sala.

Al llegar, la única diferencia que encontró en el cuadro fue que Evan se había sumado a la conversación de sus acompañantes, se acercó lentamente tratando no interrumpir, pero en cuanto la vio llegar, una bella chica rubia se levantó de su asiento y se acercó a ella.

— Qué gusto al fin conocerte Lara –saludó eufórica la chica quien lucía los bellos rizos y el rostro que Dalia Varzán debió tener a los quince años de edad–, soy Elisa pero puedes decirme Eli, es como estos engreídos me llaman –afirmó señalando al resto del grupo.

Identificó la voz de la chica como la misma que había escuchado en cuanto llegaron un rato antes. Al momento los demás se levantaron de sus asientos.

— Eli no seas irrespetuosa –la regañó su hermano.

— Oh, lo siento mucho –dijo apenada.

Se separó de Lara y se incorporó al grupo para juntos ejecutar el saludo que ya comenzaba a molestar a su invitada.

— De acuerdo, deben dejar de hacer eso, al principio era casi lindo pero se está convirtiendo en algo perturbador.

— Tendrás que acostumbrarte, al menos mientras estés con nosotros –afirmó Evan.

— Claro –dijo sarcástica.

— Acércate, te presentaré a los demás

Lara caminó mientras Evan continuaba

— Bien, a Eli ya la conociste, es la más pequeña, por ello, la más impulsiva. El es Javier –dijo señalando al joven moreno y fornido que estaba a su derecha–, y ella es Amanda, mi prometida –finalizó, tomando de la mano a la joven alta y castaña que estaba frente a él.

— Es un placer –saludó Lara.

— Gustas sentarte con nosotros –la invitó Amanda.

— Sí, gracias –aceptó acercándose al sillón individual que estaba desocupado antes de su llegada. Los demás tomaron su lugar excepto Amanda.

— Iré a preparar algo para desayunar, deben venir hambrientos –informó.

— ¿Necesitas ayuda? –ofreció Elisa con poco entusiasmo.

— No te preocupes, estaré bien.

En cuanto abandonó la habitación se hizo un largo silencio incómodo; nadie sabía de qué hablar, excluyendo al pasado, los temas de conversación eran escasos. Se veían unos a otros hasta que Elisa hizo una mueca a su hermano pidiendo un poco de ayuda.

— Lara –comenzó él–, cuéntenos un poco de ti.

— No sabría qué decirles.

— Ya sé –intervino Elisa de nuevo entusiasta–, cuéntenos de tus viajes, tengo entendido que has recorrido todo el mundo. Claro, sí no te molesta.

— No me molesta –aseguró–, sin embargo, no estoy segura de que les parezca interesante, además no ha sido todo el mundo, unas cuantas ciudades, muchos cambios de escuelas y amigos, nada emocionante.

— No lo creo, debe ser excitante conocer lugares distintos y a tanta gente –contradijo Evan.

— La verdad ha sido muy agotador y un poco deprimente no poder establecernos en ningún lugar el tiempo suficiente como para hacer una verdadera rutina.

— A mí no me lo pareció en Guanabacoa; tenías una muy buena rutina, con citas y todo.

— Eso es porque Guanabacoa fue diferente, estuve más tiempo ahí, pude hacer amigos –aceptó en voz baja por temor a que las emociones la traicionaran.

— ¿Te besas con todos tus amigos? –preguntó sarcástico.

— No veo cómo eso puede ser de tu incumbencia –respondió Lara furiosa–, ¡me espías cuando llegué a casa! –acusó mientras se levantaba de su asiento–, no tengo por qué soportar esto, Eli podrías mostrarme en donde descansar por favor –pidió altiva.

— Por supuesto –respondió la aludida –acompañame –solicitó encaminándose a la salida.

— Fue un placer conocerte Javier –dijo Lara mientras seguía a Elisa.

Cuando cerró la puerta tras ella alcanzó a escuchar las carcajadas de Javier.

— Vaya hermano; lograste enfurecerla en tiempo récord. ¿Qué sucede contigo? –preguntó entre risas.

— No lo sé –respondió Evan más molesto aún.

Fue lo último que Lara escuchó y terminó de enojarla, aparte de todo se burlaban de ella, se sentía humillada, sabía que no debía importarle lo que Evan pensara; sin embargo, lo hacía. Cuando Elisa se detuvo frente a una puerta y la abrió, a Lara se le seguía repitiendo la imagen de la expresión triunfal que Evan había mostrado ante su enojo, era como si deseara que su estancia fuera lo más incómoda posible.

— Espero que te guste –dijo Elisa, sacándola de sus cavilaciones.

— No te preocupes, es por poco tiempo, no tiene que gustarme –respondió sonando todavía molesta.

— Escucha, sé que mi hermano puede llegar a ser una gran molestia, pero no se comporta de esa forma todo el tiempo, por favor discúlpalo.

— Eli, lo siento, no debí responderte del modo grosero en que lo hice, tú no tienes nada que ver en el asunto.

— ¿Lo perdonarás? –preguntó angustiada.

— Desde el momento en que lo conocí se comportó así conmigo y no creo que deje de hacerlo.

— Sí lo hará –aseguró–, se comporta así cuando se siente amenazado, sólo debes darle tiempo.

— Amenazado, ¿por mi? –se burló–, no te preocupes por eso, mejor muéstrame la alcoba.

— Claro –aceptó la chica mostrándose feliz de nuevo.

El esplendor de la decoración la dejó atónita, parecía como si hubieran cambiado de edificio al momento de atravesar la

puerta. Era una habitación enorme, tres de sus paredes estaban pintadas de un hermoso color azul que le hacía pensar en un cielo soleado de mediodía, la cuarta no era una pared en sí, más bien era una gran ventana corrediza que comunicaba directamente con la blanca playa; al lado opuesto de ésta se encontraba una cama bellamente arreglada, cubierta casi por completo con cojines de colores que contrastaban con las sábanas color arena, a ambos lados de la cama habían mesas de noche, cada una estaba ocupada por una hermosa lámpara de ángel color marfil; al lado derecho de la cama había un tocador a juego con la cabecera y las mesas. Lara atravesó la habitación atónita, hacía mucho tiempo que no estaba rodeada por tanta comodidad y belleza.

— ¿Te gusta Lara? —preguntó esperanzada al notar su sorpresa.

— Por supuesto, es hermosa —respondió sin despegar la vista del ventanal.

— Evan y yo la decoramos para ti, le hará muy feliz saber que te gusta, te dejaré descansar, si necesitas algo no dudes en llamarme, tus cosas ya están en el vestidor —informó señalando la puerta de éste.

Elisa salió de la habitación pero seguía deteniendo la puerta desde afuera y conversaba con alguien, Lara se asomó para preguntar si ocurría algo y vio que era Evan quien no le permitía cerrar la puerta.

— Debo hablar con ella —decía él.

— Déjala en paz ya la has molestado lo suficiente —respondió su hermana.

— Está bien Eli, déjalo entrar —interrumpió Lara.

— Estaré en la cocina si me necesitas —dijo molesta.

— ¿Qué se te ofrece? —preguntó en cuanto Elisa se hubo alejado.

— ¿Me dejarás entrar?

Lara se giró; le hizo una seña indicándole que podía pasar y fue a sentarse en el banco del tocador. Evan paseaba de un lado a otro sobando sus dedos con demasiada fuerza. En esos minutos de silencio Lara tuvo la oportunidad de observarlo por primera vez con luz de sol y se descubrió a sí misma deslumbrada por su presencia; podía percibir la fuerte energía que manaba de él, la forma en que ondulaban los músculos de su espalda al caminar, cómo mantenía el cejo fruncido en señal de preocupación y sus carnosos labios fuertemente apretados, le pudo parecer amenazador a cualquiera; sin embargo, a ella le produjo angustia, no por temor, sino porque deseó con toda su fuerza poder borrar el rictus de su expresión; supuso que sería especial acariciar su bello rostro hasta que se relajara y mostrara de nuevo la ternura que se había visto manifestada en él, un rato antes en la camioneta.

— Hay muchas cosas que tú no puedes entender –comenzó él.

— Gracias por el recordatorio –interrumpió sin ánimo.

— No vine a molestarte cómo piensa mi hermana, sólo te pido que me escuches por un minuto.

— De acuerdo –aceptó reacia.

— Me refiero a que estoy molesto por todas esas cosas que tú no puedes entender y yo tengo prohibido contarte, desearía poder hacerlo y terminar con la oscuridad en que te han mantenido toda tu vida, tal vez si tú lo supieras estarías molesta como yo y eso haría un poco más sencilla mi situación, guardo la esperanza de poder decirte todo algún día. Pero por el momento existe un juramento que me prohíbe hacerlo.

— Eso...

— Lo que realmente quiero decir –la interrumpió–, es que lo siento mucho, no debo tratarte como lo he hecho

hasta ahora y te prometo que cambiaré y que cuando llegue el momento de revelarte la verdad estaré a tu lado. Tal vez eso no signifique gran cosa para ti pero debes creerme, para mí sí y cumpliré mi palabra.

Por un momento, Lara vio cumplido su deseo en la expresión relajada y tierna de Evan, quien se sentó a la orilla de la cama frente a ella y le tomó la mano, aunque por sólo un segundo, acto seguido se levantó bruscamente.

— Te dejaré descansar –dijo mientras se dirigía con largas zancadas a la puerta.

— Espera un segundo –lo llamó.

— Claro, dime –respondió girándose para encararla.

— Sabes que lo que acabas de decir no tiene mucho sentido para mí, pero aun así te lo agradezco.

— ¿Agradeces mi disculpa o mi promesa?

— Ambas, te lo aseguro.

— No hay nada qué agradecer.

— También –continuó ella ignorando su último comentario– te agradezco por la habitación, Eli me dijo que la decoraron entre los dos, les quedó muy linda.

Evan no le respondió, simplemente se inclinó en señal de despedida y salió.

— Eso fue extraño –afirmó, mientras se aventaba al mullido colchón.

Repasó la conversación una y otra vez hasta quedarse dormida, acariciando la esperanza de que él cumpliera su promesa algún día.

Capítulo IV

Sus sueños fueron caóticos; cientos de rostros del pasado la acosaban sin parar, el de su padre se repetía insistentemente aumentando la desesperación. Se revolvía en la cama sin poder despertar por completo, incluso podía escuchar golpes al otro lado de la puerta y se sentía impotente por no poder responder al llamado.

Evan se encontraba desesperado, habían pasado más de veinticuatro horas desde que Lara se encerrara en su habitación y aún no daba señales de vida, todos pensaban que simplemente dormía; pero él mejor que nadie sabía que permanecer en el reino de los sueños por mucho tiempo podía ser muy peligroso, sobre todo para ella. Su inquietud fue más fuerte que nada y se encontró llamando insistente a su puerta sin obtener respuesta, los minutos transcurrían y su desesperación creció para convertirse en miedo, el peor de todos, de perderla cuando acababa de encontrarla. Decidió que no esperaría más, comprobó que la puerta tenía seguro y lejos de sentirse impotente se lanzó contra ella abriéndola al primer empujón, en cuanto la vio supo que algo no estaba bien, se movía inquieta aún dormida; sin detenerse en delicadezas la tomó por los hombros y a la vez que gritaba su nombre la movió casi con violencia, al segundo jalón su cara se giró bruscamente mostrándole la marca roja de una mano sobre su mejilla. Lara seguía sin responder, la levantó rápidamente y la llevó hasta la regadera, abrió la llave de

agua fría que comenzó a caer más tibia que fría sobre ellos, acarició su rostro y la llamó con delicadeza.

— Lara regresa por favor, estoy aquí en el mundo real esperándote, no me abandones pequeña, te he esperado por demasiado tiempo –tomó su cabello y comenzó a peinarlo con los dedos–, Lara, escucha mi llamado, demando tu presencia ante mí ahora –susurró en su oído.

Automáticamente Lara abrió los ojos, todavía no superaba la confusión mental por completo y se preguntó si el hermoso rostro frente a ella era parte de sus sueños o si había despertado al fin. Evan la abrazó con fuerza en cuanto notó que despertaba, después con movimientos muy lentos la sentó en la orilla de la tina de baño y le alcanzó una toalla que colocó sobre sus hombros.

— ¿Qué sucede Evan? –preguntó desorientada.

— No podías despertar, tuve que hacerlo y de nuevo estoy impotente porque no puedo explicarte mis razones, lo que debes saber es que habías dormido por demasiado tiempo y puede ser peligroso para ti –puso énfasis en las últimas dos palabras.

— Tienes razón estaba pasando un mal rato intentando encontrar el camino hacia la conciencia, no sé por qué pero todo era tan confuso, nunca había tenido sueños así.

— ¿Qué soñabas? –preguntó sentándose a su lado.

— Nada en específico, muchos rostros y voces me llamaban, también veía diferentes lugares pero todo pasaba muy rápido como para poder identificar algo, hasta que escuché tu voz, fue lo único que realmente pude ubicar y seguir... Gracias.

— No lo hagas, no me agradezcas.

— Pero...

— No por favor, me haces sentir terrible cada vez que me agradeces algo, te suplico que no lo hagas.

— Si así lo prefieres, dejaré de hacerlo.

— Saldré para que te cambies y será mejor que no duermas por ahora, de acuerdo.

— Está bien, gra... —se detuvo antes de completar la palabra y escondió su rostro —saldré en un segundo.

Luego de tomar un merecido baño, Lara salió de la regadera para vestirse con ropa limpia, de la poca que había sacado de su casa, se detuvo un instante frente al espejo y de inmediato vio la marca de su rostro, no sintió miedo, en lugar de eso se despertó en ella una gran curiosidad y mil preguntas nuevas se agregaron a todas aquéllas que no encontraban respuesta. Observó detenidamente la palma rosa pálido dibujada en la mitad de su pequeño rostro, sabía que no podía haber sido Evan, él no se atrevería a una cosa así y también sabía que no encontraría una respuesta a ese misterio, al menos no en un futuro cercano. El sonido de su estómago exigiendo alimento la sacó de su estupor. Siguiendo el llamado, se enfundó rápidamente el short negro y la playera gris que había elegido, dio un rápido vistazo al espejo, acomodó su cabello húmedo con la mano y salió en busca de la cocina.

Encontró a Evan parado justo frente a la puerta de su habitación al salir corriendo; se detuvo en seco y lo vio casi con fascinación, se había despojado de la ropa mojada para ponerse un pantalón de mezclilla deslavado y una delgada playera blanca que se amoldaba a sus formados músculos, lucía condenadamente apuesto.

— ¿Alguna novedad? —preguntó divertido por su expresión.

— Todo normal por el momento —respondió agachando la vista.

— Bien, escucha, creo que no es conveniente que los demás se enteren de lo sucedido, yo soy el encargado de tu

seguridad y no me puedo dar el lujo de confiar en nadie por el momento.

— No te preocupes, no diré nada, pero aun si no lo hago seguramente preguntarán cómo me hice esto –afirmó señalando su rostro.

— ¿Preguntarán cómo te hiciste qué?

— La marca en mi rostro ¿no la ves?

— Yo no veo nada.

Incrédula regresó a la recámara para ver su mejilla en el espejo del tocador y Evan tenía razón había desaparecido por completo.

— ¿Estás bien? –preguntó Evan que la había seguido.

— Te juro que cuando salí del baño tenía una mano marcada en el rostro y ha desaparecido.

— Lo sé –afirmó desanimado–, esperaba que desapareciera antes de que la notaras.

— Entonces no estoy loca, tú también la viste.

— Sí pero...

— No puedes explicármelo –completó ella.

— Así es.

— Entonces tendré que olvidarlo por el momento.

— Lo siento, me gustaría decírtelo.

— No te preocupes ya habrá oportunidad, por ahora enseñame la cocina estoy famélica.

— De hecho –comenzó él mientras le ofrecía su brazo y señalaba hacia la playa–, Eli ha preparado un desayuno especial para ti en la playa, espero te guste sentarte sobre la arena a comer.

— Me parece muy tierno de su parte y debo agradecersele, he querido ir a la playa desde el momento en que entré a esta habitación –tomó el brazo que le ofrecía.

— A veces pienso que mi hermanita tiene un extraño poder para estas cosas, siempre encanta a todos con sus ideas

—continuó mientras atravesaban el umbral y sentían los primeros rayos del tierno sol.

— Es un gran don, si me lo preguntas a mí.

— ¿Gran don? No estoy seguro de que sea para tanto.

— Ah, por favor, por supuesto que es para tanto, todo en el mundo es más sencillo si tienes el don de encantar a la gente, te lo dice alguien que no ha encantado a una sola alma en toda su vida; tal vez, cuando no lo tienes es más sencillo notar su importancia.

— Lo que estás diciendo es que no puedo notar su importancia porque yo también lo tengo ¿cierto? —preguntó dedicándole la más encantadora de sus sonrisas.

— Cierto... —respondió mientras escondía el rostro.

— Es un lindo halago.

— No es un halago, es la constatación de un hecho y punto.

— ¡Lara! —gritó Elisa desde la gran carpa que había acondicionado para el desayuno.

— Creí que habías dicho que nos sentaríamos a comer en la arena —le susurró sarcástica.

— No estoy totalmente familiarizado con la logística del evento.

— Muy divertido —apuntó mientras observaba anonada la bella carpa estilo árabe amueblada con un lindo juego de sala y una mesa de centro repleta de comida.

— Eli, no debiste tomarte tantas molestias por mí —comenzó al acercarse a ella—, está todo bellísimo.

— Basta Lara, no son molestias, además tú deberías ser mi hermana, es lo menos que puedo hacer.

— ¿Hermana?

— ¡Elisa silencio te lastimarás! —gritó Evan mientras corría hacia ella.

— Oh... lo siento tanto, no debí —se inclinó bruscamente y un peso invisible la obligó a ponerse de rodillas.

— Eli pide perdón ahora –ordenó Evan en cuanto estuvo tumbado a su lado–, llevan la misma sangre, debe funcionar.

Lara observaba aterrorizada cómo Elisa se retorció violentamente sobre la arena, se sintió la persona más inútil del mundo.

— Acércate por favor –le pidió Evan quien era un manojo de nervios.

Se acercó de inmediato agachándose a su lado pero Evan la reprendió y con un gesto le indicó que se levantara, Lara obedeció, consternada presenció al momento cómo Evan acomodaba a su hermana a sus pies, acostada boca abajo como si la ofreciera en sacrificio, Lara quería levantarla, no podía soportar ver el gesto de súplica en sus rostros.

— En nombre de todo lo que nos es sagrado, suplico perdón y a cambio de este me ofrezco humildemente a tu servicio hasta el final de mis días –rogó Elisa con voz entrecortada.

— ¿Qué debo hacer? –preguntó Lara entre lágrimas desesperada.

— Perdónala... te lo suplico.

— Pero hizo nada malo y yo no soy nadie como para perdonar nada.

— ¡Lara por favor! Sólo así dejará de sufrir.

No podía creerlo, la situación se ponía cada vez más desquiciada, no entendía nada de lo que sucedía, lo único que sabía era que Elisa estaba sufriendo cada vez más y peor aún, sus movimientos se hacían más lentos y dificultosos.

— ¡Sí! –gritó–, claro que sí te perdono... te perdono, te perdono –susurró, a la vez que le fallaban las piernas y caía hincada a lado de la cabeza de Elisa quien yacía ahora desmayada–, dime qué tengo que decir y lo diré, Evan por favor, lo que sea y lo haré –suplicó entre sollozos.

— Ahora sólo nos queda esperar –afirmó sin aliento.

Evan se puso de pie y cargó a su hermana para colocarla sobre un sillón en la carpa. Lara se levantó lo más rápido que pudo debido a sus temblorosas piernas y lo siguió, se detuvo a su lado y comenzó a sacudir la arena que cubría el cuerpo de Elisa.

— ¿Estará bien? –preguntó temerosa de la respuesta.

— Yo creo que sí, sólo necesita tiempo para recuperarse.

— Odio esto, no entender nada, sentirme incapaz de ayudar –admitió en voz baja.

Se acercó a la mesa de centro donde encontró una hieiera, tomó dos piezas de hielo y las envolvió en una servilleta, se sentó en la arena junto al sillón en el que reposaba Elisa y la colocó sobre su frente. Evan que estaba sentado frente a ella la observaba con curiosidad, mientras adoptaba una posición más cómoda.

— Tengo que hacerte una confesión.

— Siempre y cuando te esté permitido –aceptó honesta y pacientemente limpiándose las lágrimas.

— Una parte de mí se resistía a aceptar que no sabías nada, me sentía hasta cierto punto engañado; pero ahora, no sé cómo sentirme ni qué pensar.

— Me da un poco de gusto que al menos una parte de ti se sienta como yo –afirmó resignada.

— Lo más probable es que desde que te conocí he intentado hacer esta situación acerca de mí y así ser el centro de atención, no te preocupes, dejaré de hacerlo.

— Ah, por favor no te detengas por mí, me encanta que seas el centro de atención, yo siempre seré la chica del segundo plano y estoy conforme con ello –confesó con una leve sonrisa que no alcanzó sus ojos.

— Creo que tienes una impresión bastante incorrecta de ti misma –afirmó devolviéndole la sonrisa.

Elisa comenzó a moverse muy lentamente llamando su atención, Lara retiró el hielo de su rostro y colocó su mano tibia sobre la pequeña frente, para aliviar un poco el ardor provocado por el frío.

— ¿Cariño me escuchas? —preguntó Evan, asombrando a Lara con el tono bajo y tierno que utilizó—. ¿Elisa puedes abrir los ojos?

Esperaron unos pocos minutos más en silencio, Lara encontraba tranquilizador acariciar los rubios rizos de la chica y observar cómo regresaban al lugar exacto del que los había tomado. Evan tallaba las manos de su hermana con la esperanza de atraerla hacia él; finalmente cuando comenzaba a desesperarse regresó, aturdida todavía por lo rápido que había pasado todo, le costaba trabajo mantener los ojos abiertos. Lara fue rápidamente a la mesa de centro y le llenó un vaso de agua fría, se lo pasó a Evan para que le diera a beber un poco, la chica lo aceptó pero bebió muy lentamente y hacía muecas de dolor como si tuviera la garganta lastimada.

— Intenta abrir los ojos cariño, todo estará bien —la animó su hermano.

— Tengo miedo de hacerlo; Evan, se asustará —susurró preocupada.

— No lo hará, es más fuerte de lo que crees.

Abrió los ojos lentamente y Lara supo de inmediato que ella tenía razón, estaba asustada y mucho.

— ¿Qué rayos? —murmuró.

— Lara tranquilízate, no pasa nada, eso es normal —la reprendió Evan.

— ¿Normal?

— Sí lo es —afirmó Elisa serena—, esto es mi culpa Lara, perdóname.

— ¿Cómo puedes pedirme perdón?, a mí no me pasó nada pero tú... Tus ojos.

— Sólo están dilatados pronto regresarán a su estado normal –intervino Evan.

— Sé que están dilatados pero eso no es todo, tus ojos no son grises, sino ambarinos ¿por qué rayos tu iris es gris ahora?

— Estás equivocada Lara, mis ojos son grises como los tuyos, los de Evan son ambarinos.

— Los dejaré en paz, sé que aunque quieran no pueden contármelo, pero no crean que me han engañado, no estoy ciega y hace un rato que te saludé tus ojos eran ámbar, tarde o temprano me enteraré de todo.

— Mejor desayunemos chicos, me muero de hambre y estoy segura que tú también –dijo Elisa mientras intentaba sin mucho éxito levantarse del sillón.

— Yo creo que deberíamos volver a la casa –respondió Lara preocupada.

— Si lo deseas regresaré pero realmente preferiría que disfrutaras del desayuno que prepararé para ti.

— Además ya todo pasó, Elisa estará bien –terció Evan.

— Desayunemos entonces –aceptó Lara.

— ¡Sí! –exclamó Elisa al mismo tiempo que aplaudía, al fin volvía a ser la misma.

Después de comer tranquilamente Lara se acercó a la orilla de la playa a remojar sus pies en el fresco oleaje, no estaba tan tranquila como aparentaba, esa agitada mañana le había dado mucho en qué pensar, además, estaba muy preocupada por lo que podían significar los eventos recientes. Elisa cometió un desliz, dijo algo que no debía y se le castigó por ello, pero ésa era la única certidumbre que tenía, suponía que habrían repercusiones. La forma en que la chica había pedido perdón significaba más de lo que los hermanos aceptaban, la situación se estaba volviendo insostenible para ella y supo que debía mantenerse alejada de todos a

partir de ese momento, era lo único que podía hacer para mantenerlos a salvo, algo le decía que estar cerca de ella les suponía un peligro que no lograba entender.

Cuando regresaron a la casa, Amanda y Javier los esperaban en la sala de estar, Lara se preguntó por qué no los habían acompañado a la playa, pero a la vez le alivió que no lo hicieran, pues hubieran presenciado el suceso con Elisa. En cuanto entraron la chica corrió a refugiarse a los brazos de Javier quien frunció el ceño en cuanto notó su angustia.

— ¿Qué sucede pequeña? —preguntó Javier.

— Nada, sólo que te extrañé —respondió la aludida.

Sin embargo, a Lara no le pasó desapercibido el hecho de que Elisa le ocultaba cuidadosamente sus ojos a Javier.

— Están comprometidos —comentó Evan al notar su desconcierto.

— Pero si debe llevarle como mínimo diez años —protestó.

— Le lleva once, Javier tiene veintiséis años, igual que yo —aceptó sonriente—, es un compromiso arreglado Lara, así son los matrimonios en nuestras familias, se pactó desde el nacimiento de Elisa y la boda se realizará en su decimono-
veno cumpleaños; eso es, dentro de cuatro años.

— Pero eso es terrible —afirmó cubriéndose la boca.

— No lo es, desgraciadamente no podrías entenderlo a menos que hubieras crecido con nosotros.

— No lo creo —articuló con dificultad, puesto que le parecía degradante lo que hacían con la pequeña Eli.

Amanda se acercó a ellos con paso ligero, al llegar abrazó posesivamente a Evan y le plantó un corto beso en los labios. Lara sintió una punzada de ira subir por su columna vertebral y de inmediato volteó la vista.

— ¿Qué tal estuvo el paseo? —preguntó Amanda.

— De maravilla —respondió Evan.

— Entonces ¿por qué nuestra invitada parece incómoda? —preguntó sarcástica.

— No lo estoy —contestó Lara rápidamente—, lo más probable es que el sol me haya agotado un poco.

— Vamos chica; pero si dormiste más de veinticuatro horas.

— Déjala en paz Amanda —intervino Elisa quien se había acercado sin que lo notaran—, esto es difícil para ella.

— Claro, discúlpame Lara, no quise molestarte —aceptó renuente.

— No lo hiciste, no hay nada de qué disculparse.

— ¿Qué te gustaría hacer ahora? —preguntó Eli dirigiéndose a Lara e ignorando a los demás a propósito.

— La verdad es que tengo ganas de leer, así que dejaré de molestarlos por un rato.

— Oh no, nunca pienses que nos molestas por favor, eso me hace sentir mal —se quejó la chica.

— Sólo era una expresión Eli.

— Bien, entonces si lo deseas te acompañaré.

— No te molestes linda, mejor descansa un poco, has cocinado toda la mañana.

— Iré a descansar entonces —aceptó desanimada, emprendiendo su camino.

— Eli, espera un momento —la llamó Javier.

— No puedo, lo siento —respondió triste.

— Será mejor que vayas con ella Javi —indicó Evan.

— Claro, los veré luego chicos —se despidió Javier mientras corría tras Elisa.

— Yo también me despido —dijo Lara—, estaré en mi habitación, o tal vez vaya a la carpa que montó Eli.

— Lo siento Lara, pero no puedes abandonar la casa sin mí.

— Olvidaba que estoy bajo arresto domiciliario —comentó sonriente —de acuerdo, saben dónde encontrarme.

Salió lo más rápido que pudo de la habitación y caminó por el largo pasillo, sólo que en dirección contraria a la que debió haber tomado.

— Dijeron que no podía abandonar la casa, mas no dijeron que no pudiera explorarla –sonrió para sí.

Descubrió que las puertas comunicaban a otras habitaciones perfectamente amuebladas y habitables, que el exterior y el recibidor descuidados eran sólo una pantalla contra intrusos. Se detuvo al final del pasillo cuando escuchó un sollozo lejano, regresó sobre sus pasos buscando la puerta de la que provenía el sonido y cuando la encontró, se recargó suavemente contra ella.

— No te preocupes cariño, todo estará bien –decía Javier.

— Lo he arruinado –sollozaba Elisa–, lo siento, espero que puedas perdonarme.

— Escúchame muy atentamente, cuando aparezca Esteban todo se arreglará, le plantearé la situación, no creo que te quiera pegada a ellos para siempre; además, Lara parece una buena chica, cuando sepa la verdad te liberará.

— Amor mío, no lo has entendido, nadie puede ni podrá liberarme.

— ¿Por qué continúas diciendo eso?

— Mis palabras textuales fueron: en nombre de todo lo que nos es sagrado, suplico perdón y a cambio de este me ofrezco humildemente a tu servicio hasta el final de mis días. Y ella respondió: sí te perdono –se ahogó con la última palabra y rompió en llanto–. ¿Ahora comprendes? –preguntó sin poder contener sus sollozos–. Entenderé si decides cancelar la boda, mis padres no se opondrán, podrás buscar una mujer libre que esté siempre a tu lado.

— Silencio –ordenó Javier dulcemente–, no voy a dejarte por esto y si de verdad piensas que lo haré, significa que no

crees en mí o en mi amor; se necesita mucho más que una tormenta para alejarme de ti; si te ataste a la familia Saloman de por vida, está bien por mí, de igual forma, mi vida eres tú y adonde sea que vayas te seguiré; si tengo que hacer el juramento cuatro años antes para que me creas lo haré.

— ¡No lo hagas! —exclamó un poco más animada —sé que estarás a mi lado siempre, no necesitas hacer nada más que eso.

— Descansa mi princesa, lo necesitas.

Capítulo V

Doce días transcurrieron desde que Lara llegó a la casa de seguridad y aún no recibía noticias de su padre. Evan investigaba las novedades a diario y la mantenía al tanto, lo cual era bastante frustrante ya que nunca había ninguna. Logró establecer una rutina tranquila, que consistía básicamente en mantenerse encerrada en su habitación viendo la playa desde su ventana. Los únicos momentos del día en que tenía compañía era en las comidas cuando Evan acudía con la charola del desayuno para reportarle las inexistentes noticias y los cortos momentos por la tarde cuando Elisa la visitaba e intentaba inútilmente conversar con ella. Lara decidió que se mantendría alejada de todos en la casa y podía llegar a ser realmente testaruda cuando se lo proponía, así que cumplió al pie de la letra su decisión, aunque esto le trajo una cantidad enorme de tristeza y soledad que no podía revertir. Mataba el tiempo armando hipótesis con la poca información que tenía; desgraciadamente, era una actividad que no contribuía positivamente a su estado de ánimo pues cada hipótesis parecía más descabellada que la anterior y se descartaban unas a otras automáticamente. Sentía el transcurso del tiempo tan lento que llegó a pensar que tendría que pasar el resto de sus días pegada a esa ventana, observando los amaneceres y atardeceres, siempre desde el mismo sitio; la cual, después de su agitada infancia, no le parecía una idea realmente mala.

Para Evan, las cosas fueron un poco distintas; sentía que Lara se había aislado por culpa suya, por no haber sido capaz de proteger a su hermana, por no tratarla como se merecía y sobre todo, por no ser honesto con ella y no confiarle la verdadera gravedad de la situación. Los últimos días se había dedicado a salvaguardar la casa y el resto del tiempo vigilaba la habitación de Lara. Atesoraba cada uno de los escasos minutos que pasaba en su compañía y se reprochaba el verla tan triste; no quedaba mayor rastro de la hermosa chica fuerte y altanera que conoció en Guanabacoa y eso lo asustaba. Aun así, guardaba la esperanza de que con el regreso de Esteban todo se arreglara y pudiera al fin ser todo lo honesto que quería con ella.

Esa tarde, Evan regresaba de su ronda por la propiedad cuando sintió una necesidad inmensa de verificar que Lara estuviera bien; rodeó la casa otra vez hasta llegar a su ventanal, la encontró ahí, sentada frente a él como acostumbraba. La saludó desde afuera pero no le respondió, continuaba con la vista fija hacia él, pero no parecía ser consciente de su presencia.

Lara estaba tan acostumbrada a ver cosas extrañas afuera de su ventana, que esa tarde cuando Evan la saludó decidió ignorarlo, supuso que se desvanecería como tantas otras veces, pero no fue así. Evan comenzó a acercarse y Lara sintió una presión en el pecho; no sabía si era real o simplemente otra de sus alucinaciones, por eso cuando lo vio alcanzar la perilla de la ventana pegó un salto levantándose de su lugar y caminó hacia su cama, desconcertada y asustada se cubrió el rostro, rogando que la alucinación desapareciera.

— Lara —dijo Evan sorprendiéndola, nunca antes le había hablado una alucinación.

— No te acerques —amenazó.

— ¿Qué sucede?

Lara rompió en llanto y cayó hincada junto a su cama, Evan corrió a su lado y la tomó de los hombros, verla tan vulnerable lo desarmó y movió en él toda la ternura que poseía, la abrazó con todo su ser deseando darle al menos un poco de consuelo. Lara se amoldó a su abrazo a la perfección como si sus cuerpos hubieran sido diseñados con el único propósito de complementarse. Se mantuvieron así por largo tiempo, el sol se escondía en el horizonte cuando Lara levantó la vista de nuevo.

— Evan, lo siento tanto, estoy siendo irracional.

— No tienes nada de qué disculparte –dijo mientras acariciaba cariñosamente su mejilla.

— Soy una tonta; si te dijera por qué he llorado, te reirías de mí –continuó, intentando levantarse.

— Prometo no hacerlo –respondió, ayudándola a llegar hasta la cama.

— Pensé que no eras real –aceptó en voz baja.

— ¿A qué te refieres?

— Creo que me estoy volviendo loca; veo cosas extrañas Evan. Cosas imposibles que sé que no deberían estar ahí, pero las veo.

— ¿Qué cosas exactamente?, necesito detalles.

— Te veo a ti por ejemplo, todas las tardes te detienes frente a mi ventana y me saludas como lo hiciste hace un momento –se levantó de la cama y señaló la ventana–. La primera vez que te vi salí para ver si podías acompañarme a la playa, ya que sólo puedo dejar la casa contigo y cuando me acercaba, desapareciste. A partir de ese momento, comencé a ver otras cosas más extrañas.

— Cuéntame por favor –suplicó alarmado.

— Veo... –dudó–, veo a mi madre, está embarazada y viste una bata de dormir; cuando trata de acercarse a mí, aparece un hombre que no conozco, la atrapa y se la lleva.

— Por Dios –dijo casi para sí mientras se acercaba a su oído–, no quiero que te asustes pero debemos marcharnos –susurró–, guarda tus cosas y te veré en la sala en tres minutos.

— De acuerdo –aceptó extrañada.

Evan corrió por el pasillo llamando a todos, para cuando llegó a la sala los demás lo esperaban.

— ¿Qué sucede amor?, –preguntó Amanda.

— Estamos en peligro de ser descubiertos –informó dirigiéndose a todos–, no sé por cuánto tiempo hemos estado expuestos; pero debemos marcharnos antes de que lleguen hasta nosotros –nadie respondió, esperaban órdenes–. Eli, aunque no me gusta, tendrás que venir con nosotros –Elisa asintió–, ustedes se dirigirán al sur y en cuanto estén en terreno seguro vayan a casa.

— ¿Adónde irán ustedes? –preguntó Javier.

— No puedo decírtelo es muy arriesgado, pero no te preocupes –señaló a Elisa–, yo la cuidaré, me comunicaré en cuanto sea seguro.

— De acuerdo –aceptó Javier.

— Saldremos al mismo tiempo; yo llevaré el jeep –indicó–, nos vemos en la cochera.

De inmediato se pusieron en movimiento, Amanda y Javier se retiraron raudos, Evan tomó una mochila de piel y comenzó a guardar en ella aparatos sofisticados que sacaba de un gabinete junto a las pantallas de seguridad. También sacó dinero, papeles de identificación para los tres y capas suficientemente abrigadoras, ya que no sabía adónde se dirigían. De pronto, Elisa que estaba a su lado salió disparada chocando contra el muro, impulsada por una fuerza invisible, Evan corrió hacia ella.

— Lara –articuló Elisa.

Evan salió de la habitación lo más rápido que pudo, se acercaba al cuarto de Lara cuando escuchó un fuerte estruendo, su paso se agilizó debido al pánico que lo invadía, entró a la habitación justo para ver cómo el cuerpo inerte de Lara era arrojado brutalmente contra el ventanal y lo atravesaba haciéndolo añicos, corrió hacia ella aterrado por lo que podría encontrar, entonces la vio, desvanecida sobre la arena cubierta de cristales. Escudriñó el área rápidamente en busca de su atacante pero no había nadie a la vista, llegó hasta ella y cuando quiso levantarla su cuerpo se deslizó violentamente sobre la arena lejos de él, corrió de nuevo gritando su nombre urgiéndola a despertarse. Un viento feroz le respondió dificultándole la travesía pero no se detuvo, no podía permitirse dudar ni por un segundo, si lo hacía la perdería y no podría soportarlo. Se aventó sobre ella para protegerla del ventarrón con su propio cuerpo, que después de unos minutos cesó y le permitió reincorporarse ligeramente para hacerla reaccionar.

— Lara, despierta por favor –suplicó–, necesitamos correr y no podré moverme rápido si tengo que cargarte –continuó, moviéndola por los hombros.

Comenzó a moverse bajo él y abrió los ojos mientras intentaba defenderse con brusquedad.

— Está bien, pequeña, soy yo, Evan.

— No me hagas daño por favor, te lo suplico –lloró.

— Nunca te haría daño.

— ¿Por qué me atacaste? –preguntó entre lágrimas.

— Yo no te ataqué, debes creerme, tenemos que movernos.

Lara obedeció, la tomó de la mano y corrieron tan rápido como podían de regreso a la casa; una vez en la habitación, con un ágil movimiento Evan recogió la bolsa de mano de Lara y se dirigieron a la sala en busca de Elisa. Al llegar la encontraron desmayada en el mismo sitio en que se había quedado antes de la abrupta salida de Evan.

— ¿Qué ha sucedido? —preguntó Lara que no podía parar de llorar.

— No hay tiempo para explicaciones —respondió Evan —ayúdame a despertarla y salgamos de aquí.

Capítulo VI

Lara sintió que un líquido caliente manaba desde el lugar que punzaba más fuerte en su cabeza, deslizó los dedos entre su cabello en un intento de aliviar el dolor; pero sólo consiguió aumentarlo, al retirar la mano descubrió que el líquido espeso era sangre, se limpió rápido en su pantalón pero no logró ocultarle a Evan el movimiento.

— Sangras –afirmó viéndola.

— Estoy bien, no te detengas.

Evan obedeció no sin dudar de su afirmación; en ese momento lo más importante era moverse rápido, siguió conduciendo a toda velocidad por la autopista.

Había pasado una hora desde que abandonaran la casa de seguridad y aún no sentía que estuvieran a salvo, de hecho, para él estarían seguros hasta que abandonaran el continente sin ser detectados. Elisa sacó un botiquín de emergencia de abajo de uno de los asientos del jeep en el cual encontró los artículos básicos para limpiar heridas y se los pasó a Lara; ella los tomó y se puso en acción. Elisa, por su parte, limpió sus rasguños y detuvo una leve pero constante hemorragia nasal. Evan echaba vistazos periódicos a las jóvenes reprochándose el haber permitido que salieran heridas, sentía el fracaso bullir en cada célula de su ser alimentando un inexorable odio contra quien las lesionó.

Viajaron toda la noche, Evan cambiaba de carretera periódicamente con la intención de no dejar rastros perdurables en ningún camino, por desgracia esta medida aumen-

taba el kilometraje que recorrerían para llegar a su primer destino y aunque esperaba conseguirlo antes del siguiente anochecer, no estaba realmente seguro de lograrlo. El amanecer los alcanzó en una carretera desolada, Elisa había logrado dormir casi todo el trayecto, sin embargo, Lara se mantuvo alerta pero silenciosa, y ese silencio estaba matando a Evan, no saber qué conclusiones erróneas estaba sacando su cerebro agotado, lo estaba volviendo loco.

— Ya no puedo más con esto —estalló Lara, sacándolo de sus cavilaciones—, necesito saber la verdad, debe existir alguna manera, deben ayudarme... por favor —sus ojos suplicantes y llorosos observaban a Evan.

— Debes creer que soy una persona insensible —dijo él—, sé lo que debes estar sintiendo después de todo lo que ha pasado, pero mi silencio no responde a la insensibilidad.

— No soy estúpida Evan —continuó ella, sin poder contener por más tiempo su angustia—, sé que lo que le sucedió a Elisa en la playa fue consecuencia de una pequeña indiscreción, fue a causa del comentario que me hizo aunque con eso no me reveló nada realmente. También sé que esa súplica suya tiene un doble significado, algo cambió en su vida drásticamente, además escuché cuando le pedía perdón a Javier, entonces supe que está ligada a mi familia para siempre —su voz se elevó varias octavas—, que ya no es libre y todo es por mi culpa —Evan había disminuido la velocidad considerablemente y Elisa ahora totalmente despierta se incorporó en el asiento trasero, ambos la veían perplejos—. Después de escuchar la conversación me encerré en la habitación, no podía permitir que nadie más saliera herido por mi culpa, pensé que eso sería suficiente para mantenerlos a salvo —el auto se detuvo por completo, pero Lara no se percataba de nada de lo que sucedía al rededor, su atención estaba ocupada por el ataque de nervios —y entonces

comenzaron a suceder cosas aun más extrañas, hasta ayer podía soportarlo pero ya no más, no les estoy exigiendo que me digan la verdad, lo que estoy haciendo es suplicarles que me ayuden a descubrirla, debe existir una forma. Por favor.

Dicho esto colocó las piernas sobre el asiento, escondió la cara entre sus rodillas y se abandonó en el dolor y la confusión de todo lo que había sucedido. Mientras ahogaba en lágrimas todo el sufrimiento Evan y Elisa no dejaban de observarla con desconcierto, cuando el joven logró dejar a un lado la sorpresa, soltó de golpe el aire que sin notar había mantenido preso en sus pulmones, le dedicó una mirada significativa a su hermana sacándola de su ensoñación; ella se la devolvió acompañada de un encogimiento de hombros, haciéndole entender que compartían la confusión.

Evan respiraba lentamente, con la intención de controlar a su desbocado corazón; así cuando Lara se hubiera tranquilizado, articularía palabras coherentes. Para su sorpresa la capacidad de recuperación de la chica era mucho mayor a la suya y cuando Lara levantó el rostro y comenzó a limpiarse, él no estaba ni la mitad de recuperado de lo que le hubiera gustado.

— Lo siento —dijo Lara con la voz entrecortada—, he perdido la compostura y no es el mejor momento para hacerlo, discúlpennme —Evan ignoró esto.

— ¿Cuándo tuviste esa conversación? —preguntó dirigiéndose a Elisa.

— El mismo día del incidente, cuando regresamos a la casa y Javier me siguió a mi habitación —respondió.

— ¿Estás segura?

— Por supuesto que lo estoy —dijo Elisa indignada.

— Buscaré un lugar donde podamos hablar —afirmó Evan.

Lara estaba segura de haber notado un brillo adicional en los ojos de Evan, si no hubiera escuchado esa firmeza inquebrantable en su voz habría jurado que estaba por derramar una lágrima. El automóvil arrancó a tal velocidad que Lara no podría haberla creído posible, a menos que como era el caso, hubiera tenido que escapar con Evan como conductor en el pasado; ya era conocida para ella su alocada conducción cuando la situación lo ameritaba. La diferencia radicaba en que en esa ocasión no conocía la razón de la prisa máxima, aunque a decir verdad no le preocupaba demasiado, estaba tan ocupada descifrando sus reacciones como para que ese simple hecho le quitara la concentración.

Pasaron varias horas antes de que encontraran un lugar adecuado para conversar, de acuerdo a los estándares de Evan. Llegaron a una pequeña ciudad llamada Villa de Etla; un hotel de pocas luces los hospedaría por esa noche y les daría un lugar relativamente seguro para hablar. En vista del descubrimiento hecho esa mañana, Evan decidió que sería aceptable posponer por una noche su llegada a la terminal elegida para salir del país.

Elisa entendía que la conversación que estaba a punto de sostener con sus acompañantes, sería en muchos sentidos devastadora para Lara, así que la ayudó a cubrir sus necesidades, desde el momento en que arribaron al hotel, comenzó su labor, ordenó alimentos y bebidas para los tres y mientras Lara se daba un merecido baño le advirtió a Evan que no debía comenzar la plática con la chica hasta que se hubiera alimentado adecuadamente; también intentó disuadirlo para que la dejara dormir un rato, pero no tuvo éxito, él sabía que la cantidad de información que le daría sería enorme, que una noche entera era insuficiente para transmitir todo lo que deseaba, además, ya había retrasado

el viaje para proporcionarle un lugar más adecuado que el auto o un avión, debía aprovechar esos valiosos momentos.

Lara se demoró más de lo que había planeado en la regadera y en cuanto se hizo consciente la cerró y se secó lo más rápido que pudo; probablemente intuía que un suceso importante aguardaba por ella al otro lado de la puerta. Al terminar su tarea con la toalla, se detuvo un segundo contemplando la ropa sucia y rota que ahora era su única posesión, de inmediato sintió nuevamente el vacío que había experimentado su estómago al ser lanzada por el aire, por increíble que le pareciera, apenas había pasado un día. Un leve golpe en la puerta del baño la regresó a la realidad.

— Lara, soy yo –dijo Elisa al otro lado de la puerta–, tengo algo de ropa para ti.

Después del sobresalto, le llegó el agradecimiento hacia la pequeña chica que no hacía más que preocuparse y cuidar de ella. Se envolvió en la toalla y abrió un poco la puerta temiendo que Evan pudiera estar a la vista; pero sólo se encontró con Elisa al otro lado.

— Mi hermano no está –aseguró la joven, al notar la duda en Lara–, lo corrí de la habitación –dijo sonriente.

— Está bien Eli, muchas gracias.

— Son un par de pantalones y blusas, debe servir de algo mientras llegamos a un lugar donde podamos comprar ropa de tu agrado, además, creo que nuestra talla es muy similar, así que espero que te quede.

— Me servirá –dijo Lara, mientras recibía la ropa–, gracias de nuevo.

— No hay nada que agradecer, vístete rápido para que encuentres tu cena caliente.

— De acuerdo –aceptó y su estómago gruñó en respuesta. Minutos más tarde, Lara había devorado en pocos boca-

dos el emparedado que Elisa pidió para ella y se encontraba en una de las camas de la habitación, cubierta hasta el cuello con una cobija no muy gruesa que encontró al pie; Elisa estaba en posesión del control remoto de la pequeña televisión y cambiaba rápidamente los canales; Lara no creía que estuviera buscando algo en concreto, pues la corta lista de seis estaciones se repetía cada pocos segundos. Cerró los ojos y dejó que el sonido bajo del aparato la envolviera; no quería pensar en nada, el pasado era doloroso y el futuro desconocido.

— Te pedí que la mantuvieras despierta –reclamó Evan, entrando a la habitación.

— Cerré los ojos por un segundo; no reprendas a Eli –respondió Lara, mientras se sentaba en la cama sin soltar su cobija.

— Disculpa –dijo Evan a Eli.

— ¿Checaste todo? –preguntó Elisa preocupada.

— Despejado... por ahora; pero debemos partir antes del amanecer, para no llamar la atención de la gente local.

— Hagámoslo rápido entonces.

— Correcto –aceptó Evan.

Elisa fue a sentarse en la cama a lado de Lara quien comenzó a temblar de pies a cabeza, Evan caminaba de un lado a otro recorriendo en tres zancadas la pequeña habitación, sin saber muy bien qué decir.

— Haré una prueba Eli. Lo he pensado detenidamente y estoy convencido de que lo más conveniente es que sea yo quien la haga.

— Estás loco, estaríamos perdidas sin ti...

— Escúchame –la interrumpió–, si cualquier cosa te sucediera sería incapaz de seguir adelante, además, yo todavía tengo la opción de hacer lo mismo que tú y salvarme, a ti no te queda salvoconducto. Si algo sale mal sabes a donde ir.

—Sin esperar respuesta continuó—. Lara, a tu padre le fue encomendada realizar una misión para La Orden de Palmira.

Las dos chicas veían atónitas a Evan, Lara por la confusión generada por sus palabras y Elisa anonadada por la confirmación de sus sospechas. Él por su parte se mantuvo con los ojos cerrados esperando las consecuencias de su falta; al asegurarse de que tales represalias no llegarían, respiró profundo en preparación para lo que tendría que hacer a continuación y abrió los ojos.

— ¡Estás bien! —gritó Elisa.

— ¿La Orden de qué? —preguntó Lara, a la vez que Eli gritaba.

— Podemos —Eli se paró en seco y cubrió su boca con ambas manos.

— Eli tranquilízate; no sabemos lo que ha pasado, no debemos pensar lo peor ¿de acuerdo? Además, es el momento de hablar con Lara y nada más.

— ¿Eso quiere decir que ya pueden contarme todo? —preguntó esperanzada.

— Me parece que sí —respondió Evan, sonriéndole nostálgico—, pero empezaré desde el principio, de lo contrario te enredaré, necesito que escuches y si te surge alguna duda puedes interrumpirme cuando quieras.

— Entiendo —aceptó emocionada—, no omitas nada por favor, espero esto desde hace mucho tiempo —pidió acomodándose en su lugar.

— Lo intentaré —dijo Evan, sentándose en una silla frente a la cama.

— La Orden de Palmira, eso fue lo que dije primero; se fundó hace aproximadamente novecientos años, todos pertenecemos a ella incluso tú. El hecho de que no estés enterada no borra la verdad, y lo cierto es que tu lugar dentro de La Orden es muy importante, eres uno de los pilares den-

tro de nuestra organización. La misión de La Orden ha sido proteger la Magia Salomonis a través del tiempo. ¿Has escuchado algo acerca de los textos salomónicos? –Lara se había mantenido en silencio y muy seria, por esto, Evan desarrolló un nuevo tipo de respeto hacia ella.

— Lo único que sé es la historia básica, lo que se aprende en la escuela dominical; creo recordar algo –cerró los ojos y buscó entre sus recuerdos de días felices y continuó hablando con los ojos aún cerrados–, al rey Salomón, Dios lo bendijo en un sueño y le regaló toda la sabiduría del universo, por ello se le conocía entre su pueblo como El Rey Sabio. De ahí que pudiera escribir los textos salomónicos, también conocidos como magia salomonis, los guardaba bajo su trono mientras los demonios que dominaba construían su templo, sin embargo –abrió los ojos–, la leyenda también dice que fueron destruidos al poco tiempo en un incendio.

— Casi todo es correcto –dijo Evan–, sólo faltó un pequeño detalle, algo que no te enseñan en la escuela dominical; no se pierden todos los textos en el incendio, quedan dos completos, el testamento y la clave o clavícula, esos textos se encuentran bajo nuestra protección, La Orden sabe que al caer en manos equivocadas pueden llegar a causar catástrofes indecibles, por novecientos años se tuvo éxito. Desgraciadamente, hace ya más de veinte años una miserable traición se cernió sobre nuestras cabezas, llevándonos a sufrir la tragedia más grande que haya visto nunca La Orden –dudó.

— Evan –intervino Lara–, estoy bien, puedes contármelo he tenido años para prepararme, además, no olvides tu promesa de hacerlo cuando llegara el momento, pues bien creo que éste es.

— Tienes razón Lara, es lo menos que te mereces –continuó–, La Orden está formada por doce familias de todo el

mundo, pero como todo, para su correcto funcionamiento era necesaria la existencia de liderazgo, por ello hay tres familias que se hacen cargo de coordinar los movimientos de las demás; la principal ha sido tú familia, los Saloman, seguida por los Varzán y los Marioni; por aquellos días los líderes de La Orden eran tus abuelos Lorenzo y Clara Saloman, tus padres se ubicaban en primer lugar de la línea sucesoria.

— Entonces mis padres iban a ser los siguientes líderes.

— Sí.

— ¿Qué sucedió?

— Esa es la peor parte de la historia, te mencioné una traición, pues bien, David Marioni era el protector supremo, se puede decir que además de los mayores de las tres familias regentes; David, gracias a ese cargo, tenía conocimiento de la ubicación de los textos y siendo el mayor de los hijos Marioni, se esperaba una boda prometedora por su parte, todo el mundo pensó que elegiría como esposa a alguna de las chicas que aún no estaban comprometidas; sin embargo, él tenía otros planes; la única mujer que deseaba era tu madre quien estaba fuera de su alcance, porque ya estaba comprometida con Esteban. Invirtió años tratando de conquistarla y cuando supo que no podría, pues se acercaba la mayoría de edad de tu madre y por tanto también su boda; amenazó a La Orden con delatarla ante el mundo a menos que le entregaran a Leonor, por ello fue relevado de su cargo y expulsado de La Orden; su familia decepcionada de él le dio la espalda. Avergonzado por la mayor deshonra que alguno de nosotros podría sufrir, desapareció; le perdieron la pista en el continente africano y dieron por hecho que no regresaría.

Varios meses pasaron y los planes para la ceremonia de unión de tus padres siguieron su curso; así como la vida normal de La Orden. Después de la boda, empezaron a des-

aparecer miembros de la familia Marioni, la madre de David fue encontrada asesinada junto con sus dos hijos menores un mes después de ser secuestrados. El padre avergonzado y desolado por los sucesos, se ahorcó en su estudio dejando una nota suicida en la que le avisaba a los líderes que David había copiado por indicación suya La Clavícula de Salomón, por desgracia, esa copia ilícita había desaparecido al mismo tiempo que el propio David. Tus abuelos estaban devastados por la traición de Manolo Marioni; verás, ellos crecieron juntos y fueron educados para proteger los textos, no para usarlos en su provecho, por ello, saber que uno de los mayores los había traicionado les causó un gran dolor y comenzaron a desconfiar hasta de su propia sombra. De inmediato dispusieron el cambio de ubicación de los textos originales, así como la desaparición de tus padres; por esos días, Leonor había anunciado que estaba encinta y eso los preocupaba mucho más; su única intención fue mantener a salvo su tesoro máspreciado; tu madre y tú, nunca pensaron que los estaban enviando a una muerte segura.

En cuanto tus padres partieron empezaron los asesinatos de los miembros más fuertes y antiguos de La Orden; los primeros en caer fueron por desgracia tus abuelos, la ayuda llegó demasiado tarde; lo único que encontraron en su residencia fueron los restos de toda la guardia que los custodiaba, junto con los líderes más amados que había tenido La Orden en toda su historia. Fue la crisis más grande que ha tenido que sobrevivir La Orden; los herederos directos al puesto eran tus padres y nadie, además de tus abuelos ya fallecidos, conocía su paradero; días más tarde, el concejo mayor se reunió para llevar a cabo la elección de los sucesores, sin embargo esa reunión también concluyó en una tragedia; David aprovechó la ocasión y terminó con el concejo entero, La Orden estaba prácticamente destruida, los miembros

sobrevivientes eran demasiado jóvenes y nadie se sentía con la capacidad de ejercer como líder. Al llegar a ese nivel de devastación los sobrevivientes siguieron el único protocolo que las posibilidades les permitían, fue entonces cuando mis padres fueron nombrados líderes. Debes recordar que en ese momento La Orden se integraba por un montón de jóvenes huérfanos; mis padres no tenían más de veinticinco años y a esa edad aún no habían ejercido ningún rango de verdadera responsabilidad; por ello, ninguno contaba con una base real para liderar a la organización; así que tuvieron que levantar los cimientos desde cero. David se consideraba muy poderoso como para preocuparse por lo que haría un grupo insignificante de niños y como contaba con la copia del texto no le preocupaba hacerse con el original; dejó en paz a La Orden y por meses se dedicó únicamente a su mayor objetivo: vengarse de tus padres. Los persiguió por todo el mundo, pudo haberlos matado desde un principio puesto que ninguno de ellos contaba con poder ni siquiera cercano al suyo, sin embargo, tenía un plan aun peor que la muerte y ese plan pienso yo continúa ejecutándose en estos momentos.

— Detente –interrumpió Lara–, todo es tan... desconcertante –se levantó de la cama olvidando que vestía una reveladora camiseta, blanca de tirantes, con el pantalón más estrecho que hubiera usado en su vida y fue su turno de pasear por la habitación.

— Aun así es necesario que estés enterada.

— Sólo dame un segundo.

Dentro de lo descabellada que sonaba toda la historia, Lara sabía en su interior que era cierta, al fin su pasado tenía una explicación y se instaló una certeza aterradora en ella; su familia había sido asesinada, David los llevó a un punto muy cercano a la extinción y todo se resumía a un amor no correspondido y un hombre despechado.

— Ese poder del que hablas –dijo Lara, impulsada por una nueva necesidad: venganza–, ¿cómo funciona? No estarás hablando de un poder como el del rey Salomón ¿o sí?

— No exactamente –respondió Evan, sorprendido por la rapidez y ecuanimidad con que Lara procesaba la información–, el texto que tiene David Marioni en sus manos contiene una serie de... podemos decirles conjuros e invocaciones, que correctamente ejecutados pueden servir a muchos propósitos, tanto compasivos como demoniacos, por eso es importante la existencia de La Orden, cuyo propósito es mantenerlos alejados de las manos incorrectas, o bueno, al menos ese era hasta que apareció él. Este tipo de poder había sido desconocido para nosotros puesto que teníamos prohibido el estudio de los textos; dadas las circunstancias, mis padres se vieron en la necesidad de examinarlos, con el fin de saber a qué nos enfrentamos realmente y créeme es espeluznante a lo que podemos llegar si Denon tiene la osadía de ejecutar todos los conjuros del libro.

— ¿Denon?

— Es como David se hace llamar desde que fue expulsado.

— Supongo que se ha enfocado en las invocaciones demoniacas –dijo Lara–, es como lo que sucedió en la habitación de la casa de seguridad ¿verdad?

— Imagino que sí, de hecho, esos hechizos, hasta donde sé, sirven para invocar y dominar a los demonios como si fueran esclavos; si ha logrado esto, el daño que pueden causar, estos llamados demonios, estando a su servicio es prácticamente ilimitado.

— Es terrorífico –afirmó Elisa, que se había mantenido en silencio.

— ¡Eli! –exclamó Lara–, lo que te pasó en la playa fue provocado por un conjuro, lo siento tanto –Lara se acercó a

Eli para abrazarla pero se detuvo al notar que los hermanos se dedicaban una larga mirada.

— Esto nos lleva a otra explicación –dijo Evan, Lara estaba nuevamente sentada junto a Elisa–, La Orden, como mencioné antes, no tenía permitido el acceso a los textos salomónicos y por supuesto, ningún integrante maneja ese tipo de energía; sin embargo, existe una historia que narra cómo se constituyó La Orden. De haber tenido la oportunidad de crecer entre tu gente como te correspondía por derecho, hubieras aprendido todo esto con nosotros y contado con el tiempo necesario para asimilar la historia de nuestras familias, como no fue así, me veo forzado a explicarte todo en una noche.

— Estoy bien –dijo, más convenciéndose a sí misma que a él–, prosigue.

— Los fundadores de La Orden, eran antepasados de las tres familias principales, Gabriel Saloman, Magdalena Varzán y Enrique Marioni. La razón por la cual decidieron proteger los textos que ellos mismos habían descubierto, es que conocían su poder y cuando digo que lo conocían no me refiero a que simplemente los leyeran, la verdad es que los usaban, eso les dio la conciencia del verdadero peligro que significaban. Según cuenta la historia, después de mucha practica pensaron que había llegado el momento de ejecutar un hechizo mayor, su deseo de poder los cegó y los hizo sentirse tan fuertes como para dominar demonios, pero estaban equivocados, su plan salió mal y el demonio invocado fue liberado sin control, los desastres que provocó fueron enormes y los fundadores tuvieron que perseguirlo por varios países antes de lograr regresarlo al lugar del que lo habían traído, cuando lo lograron supieron que debían destruir los textos; se dice que intentaron todo, pero fue imposible y comprendieron que no fue el azar el que los

salvó de aquel incendio en el tiempo de Salomón, estaban protegidos de alguna forma sobrenatural. Tiempo después, ya resignados a que no podían ser destruidos, fundaron La Orden de Palmira que guardaría los textos y los mantendría alejados de cualquiera que quisiera usarlos.

— ¿Qué relación hay entre eso y lo que le sucedió a Eli?

— A eso voy –dijo Evan paciente, se levantó y las acompañó sentándose al pie de la cama–, al momento de la creación, las tres familias líderes hicieron un pacto de sangre y un último conjuro, el pacto sirvió como decreto inviolable de que se seguirían las órdenes del líder, que en aquel momento, era Gabriel y se aseguró de que el pacto incluyese la condición de que sus descendientes ocuparían siempre ese cargo. El castigo por desafiar las órdenes del líder... es la muerte.

— No puedo creer que respeten ese tonto pacto después de tanto tiempo, deberían cambiar las condiciones.

— Esa es la cuestión Lara, el pacto de sangre tiene poder por sí mismo y todos estamos atados a él. Elisa desobedeció una orden del líder, por ello pagó un precio.

— No estoy entendiendo.

— ¿Recuerdas que tu padre ordenó que no se te dijera nada referente a tu pasado?

— Sí... pero mi padre no es el líder, es más ni siquiera es un Saloman de acuerdo a lo que me cuentas.

— En la práctica los líderes actuales son los Varzán, pero de acuerdo al pacto Esteban posee el poder de los Saloman, lo adquirió al casarse con tu madre.

— Pero no por ser su esposo lleva su sangre.

— Le llamamos ceremonia matrimonial porque cualquiera que se case con un miembro de alguna de las familias principales debe participar en una recreación parcial del pacto de sangre realizado por los fundadores, en el cual

pasa a formar parte de su nueva familia y es como si llevara su misma sangre, esto con el fin de que la línea sanguínea y el apellido no se pierdan en el tiempo.

— Si todo lo que dices es verdad, deberías estar retorciéndote de dolor en el piso; es más, me atrevo a pensar que estarías muerto desde hace un buen rato ¿Cómo es que ahora sí puedes decirme la verdad?

— Cuando mencionaste haber escuchado la conversación de Javier y Eli supusimos que la orden ha sido cambiada o cancelada; la razón es que cuando estamos sujetos a este tipo de mandatos, se considera violación, incluso cuando no sabes que estás cometiendo una y de haber estado vigente la indicación de tu padre ellos habrían muerto por el simple hecho de que tú escucharas a hurtadillas.

— Entonces la orden cambió justo ese día, en algún momento entre el tiempo que pasamos en la playa y el instante en que escuché su conversación, lo cual debo decir fue un accidente.

— Así es, sin embargo, hay una posibilidad que debemos considerar, por muy dolorosa que sea. Y créeme, me lastima enormemente tener que decirte esto pero es inevitable —hizo una pausa mientras se acercaba a las jóvenes, Elisa tomó la mano de Lara y él se acercó más a ella—, sólo hay dos formas de cancelar la orden, una es que el líder la invalide voluntariamente y la otra... es que deje de existir.

— ¿¡Que muera!?! —exclamó, levantándose en un violento movimiento, Evan se paró frente a ella cerrándole el paso, no podía dejarla huir; ella debía aceptar esa posibilidad y afrontar lo que le deparaba el futuro—. Mi padre no está muerto —afirmó furiosa—, déjame salir no quiero escuchar más.

— Necesito que lo sepas porque es posible que algo le haya sucedido a tu padre.

— Nada le sucedió, él está bien, prometió regresar... cumplirá.

— Lara, él... desapareció –aceptó desesperado–, mis padres no ha tenido noticias tuyas desde hace diez días y ahora que hemos confirmado que la orden se invalidó temo lo peor.

En el primer instante, Lara no entendió lo que había escuchado, parecía una oración sin sentido con las palabras en el orden incorrecto, se tapó el rostro con las manos y descubrió lágrimas brotando de sus ojos; entonces su pecho fue aplastado por el mayor pesar que había sentido, escuchaba en su cabeza la voz de Evan repitiendo: temo lo peor. Sus rodillas dejaron de soportarla y se dejó abrazar por la silenciosa oscuridad.

Capítulo VII

— Lary... Lary...

— ¡Papi! –gritó la pequeña Lara, mientras corría a los brazos de su padre.

— Lary ¿qué haces aquí?, este lugar no es seguro ¡debes irte!

— No quiero estar sola papi, no me dejes –suplicó la niña abrazándose a sus piernas.

— Nunca te abandonaré princesa mía, siempre estaré a tu lado aunque no puedas verme, pero debes prometerme que estarás tranquila y no me buscarás.

— No te perderé papá, no te perderé.

— ¡Lara! –la voz de Evan atrajo su atención.

— Tu lugar es con él –dijo Esteban sonriente–, sé feliz cariño mío.

— ¡Lara! ¡Lara!

Todo se oscureció de nuevo, pero esta vez no era silencioso; todavía podía escuchar su nombre como un eco lejano de la voz de Evan.

— Lara –repitió la voz ahora más cerca–, regresa, por favor.

Muy lentamente iba abriendo los ojos mientras se hacía consciente de la realidad a la que no quería regresar.

— Evan, reaccionó –dijo Eli.

Su hermano se encontraba hincado junto a la cama con la frente presionada sobre la mano de Lara, quien yacía semiconsciente.

— ¿Lara? –llamó Elisa.

— Estoy despierta –dijo incorporándose, Evan la imitó quedando frente a frente en ese movimiento–, sé que crees que está muerto Evan –dijo tomándolo de los hombros–, pero aún hay esperanza, puede haber cambiado la orden, tal vez Denon lo atrapó y necesita nuestra ayuda, para poder rescatarlo necesitaba dejarme saber la verdad.

— No negaré que existe la posibilidad –aceptó Evan, acariciando la mejilla de Lara–, pero debes saber que es muy remota.

— Con eso es suficiente –susurró Lara viéndolo a los ojos–, debemos tener fe.

Evan se perdió en el océano gris de los ojos de Lara y supo que cumpliría hasta el menor de sus deseos.

— Tendré fe Lara.

— Gracias –dijo ella, apoyando el rostro sobre la tibia mano que le ofrecía consuelo.

Elisa se levantó para darles un poco de privacidad; comenzó a recolectar las cosas que habían regado por la habitación durante su corta estancia. Al terminar, notó que sus acompañantes continuaban sentados en la cama; Evan acariciaba tiernamente el cabello de Lara que reposaba la cabeza sobre su hombro. Eli tomó las llaves del jeep; cuando abrió la puerta de la habitación, supo que no podía darles privacidad por más tiempo.

— Está amaneciendo –dijo en voz baja–, debemos irnos.

Evan le respondió con un asentimiento de cabeza y Elisa entendió que de igual forma debía dejarlos solos, así que salió del cuarto rápidamente.

— Desearía ser otra persona –confesó Lara en un susurro.

— No deberías.

— Tener una vida normal.

— Cada persona tiene una misión en el mundo y es asignada de acuerdo a la fortaleza individual; debes estar segura

de que si te ha tocado una vida complicada como ésta, es porque tienes la capacidad de afrontarla.

— Hay fortaleza en eso –dijo Lara, levantando la vista.

— ¿En qué?—preguntó Evan, encontrándose de nuevo atrapado en la mirada inocente de Lara.

— En tus palabras.

— También la hay en ti, la he visto.

Lara le devolvía la mirada a esos hermosos ojos ambarinos que parecían piedras preciosas; aunque en ese momento, ligeramente opacas debido al agotamiento, no ocultaban la verdad; Evan realmente creía en ella y le transmitía su seguridad, encontrándose ahí entre sus brazos, tan expuesta a él, se sintió poderosa, sintió que si Evan la apoyaba tendría esa fortaleza de la que hablaba y encontraría a su padre.

— Eli tiene razón –dijo Evan, sacándola de la ensoñación–, debemos irnos.

Encontraron a Elisa acomodada en el asiento trasero del jeep; prácticamente dormida, se subieron en silencio pero aun así despertó. Evan arrancó el vehículo y rápidamente estaban de vuelta en el camino.

— Duerme un poco –dijo Lara a Elisa.

— No hagas eso –intervino Evan.

— ¿Hacer qué?

— Dar órdenes.

— Lo siento –dijo Lara apenada–, no es una orden ¿Lo sabes verdad?

— Sí, pero...

— Hay cosas que aún no sabes –dijo Evan interrumpiendo a su hermana.

— Es momento de que me las digas.

— Por ejemplo –comenzó Evan–, esa orden que acabas de dar, no causaría efecto si fuera para mí o para cualquier otra persona que pertenezca a La Orden; en ese caso, ten-

drías que ser más específica, la forma correcta sería: te ordeno que duermas o algo similar; sin embargo, con Eli es diferente, por lo que tú misma decías antes de que llegáramos al hotel, está ligada a ti.

— Ya recuerdo, la súplica.

— En ella Elisa se puso a tu servicio para siempre a cambio del perdón, no debió hacerlo, me refiero a que no era necesario que prometiera sus servicios para salvarse, lo hizo por desesperación.

— Le dijiste a Javier que no había solución para eso ¿era porque yo no estaba enterada? —preguntó Lara.

— No, lo dije porque así es —respondió la chica.

— Debe existir una forma.

— No la hay —dijo Evan—, su deber es permanecer a tu lado como juró que haría.

— Entonces simplemente le ordenaré que se case y se vaya con su esposo, lejos de mí.

— No es tan sencillo; pero hablaremos de sus opciones después —siguió Evan— por lo pronto, intenta dirigirte a ella de forma que no tenga la entonación de una orden ya que si por accidente le pides que se tire de un acantilado o se dé un tiro en la cabeza, te obedecerá.

— No entiendo cómo es eso posible.

— Lo entenderás conforme vayas conociendo el poder que tienen los juramentos sobre nuestra gente.

— Tengo una pregunta.

— ¿Sólo una? —dijo Evan divertido.

— Por el momento, sí.

— ¿Y bien?

— ¿Por qué sus ojos cambiaron de color?

— No puedo creer que recuerdes cómo eran mis ojos —dijo Elisa—, creí que te había despistado.

— Pues fallaste.

— Es la marca del sirviente –dijo Evan–, es lo que pasa cuando te pones al servicio de alguien, aparte de lo que cambia dentro de ti, también lo hacen tus ojos.

— Eso es extraño –afirmó Lara.

— Después de todo lo que has escuchado eso te parece extraño... vaya chica –dijo Evan.

— Eso de ponerse al servicio de alguien es parte del pacto de sangre supongo.

— Fue una de las trampas que dejó Gabriel Saloman –respondió Elisa.

— ¿Trampas?

— Porque sólo funciona con tu familia –dijo Eli –es como una herencia de su antepasado, tener todos los esclavos que deseen.

— Pero yo no deseo esclavos y mucho menos que tú lo seas –afirmó Lara acongojada.

— Lo sé Lara, no te preocupes, nadie te culpa; yo soy la responsable de lo que pasó, no hiciste nada malo, es más, fue al contrario, tú me salvaste.

— Si me hubiera quedado fuera de su vida, todo estaría bien, no les he causado otra cosa más que problemas desde que llegué.

— Estás en un error –intervino Evan–, siempre hemos tenido igual cantidad de problemas, la diferencia es que ahora también tenemos esperanza.

— ¿Esperanza?

— Mientras Esteban y tú han estado lejos de La Orden, hemos tenido que pasar muchas dificultades. Todavía no entiendes la importancia de tu familia en todo esto. Si La Orden pierde a todos los miembros de la familia Saloman será el final, ustedes esgrimen el mayor poder dentro del grupo de familias gracias a Gabriel y su pacto de sangre; si continúan lejos causarán que La Orden perezca a manos de David.

— Pero nadie tiene tanto poder como él, no podremos vencerlo.

— Dice la leyenda que llegará un momento en que el mundo necesite ser defendido del mal nuevamente, cuando eso suceda, habrá una sola forma de vencer y será usando la magia salomonis.

— Pero él es el único que la domina.

— Nuestros ancestros dejaron indicaciones para cuando sucediera algo como esto.

— ¿Para usar los textos?

— Sí, entre las cartas encontradas hay una que describe la forma correcta de hacerlo en un caso extremo; también explica que los únicos que podrán llevar a cabo el ritual serán los primogénitos de las familias fundadoras.

— A eso te referías con “esperanza”.

— La tenemos gracias a que has vuelto a nosotros.

— De acuerdo, te seguiré la corriente por ahora. Supongo que yo soy la primogénita de los Saloman y tú de los Varzán. ¿Qué pasa con los Marioni? Dijiste que habían muerto.

— Eso pensamos en un principio, sin embargo, mis padres tenían conocimiento de la existencia de un hijo ilegítimo de Manolo Marioni; así que llamaron a la madre y los iniciaron en La Orden, el niño tenía apenas tres años de edad al momento de la tragedia, por eso fue fácil instruirlo junto con el resto de los pequeños, de hecho ya lo conoces, es Javier.

— Javier es hermano de David –afirmó para sí misma sorprendida, no pensó que el encantador novio de Elisa tuviera parientes tan macabros.

— Sí; pero nunca han tenido ningún tipo de contacto, para él es un desconocido; además de ser el causante del suicidio de su padre.

— Debió ser muy difícil para él, crecer como el descendiente de la familia que traicionó a La Orden.

— De cierta forma lo fue, hay mucha gente herida por los Marioni; además, muchos otros huérfanos gracias a David; y sí, en ocasiones la gente descarga su dolor o frustración en él; por suerte, desde hace varios años es muy competente defendiéndose; además, el respaldo de mis padres lo protege de ofensas mayores, el liderazgo es muy respetado dentro de La Orden.

— Gracias Lara –dijo Elisa.

— ¿Por qué? –preguntó exaltada, pues pensaba que la chica se había dormido.

— Por no odiar a mi Javi.

— No tendría razón de hacerlo, es el más inocente de todos.

— Es cierto, además es encantador ya lo conocerás mejor.

— Espero tener oportunidad.

— Claro que la tendrás y debes conocerlo porque serás mi dama de honor.

— Eli yo...

— No discutas Lara, eres mi amiga.

— Debes tener mejores amigas, a mí apenas me conoces.

— Eres mi única amiga y siento que te conozco desde siempre.

— ¿Qué pasa con Amanda?

— Esa estirada no es mi amiga.

— En ese caso, será un honor Eli, muchas gracias por elegirme –Lara dejó pasar el tema, pero Elisa era la persona más linda que había conocido y descubrir que era casi tan solitaria como ella la conmovió.

— Las dos deberían tratar de dormir, aún nos quedan cuatro horas de camino aproximadamente –dijo Evan.

— No podría aunque quisiera, además, alguien debe hacerme compañía, estás tan cansado como nosotras.

— Creo que yo me dormiré –dijo Elisa, aunque le entendieron con dificultad, pues habló mientras bostezaba y cerraba los ojos.

Capítulo VIII

El conocimiento de geografía de Lara era escaso, pero sí pudo concluir que su viaje en automóvil terminaría en la ciudad de México; sospechaba que el plan de Evan sería abandonar el país, así que en cuanto arribaron a la enorme ciudad, no se sorprendió.

Después de considerar su estado de ánimo por unos minutos, descubrió que se sentía resignada. Comprendía que vivir huyendo no los llevaría realmente a ningún lado; tarde o temprano tendrían que enfrentar lo que los acechaba, nadie puede huir para siempre, de ahí venía su resignación. El único dolor que le atesaba el corazón era no saber qué había sido de su padre; esa pesarosa incertidumbre la impulsaba a seguir adelante.

— Llegamos –dijo Evan sacándola de sus pensamientos– partiremos de aquí.

— Supuse que saldríamos del país –dijo Lara–, y ahora que lo pienso no hay nada que evite que me digas adónde nos dirigimos.

— A casa –respondió, Lara vio su sonrisa preferida en el rostro de Evan y se alegró por un instante.

— Muy informativo –dijo sarcástica y sonriente–, claro, eso en el caso de que yo supiera dónde es “casa” –hizo señas poniéndole comillas a la última palabra.

— Evan deja de molestarla –dijo Elisa–, vamos a la sede de La Orden, en Letonia, crecimos ahí por eso es nuestra casa.

— Es la primera vez que voy a Europa; papá siempre decía que es su continente favorito, pero que nunca podríamos vivir en él.

— Te encantará, todo es muy... medieval –informó Elisa claramente emocionada.

— Basta de charla –interrumpió Evan, de nuevo serio–, debemos movernos rápido, es mediodía y habrá mucha gente en el aeropuerto.

Las muchachas obedecieron todas las indicaciones de Evan mientras caminaban hacia su hangar. Lara no pudo dejar de notar que su apuesto acompañante tomaba muy en serio el papel de protector, supuso que había recibido algún tipo de entrenamiento y sintió celos; si ella estuviera entrenada en alguna forma tendría la capacidad de salvar a su padre sin tener que arriesgar la seguridad de nadie más. Caminaban tan rápido que comenzó a faltarle el aliento, habían recorrido al menos un kilómetro dentro del aeropuerto y el pasillo se extendía aún frente a ellos.

— Eli –llamó Lara–, no compramos boletos.

— Evan arregló que nos esperara una nave privada.

— Debí suponerlo –Eli le sonrió.

— Es muy precavido y en esta situación mucho más.

— Por aquí –indicó Evan señalando la entrada a una sala.

Dos azafatas los esperaban en el área de abordaje, Evan no se detuvo para presentarse; caminó por el túnel hasta el interior del avión.

— Genial –dijo Eli una vez dentro–, es la primera vez que viajo en la nave de papá; gracias Lara –concluyó, guiñándole un ojo.

Lara se quedó sin habla, nunca había estado dentro de nada que fuera tan lujoso como eso, parecía una hermosa casa diseñada en madera y piel, dudó antes de caminar sobre la alfombra color miel por temor a mancharla; a su

derecha se encontraba una cómoda sala de televisión y al otro lado de la nave, había un armario de madera junto a una puerta del mismo material, alcanzó a ver a través de ella lo que parecía ser una pequeña habitación; de momento pensó que sus ojos la engañaban, pero no era así, una cómoda cama la esperaba al otro lado de la puerta. Eli ya estaba recostada en un sillón y revisaba un catálogo de películas; al menos eso no la sorprendía, conocía la afición de Eli por las televisiones.

— Esto es increíble –dijo Lara–, no entiendo en dónde consiguen estas cosas tan...

— ¿Extravagantes? –preguntó Evan que salía de la cabina del piloto.

— Esa es la palabra exacta –dijo Lara sonriéndole.

— Fue un obsequio a mis padres, le hicieron un favor a alguien digamos... adinerado.

— ¿Un avión?

— Así de grande era el favor –Evan sonreía otra vez y Lara pensó que le regalaría un avión como ése sí era lo que se necesitaba para verlo sonreír; después hizo una nota mental, recordándose que tenía el pendiente de internarse en un psiquiátrico cuando todo terminara, porque ya estaba perdiendo la cabeza–, es el BMW de los jets –continuó Evan emocionado–, aparte de ser lujoso vuela a 900 kilómetros por hora y recorre 11,000 de forma autónoma, significa que no tendremos que hacer escala por combustible y que llegaremos a casa en ocho horas más o menos.

— ¿Ocho horas? –preguntó atónita.

— Efectivamente señorita; le aconsejo que utilice sabiamente su tiempo, a partir del momento en que aterricemos tendrá una agenda saturada.

Lara no respondió, pero se preguntaba si Evan se había referido a su agenda, en singular, porque se separaría de ella.

Contemplar la posibilidad la angustió, se había acostumbrado a tal grado a su compañía y protección que no consideró la posibilidad antes. Se acomodó en el sillón frente a Eli y sacó su ipod con la esperanza de ocupar su mente con música, tal vez dejaría de pensar en lo que le esperaba al otro lado del mundo.

— Nada de eso –dijo Evan llamando su atención–, te corresponde la suite, necesitas dormir.

— Gracias –respondió aliviada.

Fue directo a la cama; desde ahí podía contemplar el resto de accesorios del camarote, que no eran visibles afuera; sin embargo, lo único que atraía su vista era el chico varonil que registraba el armario afuera de la puerta. La parte superior de su atuendo era un playera ligera que dejaba a la vista sus formados brazos, hasta el más pequeño de sus movimientos la cautivaba, observó que movía indeciso las cosas del armario una y otra vez. Se encendió la señal de cinturón de seguridad y sonó un corto timbre, Evan caminó hacia ella cargando un par de mantas.

— Para que no pases frío –dijo, mientras las dejaba al pie de la pequeña cama–, ya vamos a despegar, ven conmigo –se sentó en el sillón que estaba frente a la cama y ella lo acompañó. Se colocaron los cinturones de seguridad y la nave comenzó a moverse–, cuando lleguemos estará amaneciendo en Riga y hará frío, tengo un abrigo para ti en la sala, servirá mientras vamos de compras.

— Había olvidado que ya no poseo nada –confesó en un susurro.

— Tengo una noticia para ti, posees muchas cosas en Letonia.

— ¿Qué cosas? –preguntó intrigada.

— Tu familia dejó varias propiedades y según tengo entendido, están a tu nombre desde que naciste; además, sé

de un par de cuentas bancarias que también te pertenecen, supongo que habrá que hacer un par de trámites y podrás disponer de ellas.

— Pero todo eso pertenece a mi padre.

— Claro y cuando lo encontremos podrás entregárselo.

— ¿Me ayudarás? —preguntó conmovida por su afirmación.

— Por supuesto Lara; te dije que lo haría, aunque te advierto, no será fácil, mis padres querrán evitarlo.

— Si tú estás apoyándome no se opondrán —dijo llena de nueva esperanza.

— Tenemos que ser muy cuidadosos de no dar a conocer nuestras intenciones, si su plan difiere del nuestro lo único que haremos será ponernos en marcha, aunque está claro que no podremos darle información a nadie, si lo hacemos tendrán oportunidad de detenernos.

— Muy bien —dijo—. ¡No tenemos un plan! —exclamó preocupada.

— En eso invertiré mis ocho horas de vuelo —informó emocionado. La perspectiva de un nuevo reto parecía gustarle, tal vez demasiado.

— Necesitas dormir —discutió.

— No debes preocuparte por mí —tomó la mano de Lara y le acarició el dorso como reflejo. Ella se hizo consciente de su cercanía física, sus costados se rozaban y podía sentir el calor de su cuerpo entibiándola.

Evan le sonreía con una expresión conmovida y Lara cayó en picada dentro de sus ojos estremeciéndose; sonó el timbre avisando que podían quitarse el cinturón de seguridad y rompió la burbuja en la que se habían encerrado, Evan cortó el contacto visual y se levantó de su asiento.

— Te dejaré descansar —se despidió—, debes estar recuperada al aterrizar —salió del camarote cerrando la puerta tras él.

Un curioso vacío la invadió, regresó a la cama y se cubrió con las mantas que le había dejado.

— Estúpida, estúpida Lara... ¡Va a casarse!... ¡Con la estirada señorita Amanda! —se dijo. Su eco le respondió en confirmación.

Un dolor punzante en su cabeza la despertó, abrió los ojos a la profunda oscuridad de la noche, debían estar a más de la mitad del camino para que ya fuera de noche; sobó sus sienes con la esperanza de mitigar el dolor al menos un poco, pero no lo logró, un movimiento a su lado en la cama la sorprendió. Se sentó de golpe para averiguar de qué se trataba y lo único que logró fue maximizar su dolor. Se llevó ambas manos a la cabeza rápidamente.

— ¿Te sientes bien? —preguntó su voz predilecta —lo lamento no debería estar aquí —dijo levantándose.

— No te vayas —pidió Lara con un hilo de voz, a la vez que tomaba su mano para detenerlo. Evan se sentó de nuevo.

— No era mi intención despertarte, discúlpame, lo único que quería era ver cómo estabas —afirmó apenado.

— ¿Por qué siempre sabes cuando algo anda mal conmigo? —preguntó sorprendiéndolo.

— ¿Qué te sucede?

— Es sólo un dolor de cabeza, pero no cambies el tema, responde a mi pregunta —pidió tiernamente.

— No lo hago.

— Sí lo haces y siempre aciertas.

— Supongo que salí defectuoso, mamá siempre dice que nací con la intuición de las mujeres.

— Eso es nuevo, un hombre intuitivo.

— Ves, soy defectuoso.

— Lo dejaré estar —aceptó ella—, por ahora —concluyó amenazante.

— Buscaré algo para tu dolor —salió sin dejarla responder.

Al regresar le dio un vaso con agua y una pastilla; esperó que se la tomara y recibió el vaso de vuelta.

— Intenta dormir, todavía nos quedan un par de horas de vuelo –dijo dirigiéndose a la puerta.

— Espera –lo llamó–, ¿te molestaría acompañarme por un rato? –preguntó insegura.

— Por supuesto que no –aceptó y se acomodó a su lado, en la pequeña cama apenas había espacio para los dos, así que se acomodaron muy juntos.

— Sospecho que hay algo que aún no me dices y está bien, respeto tu decisión, pero me pregunto si algún día me tendrás la confianza para hacerlo.

— Sí –dijo simplemente, se volteó en la cama quedando frente a ella–, no pienses que callo por ti –continuó–, del único que desconfío es de mí mismo –dijo entre dientes.

— Yo confío en ti, tal vez deberías darte un poco de crédito –dijo en un susurro y escuchó algo parecido a una risita reprimida en los labios de Evan.

Lara estaba adormilada, sentir a Evan a su lado era un bálsamo tranquilizador. Lo último que hizo su cuerpo rebelde antes de caer en la inconsciencia fue voltear y abrazarlo, sólo para sentir su calor lo más cerca posible; escondió la cara en su pecho y el olor de su piel la invadió de golpe, le recordaba los inciensos de sándalo y maderas que Ani encendía en su habitación cuando la visitaba. Se quedó dormida con la sensación de estar en casa.

Capítulo IX

— Muero de envidia –susurraba una voz de mujer–, algunas nacen con suerte.

— Debes admitir que es una linda pareja –comentó otra voz–, tal vez la más linda que haya visto.

— A ti también te encantaría estar en su lugar –refutó la primera–, está para comérselo –soltaron risitas nerviosas.

— Señoritas, las puertas existen por una razón –dijo Evan sorprendiéndolas, pero no se movió ni aflojo el abrazo con el que mantenía a Lara junto a su pecho.

— ¡Señor! –dijo la segunda voz que pertenecía a una azafata–, por favor perdone la intromisión.

— El capitán pide que abrochen sus cinturones de seguridad para el aterrizaje –informó su compañera y enseguida salieron del camarote, Evan soltó una sonora carcajada.

— Ya puedes levantar la cabeza –dijo sin dejar de reír–, debiste ver sus rostros.

— Eso fue embarazoso –confesó Lara riendo, aunque sin poder evitar la punzada enojada de su estómago traicionero. Así deben sentirse los celos, pensó... No seas tonta, no estás celosa... ¿o sí?

Se pararon de la cama y fueron a prepararse para el aterrizaje, Lara peleaba con su cabello revuelto sin obtener muy buenos resultados y él la observaba intrigado.

— Si quieres mi opinión, me encanta como luce tu cabello cuando despiertas; deberías llevarlo así todo el tiempo.

— No lo creo –se limitó a responder; sus mejillas la traicionaron tornándose rosadas, Evan sonrió satisfecho.

Una vez en tierra, se unieron a Elisa y descendieron juntos de la nave, en el hangar los esperaba un flamante automóvil negro de donde se bajó una figura familiar.

— ¡Javi! –exclamó Elisa corriendo a su encuentro–, no sabía que nos recogerías tú –siguió diciendo mientras se acomodaba entre sus brazos–, ¿cuándo llegaron?

— Desde ayer, volamos desde Cancún.

— Hola Javi –dijo Evan al acercarse a la pareja, Javier soltó a Eli para darle un abrazo fugaz a su amigo como saludo.

— Lara, bienvenida a Riga –dijo Javier al separarse de Evan y le brindó una reverencia ya conocida por la chica.

— Hola Javi –respondió Lara, copiando el diminutivo usado por los demás, con la esperanza de restarle formalidad a la situación.

Abordaron el automóvil rápidamente; para sorpresa de Lara, Evan la acompañó en el asiento trasero.

— Encontré un uso provechoso para todo ese asunto de las órdenes –dijo Lara en forma de confidencia mientras se ponían en marcha.

— Mi señora... ¿Cuál será su primera orden? –preguntó Evan sarcástico pero intrigado.

— Eliminaré las reverencias.

— No es tan simple –la contradijo.

— Yo creo que sí lo es.

— Antes de que comiences a repartir órdenes embriagada de poder; debes entender la complejidad de la responsabilidad que caerá sobre ti.

— Hablas como mi padre.

— ¿Has escuchado la expresión “ten cuidado con lo que deseas porque podría hacerse realidad”?

— Claro –respondió extrañada.

- También se aplica para las órdenes.
- Debo tener cuidado porque se cumplirán, entiendo.
- No creo que estés viendo la imagen completa.
- Explícame entonces.

— Las reverencias servirán de ejemplo, tú puedes eliminarlas por ahora, pero la consecuencia real sería grave; verás, pertenecen al igual que nosotros, a un sistema de comportamiento antiguo; la razón de su existencia es mayor que la simple necesidad de sentirnos superiores o presumir nuestro rango, existen aún por mandato de los fundadores. Probablemente fue un descuido de su parte agregar esas cláusulas superfluas al pacto, ya que ellos buscaban que la jerarquía se preservara y pensaron la ley sin contemplar la posibilidad de que las costumbres cambiaran tan drásticamente con el paso del tiempo. Gracias a esas disposiciones, ahora nosotros debemos cuidar que las cosas continúen en la forma que ellos ordenaron, de no ser así, en el futuro podríamos enfrentarnos contra un caos causado por nuestra necesidad.

— Mí necesidad querrás decir... Creo que ya entiendo el punto, esa es la razón de que se comprometan en matrimonio a niños recién nacidos... el pacto. —dijo, refiriéndose a Elisa.

- En parte.
- ¿Cuál es la otra razón de eso?
- ¡Llegamos! —la voz emocionada de Elisa los interrumpió.

Lara estaba tan concentrada en la conversación y los gestos de Evan que se olvidó de observar la ciudad a la que había arribado, al bajar del coche la sorprendió encontrarse frente a una torre circular de grandes ventanales. Se ancló en su lugar por la sorpresa y comenzó a observar los alrededores; de inmediato se desplegó ante ella el maravilloso paisaje, a

la izquierda del edificio se encontró con un majestuoso río y un gran puente que lo comunica con la otra orilla; desde donde se encontraba pudo apreciar la hermosa arquitectura báltica, dejó vagar su vista, logró contar al menos cuatro puentes más y un sinnúmero de edificios. La maravilló la armonía de esa ciudad en la que convergían la historia y la modernidad. Evan la sacó de su estupor colocando un suave abrigo gris sobre sus hombros, fue entonces cuando se hizo consciente del frío, la estremecía hasta los huesos, aumentado por la llovizna pertinaz que caía sobre su cabeza.

— Es hermoso —dijo Lara entre dientes. Evan, que se encontraba muy cerca de ella alcanzó a escucharla.

— El Daugava. Es un río poderoso, atraviesa Rusia, Bielorrusia y Letonia, termina su recorrido aquí, desembocando en el golfo —informó—, si quisieras llegar al mar —señaló hacia donde se dirigía la corriente—, sólo tendrías que seguirlo, salir de la ciudad y más adelante te encontrarías con el golfo de Riga en todo su esplendor.

— Magnífico —respondió, sin embargo, su semblante en parte preocupado no concordaba del todo con lo que decía.

Las grandes puertas de cristal se abrieron en cuanto se acercaron, atravesaron el moderno vestíbulo y la recepcionista fue a su encuentro de inmediato.

— Laipni lūdzam —dijo la joven y se inclinó ante ellos.

— Significa bienvenidos en letón —dijo Evan en el oído de Lara.

— Labdien —respondió Javier a la recepcionista— mēs sagaidām.

— Buen día —continuó Evan traduciendo lo que decía su amigo —nos esperan.

— Protams sir, iet uz priekšu —dijo la recepcionista.

— Por supuesto señor, adelante —tradujo Evan.

— Pateicība Daina —dijo Elisa sonriendo a la chica.

— Gracias Daina –concluyó Evan.

— Es un lenguaje muy bello –dijo Lara mientras caminaban hacia el elevador–, pero no necesitas traducir todo lo que dicen, será extenuante.

— No me molesta hacerlo; además, es mi lengua madre.

— Habría jurado que era el español, lo hablas sin acento extranjero —respondió asombrada.

— Es el resultado de muchas, pero muchas horas en clase de dicción –explicó pagado de sí mismo mientras entraban al elevador.

— Es la primera vez que se me ocurre que debes hablar muchos idiomas, supongo que vas por todo el mundo cumpliendo misiones como ésta ¿cierto? –preguntó Lara mientras veía como Javier presionaba el botón más alto en el tablero que tenía las iniciales PH.

— La verdad es que sí tengo que viajar, pero el motivo son los negocios de La Orden, es necesario que alguien los atienda mientras mis padres y su guardia salvan al mundo –comentó sarcástico–, éste era un caso especial, se trataba de ti.

— Me siento halagada, mandaron a un ejecutivo de La Orden a rescatarme –bromeó Lara, con la esperanza de lograr una sonrisa en los labios de Evan.

— Claro que debes sentirte halagada, soy el mejor de La Orden –respondió complaciéndola con su sonrisa.

— ¡El mejor ejecutivo! –exclamó llevándose la mano a la boca simulando sorpresa, y sus acompañantes estallaron en carcajadas.

— Te has convertido en mi segunda chica preferida –dijo Javier entre risas–, nunca había escuchado que nadie se mofara así de Evan –Lara le respondió con una sonrisa.

— Eso es porque nunca habías conocido a nadie de mayor rango que él, a parte de mis padres –informó Eli–, ade-

más, Lara es genial, por eso no puedo despegarme de ella – Lara no habría creído que la lóbriga broma de Eli le causara gracia a nadie, de no ser porque ninguno de ellos incluyéndola pudo aguantar las ganas de carcajearse con más fuerza.

Cuando se abrieron las puertas del elevador, el buen humor que los rodeaba fue eliminado de inmediato, tres rostros molestos y expectantes les devolvían la mirada desde la lujosa sala de estar a la que arribaron. Lara supo de inmediato que las iniciales PH del elevador significaban Penthouse; aunque solo tuvo tiempo para dedicar un pensamiento fugaz a esa idea, ya que ver a Dalia corriendo efusiva hacia sus hijos, capturó toda su atención. Era tal vez la mujer más hermosa que había conocido, su bien formado cuerpo se movía tan grácilmente que la vista de todos los presentes se posaba en ella, sus largos rizos rubios ondulaban sobre su espalda al ritmo de sus pasos, dándole un aire etéreo e hipnotizador. Lara entendió lo afortunado que era Javier, dado que muy pronto Elisa luciría casi igual que su madre; claro, exceptuando sus ojos, que ahora eran grises y no ambarinos como los de Dalia.

— Bienvenidos –dijo Dalia, abrazando a sus dos hijos a la vez, quienes le correspondieron emocionados, Evan enterró la nariz en el mullido cabello de su madre y aspiró profundamente su aroma –nunca hagan algo como esto de nuevo, su padre y yo estábamos tan preocupados, no dormimos en toda la noche–, los reprendió soltándolos y poniendo los brazos en jarras como si regañara a un par de niños.

— Lo lamento madre –respondió Evan–, debes saber que fue mi decisión y antes de que te enojés más escucha lo que ha pasado, así entenderás por qué hice las cosas de este modo –concluyó, pero su madre ya no estaba prestándole atención; veía fijamente a Elisa y Lara sintió un escalofrío recorrer su espalda al entender que observaba los ojos de

su hija. En la expresión de Dalia se reflejaron muchas emociones a la vez. A pesar de que Lara vio pasar por ese bello rostro preocupación, dolor y resignación, notó que habían otras emociones escondidas ahí, no estaba totalmente segura pero le pareció ver un ligero destello de orgullo.

— Está bien madre, puedes decir lo que sea que estés pensando —dijo Elisa—, Lara ya sabe todo.

Capítulo X

Lánguidamente sentada en un moderno sillón de piel negra, Lara contemplaba seriamente la posibilidad de sacar su ipod y colocarse los audífonos al volumen más alto que el aparato pudiera alcanzar. Habían pasado ya muchos minutos desde la última vez que alguno de sus acompañantes le prestara atención, todos hablaban de ella como si no estuviera presente, por lo cual se sentía cada vez más molesta. Héctor y Dalia, después de escuchar el relato de lo sucedido, opinaban que debía ser enclaustrada en una lejana casa de campo rodeada de guardias, Evan por el contrario pensaba que era una pieza clave en todo el asunto y que debían incluirla en la acción que decidieran tomar, expresaba su postura de manera resuelta pero con un respeto inmenso hacia sus padres y líderes. Javier y Elisa apoyaban la idea de Evan, mientras que Amanda, a pesar de haber permanecido en silencio la mayor parte del tiempo, mostraba abiertamente que concordaba con los Varzán, a Lara le parecía que si hubiera dependido de Amanda, para esa hora estaría de camino a su prisión.

- ¿Lara? –preguntó Dalia sacándola de sus cavilaciones.
- ¿Sí? –dijo la interpelada todavía desorientada.
- Decía –dijo Héctor– que me interesa conocer tu opinión.
- Lo siento, estaba un poco distraída.
- ¿Un poco? –preguntó Héctor sonriendo a la chica.
- La verdad –comenzó Lara devolviéndole la sonrisa – necesito encontrar a mi padre, lo más conveniente es que yo

participe en su búsqueda; además –continuó, levantándose del sillón y dando unos pasos frente a sus acompañantes–, de acuerdo con lo que se me ha dicho, pertenezco a La Orden, soy una de ustedes y como tal, pienso que aún hay muchas cosas que debo aprender; por supuesto, esto lo digo sin saber si seré aceptada o si se me permitirá dicha pertenencia después de mi larga ausencia. Sin embargo, me parece importante externarles lo que opino al respecto –dudó.

— Te escuchamos Lara –dijo Héctor al notar su vacilación–, continúa.

— He pensado mucho lo que debo hacer y mi decisión es quedarme; claro, si me aceptan. Sé lo que implica mi presencia y el gran riesgo que represento para todos ustedes; pero si hago lo que me piden y me escondo o huyo, estaré cometiendo el mismo error que mis padres y temo que compartiré con ellos un final trágico en un estado de indefensión. Si en lugar de eso me quedo y enfrento a mi enemigo, sin importar el final que me espere, estaré preparada, no me encontrará con la guardia baja. No tengo nada más que perder, piénsenlo, aún tengo la oportunidad de devolverle el honor a mi familia y a mi nombre, debo hacerme responsable del lugar que me corresponde en el mundo, es la única forma de recuperar a mi padre y devolverle a nuestras vidas su verdadero sentido –concluyó con vos firme, a pesar de las densas lágrimas recorriendo sus mejillas.

Todos escucharon atentos las palabras de Lara y la veían con sorpresa, ella les devolvía la mirada lo más firme que le era posible y en todos notó manifestaciones de respeto y admiración; la excepción era Amanda, la expresión de la chica era sorpresa, sí, pero también había una gran cantidad de desagrado, que generó exasperación en Lara, no entendía qué molestaba tanto a la joven, a menos, claro, que de alguna forma se hubiera enterado del estilo de viaje que Lara ha-

bía adoptado con su prometido. Descartó ese pensamiento con un ligero movimiento de cabeza.

— Eres digna hija de tu madre –dijo Dalia, rompiendo el largo silencio.

— Y yo que pensé que me encontraría con una niña asustada e indefensa –dijo Héctor–, sé reconocer mis errores y estaba cometiendo uno contigo querida Lara, serás una gran lideresa para nuestra gente, tendremos que recuperar los años perdidos; pero...

— ¡Lideresa?! –exclamó Lara interrumpiéndolo–, por favor no piense que esa es mi intención, se lo suplico; ustedes son los líderes, no deseo quedarme para usurpar su lugar; al contrario, me sentiré dichosa de estar a su servicio.

— No digas tonterías niña –terció Dalia, brindándole una tierna sonrisa–, tú eres la lideresa natural, nosotros somos los que estamos ocupando un lugar que no nos corresponde, desgraciadamente ha tenido que ser así por razones que ya conoces; pero debes ser consciente del rango que te corresponde si aceptas quedarte cómo has dicho, y sábetelo que nosotros estaremos encantados tenerte como lideresa, nunca debes pensar que nos haces un mal o que nos despojas de algo con tu presencia.

— Además –intervino Evan por primera vez–, eso no sucederá de inmediato, aún no cumples la edad adecuada para tomar el mando que es a los 21 años, tenemos poco menos de un año para prepararte; te enseñaremos en ese tiempo lo que debiste aprender a lo largo de tu vida, pero tengo confianza en que lo lograremos –concluyó, Lara escuchaba atónita.

— También tendremos que encontrarte un esposo digno de compartir la gran responsabilidad que se te avecina –dijo Dalia como si pensara en voz alta. Lara imaginó que le estaba hablando la cabeza; eso era más factible que visualizarse casada.

— Yo puedo ayudar con eso –dijo Amanda con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Por qué no me extraña? –preguntó Elisa sarcástica mientras se acercaba a Lara y le rodeaba los hombros con un brazo–, padre, madre, creo que deberíamos continuar más tarde, Lara parece necesitar un respiro, todo esto la ha tomado por sorpresa –pidió en tono conciliador, Lara agradeció su gesto, realmente necesitaba ese respiro.

— Pensé que ya sabía todo esto –dijo Dalia un poco apenada por haber dejado salir sus ideas tan libremente.

— No hemos tenido tiempo suficiente como para darle los pormenores de sus obligaciones madre –informó Evan en voz baja pero notablemente molesta.

— Muy bien –dijo Héctor–, terminaremos esta conversación en la cena, por lo pronto nos retiramos, tenemos un par de pendientes que atender, será mejor que permanezcan aquí hasta nuestro regreso.

— Por supuesto –dijo Evan más relajado–, así lo haremos.

En cuanto los Varzán se retiraron, Amanda se llevó a Evan a la habitación contigua; Lara y Elisa se acomodaron en el sillón grande y Javier las acompañó sentándose a los pies de su prometida.

— Eso salió bien –dijo Javi tomando la mano de Elisa.

— ¿Bien? –preguntó Lara incrédula.

— Pudo haber sido mucho peor –informó Elisa.

— Vaya, peor que tener que casarme y quitarle el puesto a tus padres si me quedo, no logro imaginármelo.

— ¿Si me quedo? –preguntó Eli–, no deberías dudar, este es tú lugar –continuó mientras acariciaba levemente la mejilla de Lara con su mano libre.

— ¿Lo es? ¿Realmente?

— Por supuesto –respondió Javi sorprendiéndola–, desde el día que te conocí he sabido que eres una de nosotros;

nuestra lideresa, lo traes en la sangre Lara, sólo debes ser tú misma y estarás bien; además, si queremos encontrar a Esteban te necesitamos, lo conoces mejor que nadie, trabajando juntos lo lograremos.

— Todos tenemos responsabilidades –dijo Elisa muy seria –a pesar de haber estado lejos las tienes también, para con nuestra gente, no puedes defraudarnos, confiamos en ti.

— Pero ni siquiera me conocen –protestó.

— Te conocemos –dijo Evan, quien regresaba acompañado de Amanda–, mi hermana tiene razón, confiamos en ti y los demás lo harán en cuanto te vean, como sucedió con mis padres. Sin darte cuenta lograste algo que creí imposible; los pusiste de tu parte, hiciste que aceptaran tu decisión sin pestañear y ahora cuentas con su apoyo incondicional eso puedo asegurártelo.

Elisa y Javier pudieron decirselo un millón de veces pero no lo habría creído, como lo hizo al escucharlo de los labios de Evan. Con una frase le brindó la seguridad y fortaleza que necesitaba para quedarse y afrontar lo que vendría.

— ¿Cómo haremos esto? –preguntó segura.

— ¡Sí! –exclamó Elisa–. ¿Te quedarás?

— Me quedaré –informó–, todos tenemos responsabilidades –dijo imitando el tono serio que había usado Eli.

— Perfecto –dijo Evan, sentándose con Amanda en el sillón frente a los demás–. ¿Qué quieres saber?

— Entiendo –comenzó Lara–, que tengo muchas, pero muchas cosas que aprender y me tomará tiempo estar realmente preparada, pero me temo que mi padre no tiene ese tiempo, no puedo darme el lujo de jugar a la escuelita mientras él está corriendo peligro o peor aún, en manos de De non sufriendo... –dudó–, no sé, no sabemos cuánto tiempo tenemos para rescatarlo.

— No entiendo ¿cómo puedes estar tan segura de que está vivo? –preguntó Amanda sarcástica–, el simple hecho de mantener esta conversación demuestra que te equivocas.

— No seas cruel Amanda –exigió Elisa–, estás hablando de su padre.

— Ya sé que la idolatras Eli, pero alguien tiene que ser honesto con ella, debe ser realista, de lo contrario nos pondrá a todos en peligro.

— ¡Ya basta! –ordenó Evan–, es suficiente Amanda.

— Evan por Dios –continuó la joven–, no me digas que crees en sus locuras, Esteban está muerto, todos sabemos eso y si Lara hubiera crecido con nosotros también lo aceptaría.

— Al parecer no todos confían en mí –dijo Lara sonriéndole a Elisa–, no es necesario que me creas Amanda –continuó, se levantó del sillón y se acercó a la chica que la observaba con desagrado–, tampoco te pido ayuda, de hecho, nadie está obligado a brindármela –afirmó, dirigiéndose a Evan–, y me crean o no, me ayuden o no, haré cualquier cosa que esté en mis manos para encontrar a mi padre, no me importa si he de dirigirme a una muerte segura o al fracaso, no lo abandonaré –Amanda la veía ahora con repugnancia.

— Javi, te dije que era genial –exclamó Elisa, con su vos cantarina.

— Lo sé cariño –respondió el aludido.

— Tienes razón Lara, no sabemos con cuánto tiempo cuenta Esteban –dijo Evan, dando por concluido el episodio de Amanda–, debemos hacer algo cuanto antes...

— ¡¿Acaso estás loco?! –interrumpió Amanda casi histérica, bruscamente le dio la espalda a Lara y encaró a su prometido.

— Estás fuera, Amanda –respondió Evan tranquilamente–, vete a casa, te buscaré después.

— No puedes hacer esto –reclamó la chica.

— Por supuesto que puedo, todavía tengo mayor rango que tú, no me obligues a darte una orden directa, toma tus cosas, te acompañaré abajo.

La habitación se sumió en un silencio sepulcral, Amanda se colocó temblorosa el abrigo, buscó su bolsa y les dio la espalda dirigiéndose al elevador; sin embargo, una fuerza externa la detuvo en seco, dando una patadita de gracioso berrinche, se giró, y contra su voluntad, ejecutó la reverencia obligatoria de despedida.

— Nunca pensé que llegaría el día en que alguien pusiera en su lugar a esa engreída –dijo Eli en cuanto se cerraron las puertas del elevador.

— Fue genial Lara –afirmó Javier.

— Se sintió genial –confesó Lara.

Evan regresó más rápido de lo que Lara esperaba, significaba que la había mandado a casa sin más discusión.

— ¿En qué estábamos? –preguntó Evan tranquilamente–, ¡ah sí! Tengo que comunicarles mi plan.

Capítulo XI

Faltaba menos de una hora para la cena, Elisa y Lara se encontraban sumergidas en el guardarropa del Penthouse buscando algo rescatable para vestir esa noche. Por suerte, Elisa contaba con un sentido de la moda mucho más desarrollado que Lara y tomó la decisión final en ambos casos.

— Estás como operada si crees que usaré eso –exclamó Lara sorprendida.

— Lara, no seas mojigata, lucirás estupenda con este vestido.

— No puedo ponérmelo, estaré incómoda toda la noche.

— El concejo real completo asistirá a la cena, además, están ansiosos por conocer a Lara Saloman, yo pienso que la anfitriona debe verse magnífica.

— ¿Concejo real?

— Así los llamo yo, son los integrantes de las familias principales y se sienten la realeza de La Orden, por tanto, hoy asisten para conocer a su princesa ¿no te parece que debes lucir como tal?

— No soy una princesa Eli, es una comparación absurda.

— Hazlo por mí entonces, cúmpleme éste pequeño capricho –pidió, adoptando la expresión más suplicante posible.

— ¡Ah! Bueno ya, está bien me lo pondré, pero, que no se te hagan costumbre estos caprichitos, odio los vestidos.

— Gracias Lara, eres la mejor.

Una vez lista y frente al espejo de cuerpo entero, Lara se paralizó ante la imagen que este le devolvía. Nunca se percibió a sí misma como una chica bella, sin embargo, esa noche no sólo se veía hermosa, sino que por primera vez lucía como una mujer. Era una sensación extraña, vestir ese traje de gala verde esmeralda. El vestido creaba un bello contraste con su cabello cobrizo, el cual llevaba en un relajado moño hecho por Eli, bajó lentamente la vista y contempló con pudor el pronunciado escote en su pecho; finalmente, acarició la seda que caía en forma circular hasta sus pies y observó cómo sobresalían las puntas de sus zapatillas bordadas con pedrería. Viendo su reflejo, sintió que habían pasado largos años desde que tuvo que abandonar Guanabacoa, a su padre y supo también, a Lara, o al menos a la persona que había sido hasta entonces, convirtiéndose en esa misteriosa mujer que le devolvía la mirada desde el espejo.

—Vamos Lara, llegaremos tarde —llamó Elisa desde la puerta, quién lucía un hermoso vestido de satén color gris a juego con sus nuevos ojos.

Lara la siguió sin poder articular palabra. Salieron de la habitación y recorrieron un pequeño pasillo que llevaba al recibidor, frente a las puertas del elevador las esperaban dos chicos impacientes riendo entre sí. Al instante, Lara sustituyó sus pensamientos revueltos con una sola imagen: Evan vistiendo traje de etiqueta. Era la visión más hermosa del mundo. Nunca pensó que su esbelto y marcado cuerpo pudiera lucir mejor que con ropa informal; sin embargo, le demostró que estaba equivocada. Cuando su vista llegó a su rostro elegantemente enmarcado por su cabello castaño, sus miradas se encontraron, de inmediato, se supo prisionera de sus ojos ambarinos, descubriendo que su cuerpo tenía la capacidad de sentir por voluntad propia; cada fibra de su ser se calentó como si estuviera sobre brasas. El hechizo que

los enganchó siguió su curso sin interrupciones, fue como quedar atrapados dentro de una burbuja, como sucedió en el avión. Evan dio un par de pasos terminando con la distancia que los separaba, la tomó tiernamente de los brazos y los recorrió con una leve caricia, sin apartar la vista de sus ojos. Lara percibió su embriagante aroma, la mezcla exótica de sándalo y maderas; aspiró profundamente y se convenció de haber descubierto su fragancia favorita: Evan.

— Redze ir visvairāk skaisti, mana mīlestība –dijo Evan. Su vos, lejos de romper el hechizo, lo profundizó–, algún día te diré qué significa.

La voz de Evan llevó a Lara a un nivel insondable de paz, le tomó lo mismo que una exhalación hacerse consciente de un hecho irrefutable, una verdad tan antigua como el tiempo mismo: lo amaba. Tan sencillo y complejo como eso, lo amaba, siempre lo había hecho, aún sin conocerlo; tan fuerte y profundamente que le dolía el pecho por el esfuerzo de contener un sentimiento tan intenso.

El estridente grito cargado de pánico que dio Elisa los sacudió violentamente poniéndolos a la defensiva, intentaron detectar de dónde provenía el peligro, recorrieron con la vista la habitación, pero no encontraron lo que aterrizzaba a la joven.

— ¡Lara! –gritó Elisa, señalándola con desesperación.

Evan volteó el rostro buscándola y supo al momento que la perdía; el cuerpo de Lara se hacía cada vez más inconsistente; extendió el brazo y cuando Lara le devolvió el gesto, sus palmas no percibieron ningún contacto, la mano de Evan cayó a su costado al no encontrar soporte en la de Lara.

— Escúchame Lara, no importa adónde te lleven, intenta dormir, así podré encontrarte –dijo Evan desesperado.

Lara se observó mientras su cuerpo se evaporaba, pero no sintió miedo, sabía que Evan cumpliría su palabra y que

lo más probable sería que la llevaran al mismo lugar donde tenían a Esteban. Debía ser fuerte por los dos, ese no era momento para dejar salir sus debilidades y miedos.

— Debe haber algo más –exigió Lara, tratando de ser lo más objetiva posible dadas las circunstancias–, dime qué puedo hacer, rápido.

— Tal vez te lleve a su guarida, busca la fuente de su poder, hay algún artefacto que lo conecta con... –se interrumpió, Lara había desaparecido por completo–, ¡maldición! –gritó lleno de furia.

Perdió la fuerza de las piernas y cayó arrodillado en el lugar del que Lara desapareció, golpeó el piso con los puños aplicando tal potencia que hasta los ventanales se cimbraron aporreados por su cólera. Elisa dio un paso hacia su hermano al notar que se sacudía violentamente.

— Ahora no –dijo Javier deteniéndola–, dale un minuto.

Los segundos transcurrían y todos guardaban silencio; Evan parecía impotente a la vista de los demás, pero eso no era lo que ocurría, su mente trabajaba a toda velocidad, analizando y descartando diversos cursos de acción. Estaba determinado a recuperarla en el menor tiempo posible, no podía ni siquiera pensar en la posibilidad de perderla a manos de David; además, sabía que él la mantendría viva, su intención nunca fue matarla, de serlo la hubiera eliminado veinte años atrás cuando la tuvo en sus manos y no era más que un bebe recién nacido. Sin embargo, esa certeza no le daba tranquilidad, simplemente confirmaba una sospecha muy antigua, Esteban y Lara formaban parte de un plan mucho más grande y ruín, seguramente David perseguía un fin que todavía se encontraba fuera de la comprensión de La Orden y los necesitaba vivos para alcanzarlo.

— Necesitaremos refuerzos –dijo Evan de pronto, levantándose rápidamente –Eli, ve por mis padres pero sean

discretos, nadie más debe enterarse por ahora; temo que tenemos un traidor dentro de La Orden, de lo contrario el hechizo no habría podido penetrar la torre y menos en este momento que la protege el conejo entero –la chica asintió –Javier trae a Tabitha y a los gemelos, va lo mismo para ustedes, no hablen con nadie.

— Muy bien –respondió Javier disponiéndose a salir.

— Y chicos –continuó Evan–, espérenme aquí, mientras regreso, pongan a todos al tanto de lo ocurrido, no tardaré.

Mientras Javier y Elisa entraban al elevador, Evan corrió hacia la habitación en la que Lara se había cambiado de ropa, tomó la playera que la chica llevaba puesta minutos antes e inspiró profundamente su fresco aroma, sólo podía darle un nombre a la deliciosa fragancia: Lara. La primera vez que la sintió fue el día que la conoció y desde ese momento se declaró adicto a ella. Respiró profundamente una vez más, sentándose en la alfombra con las piernas cruzadas; se puso la playera en el cuello, cerró los ojos rogando que Lara tuviera oportunidad de seguir sus indicaciones y se dejó caer en un sueño superficial arduamente practicado.

La joven pareja entró al gran salón con paso firme; pero sin mostrar su urgencia, el enorme comedor rectangular tenía solamente cuatro sillas disponibles, pues todos los invitados a la cena oficial ocupaban ya su lugar. En cuanto se hicieron conscientes de su presencia, los asistentes dirigieron la mirada en su dirección, con la esperanza de ver a Lara acompañándolos, Javier cerró la puerta tras él haciéndoles saber que no era así. Elisa se acercó de inmediato a sus padres.

— Deben venir conmigo –les indicó en un susurro.

— ¿Qué ha sucedido? –preguntó su madre sin dejar notar su sorpresa al resto de invitados, pero Elisa conociéndola tan bien, sí vio su sobresalto.

— Lara no podrá bajar –atinó a decir la chica–, tal vez sea buena idea que la excuses con los presentes –concluyó. Dalia entendió que algo grave pasaba; de lo contrario, su hija no se atrevería a pedir tal cosa, se levantó de su asiento elegantemente y llamó la atención de los comensales.

— Lamento mucho tener que comunicarles esto, pero me han informado que Lara se encuentra indispuesta y no le será posible acompañarnos esta noche –dijo, los suspiros y cuchicheos en desagrado no se hicieron esperar –doctor Parlend–, continuó en voz más baja, pero lo suficientemente audible para el resto de la gente–, necesitaremos que le haga una visita a la joven.

— Por supuesto mi señora –respondió el aludido levantándose de su asiento.

Mientras Elisa guiaba a sus padres y al doctor Parlend a la salida del salón, alcanzó a ver por el rabillo del ojo que Javier había aprovechado el alboroto causado por Dalia para llamar a los refuerzos solicitados por Evan y salían juntos por la puerta que comunicaba al jardín. Respiró un poco aliviada y caminó hasta el elevador lo más tranquilamente que le fue posible.

Una vez en el PH, explicó rápidamente lo sucedido; su padre recibió la noticia con su acostumbrada firmeza y serenidad; desgraciadamente, para Dalia fue un golpe fuerte. Elisa había visto muy pocas veces tan afectada a su madre y le desconcertó su reacción, pero sabía que no era el momento adecuado para interrogatorios así que lo dejó pasar.

Varios minutos después, Javier se unió a ellos; lo seguían una joven alta y morena, y dos chicos idénticos, de complejión gruesa y piel blanca, lo único que los diferenciaba era el estilo, pues Peter llevaba el cabello en largos rizos rubios hasta el cuello, mientras que Ian lo usaba muy corto.

— ¿Qué los ha demorado? —preguntó Elisa—, los vi salir del salón al mismo tiempo que nosotros.

— Amanda nos seguía —respondió Tabitha—, pero es tan tonta la pobre que la confundí con un poco de humo, cosa de niños —dijo la joven.

— Yo mismo la asigné a la guardia de Lara —reclamó tranquila, pero firmemente Héctor—. ¿Alguien tendría la delicadeza de informarme quién cambió mis indicaciones?

— Padre —dijo Elisa—, Evan la echó.

— ¿Cuál fue la razón de ese despido? Y ¿por qué no se me consultó?

— Amanda... —comenzó Elisa, pero el sonido de la puerta a su espalda la hizo dar un respingo.

— Perdóname padre —dijo Evan, reuniéndose con el grupo—, no he tenido tiempo de consultarte, fue una decisión que tuve que tomar rápidamente; Amanda cometió el error de desafiar a Lara y desobedecer una indicación mía.

— Me darás los detalles más tarde, por lo pronto, es más importante que me expliques cómo planeas recuperar a Lara. Porque supongo que tienes un plan, de lo contrario, rendirás el informe de tu incompetencia ante a La Orden completa.

— Lo sé mi señor —respondió Evan formalmente—, y créame, me hago completamente responsable por lo sucedido, de hecho, es una de las razones por las que solicité su presencia esta noche.

— Y ¿cuál es la otra?

— Establecí una conexión con Lara, no es muy fuerte todavía pero la encontré; además, el hechizo ejecutado para lograr su secuestro fue muy poderoso y dejó una estela que me permitió rastrearla, hizo un recorrido hacia el este del país hasta desvanecerse en Baltinavas. Por tanto, solicito su au-

torización para formar un nuevo equipo y emprender la búsqueda de inmediato.

— Evan, debe ser una trampa –exclamó Dalia consternada.

— Lo sé madre –respondió–, pero es nuestra única oportunidad; no te preocupes, si todo sale como planeo, la conexión que tengo con Lara nos dará lo que necesitamos para salir airosos de ésta; además, el equipo que solicité es muy completo, no dejaré ningún cabo suelto en este asunto.

— ¿Quiénes irán contigo? –preguntó Héctor, dando por aceptada la propuesta de Evan.

— Javier, Peter, Ian y Tabitha.

— No puedes dejarme fuera –exigió Elisa–, tengo que ir con ustedes.

— Eli, esta vez no puedes acompañarnos, será demasiado peligroso y tus capacidades tanto psíquicas como físicas comenzarán a debilitarse ahora que fuiste separada de Lara, no me puedo dar el lujo de llevar un eslabón débil y tampoco podría perdonarme si algo llegara a sucederte.

— Pero...

— Pero nada –interrumpió Héctor–, te quedarás, es mi última palabra.

— Como ordenes padre –aceptó la chica resignada.

— Partiremos ahora mismo –informó Evan haciendo una reverencia a sus padres.

— Mantenme informado Evan –ordenó Héctor amenazante–, no quiero que suceda nada sin que yo esté enterado.

— Por supuesto mi señor –dijo Evan entrando al elevador seguido por Tabitha, Javi y los gemelos.

Capítulo XII

L ara despertó sintiendo el dolor más intenso que su cuerpo hubiera tenido que soportar hasta el momento, parecía que sus huesos habían sido fracturados en veinte partes cada uno y su piel ardía como si la hubieran quemado viva. No movió ni un solo músculo por temor a incrementar la sensación; bajo sus párpados se producían lágrimas involuntarias y su cerebro permanecía adormecido, no podía usarlo para nada más que procesar el dolor. El martirio se prolongaba por lo que no sabía si eran horas o minutos; deseaba fervientemente que se terminara, fundirse con la oscuridad y simplemente perderse en la pacífica muerte. Pero no le estaba permitido morir; alguien se lo impedía, así como también la mantenía suspendida en agonía. Lo sabía porque en su mente se repetía una risa familiar y maliciosa, que disfrutaba cada momento de su sufrimiento. Después de un largo tiempo; su cerebro comenzó a perder la conciencia nuevamente, no supo si por agotamiento o si simplemente seguía una orden, aunque tampoco le importaba la razón, aprovechó la oportunidad para perderse en la pacífica oscuridad. Esa vez, la tranquilidad no duró más que un instante y entonces estuvo totalmente despierta y sin dolor. Se sentó de golpe para encontrarse sola en una bella habitación, comenzó a inspeccionar su entorno.

— Vaya, vaya —dijo una voz grave sorprendiéndola—, la bella durmiente despertó al fin.

— Levántate –ordenó una segunda voz femenina y cantarina.

— ¿Quiénes son ustedes? –preguntó Lara alterada, parándose de la cama, a la vez que buscaba el lugar de dónde provenían las voces.

— ¿Ustedes? –dijo el hombre–, soy yo muñeca ¿acaso ya no me recuerdas? Hieres mis sentimientos –concluyó sarcástico.

— ¡Qué tonta niña me ha tocado! –dijo la voz cantarina–, eres la única que puede escucharme, él no sabe que estoy aquí, así que no me delates.

— Vamos, concéntrate cariño –siguió diciendo el hombre, sin notar la otra presencia–, pasamos mucho tiempo juntos en la playa ¿recuerdas?

— Tú –dijo Lara, en tono acusatorio–, provocaste las visiones ¡te hiciste pasar por Evan para atacarme!

— ¡Bravo! –exclamó aplaudiendo extasiado –aparte de bella eres inteligente– se burló.

— David –afirmó Lara en un susurro. La respuesta fue inmediata, el dolor quemante regresó a su cuerpo nublando su visión y tirándola al piso como peso muerto.

— Podrás dirigirte a mí como Denon únicamente –dijo con serenidad–, a menos, claro, que prefieras recibir este castigo cada vez que te equivoques con mi nombre. Por lo pronto, permanecerás en ese estado hasta llegar a tu destino final, tómalo como una pequeña reprimenda por tu falta y aprende de ella cariño, porque odiaría tener que privarme de tu adorada compañía.

El intrépido Peter tomó un desvío a la E22 a toda velocidad; siguiendo instrucciones previas de Evan, quien viajaba en estado de trance en el asiento del copiloto. Tabitha chocó con la portezuela trasera gracias al inesperado giro.

— ¡Auch! –protestó la chica.

— El cinturón de seguridad existe por una razón Taby –dijo Peter riendo.

— ¡Cállate! me saldrá un gran moretón por tu culpa –discutió, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Peter la veía por espejo retrovisor divertido. Evan despertó de repente dando un salto sobre su asiento; su respiración estaba agitada y su mente todavía confusa.

— ¿Algo nuevo? –preguntó Tabitha tocando el hombro de Evan.

— Es muy extraño... ahora la veo en Ventspils.

— ¿Por qué la llevaría de la frontera este del país, a la oeste? –preguntó Peter–, no tiene ningún sentido.

— Dejaron pistas falsas, saben que la rastreamos –repuso Tabitha.

— Detente junto al camino –dijo Evan.

— Le avisaré a los chicos –informó Peter, tomando el micrófono del radio, presionó el botón que abría la comunicación entre los dos vehículos y habló–, Javi, nos detendremos.

— Correcto –respondió la voz de Javier por la bocina.

Gracias a la hora tardía en la que viajaban, la carretera estaba prácticamente desierta cuando las dos camionetas negras se detuvieron. De inmediato descendieron los tripulantes de la segunda para acompañar a los demás en su vehículo; Evan explicó la situación a Ian y Javier rápidamente.

— Magnífico –dijo Ian–, nos hemos quedado sin brújula. A menos que alguien más tenga una conexión profunda con Lara, estamos perdidos.

— Eli –dijo Javier en voz baja.

— Para esta hora, Eli debe estar en cama por la debilidad, no sería de gran ayuda –contradijo Evan.

— ¿Elisa? –preguntó Tabitha extrañada–, puedo entender tu conexión con Lara –afirmó, viendo a Evan fijamente–, pero ¿Elisa?

— Larga historia –concluyó Evan.

— ¿Qué propones entonces? –preguntó Javier apremiante.

Evan guardó silencio impotente; después de un par de minutos, Tabitha vencida por la desesperación tomó su mochila y empezó a revolver las cosas que traía dentro.

— Necesito una mapa –dijo la chica, sin dejar de buscar en su mochila.

— Tengo google maps en mi ipod –informó Peter, sacándolo de la guantera.

— Debe servir –aceptó Tabitha–, busca Letonia.

— Por supuesto mi generala –dijo burlón trabajando en el aparato.

Tabitha encontró por fin el objeto que buscaba; sus acompañantes la observaban expectantes. Sacó de la mochila una cadena delgada de la que colgaba un dije de cristal en forma de lágrima.

— Les presento nuestra nueva brújula –informó, mientras mostraba la cadena levantada en alto.

— Ni siquiera preguntaré qué es eso –dijo Peter, dándole el ipod a Tabitha.

— Es un péndulo –informó Ian con gesto de impaciencia hacia su hermano–, además, es efectivo si se usa adecuadamente.

— Muchas gracias –dijo Tabitha, mientras colocaba el aparato en su rodilla, estiró la cadena dejando el dije oscilando sobre la pequeña pantalla.

— Temo que el mapa es demasiado pequeño –opinó Evan, concentrado en el péndulo.

— Simplemente ampliaré la imagen cada vez que me indique un lugar.

Los chicos observaban con detenimiento el proceso que Tabitha realizaba; cada vez que el dije dejaba de moverse, ella ampliaba la imagen.

— No puede ser –dijo Ian, al ver que el péndulo se detenía sobre Riga.

— Debemos regresar ahora –dijo Evan.

— ¿Por qué mantenerla en Riga? –preguntó Javier–, el concejo está en la ciudad, es muy arriesgado.

— Lo más probable es que los planes de Denon incluyan al concejo –dijo Evan–, en marcha.

Javier e Ian regresaron a su vehículo de inmediato. Peter arrancó la camioneta a su cargo; dio velozmente la vuelta cambiando de carril, siendo imitado por su hermano quien conducía la segunda; Peter vio por el espejo retrovisor el momento en que la camioneta en que viajaban Javier y su hermano voló por los aires impulsada por una fuerza invisible, su acto reflejo fue frenar bruscamente y bajar del vehículo, Evan y Tabitha lo siguieron de inmediato, en cuanto bajaron una fuerza similar los aventó a ellos, estrellándolos contra el pavimento. Evan y Peter peleaban contra la extraña presencia pero Tabitha se concentraba luchando mentalmente; en cuanto hubo recuperado el control se sentó y conjuró un hechizo repelente, con el cual logró vencer a la fuerza exterior; al verse libres, sus acompañantes corrieron hacia la camioneta accidentada, pero Ian y Javier ya caminaban con dificultad hacia ellos.

— ¡Estamos bien! –informó Javier en cuanto estuvo cerca.

— ¿Qué rayos ha sido eso? –preguntó Peter asombrado.

— Denon nos ha estado vigilando –dijo Tabitha–, por eso fuimos atacados en cuanto descubrimos su tetra.

— Debemos irnos –intervino Evan–, no hay tiempo que perder.

Evan estaba dominado por la preocupación que sentía por Lara; pero en cuanto arrancaron, supo que afligirse no daría ningún resultado provechoso, necesitaba centrarse en lo que era importante, no podía permitir que David lo enga-

ñara una vez más con sus trucos, estaba consciente de que la vida de Esteban y su hija pendían de un hilo. Tendría que llegar hasta la mente de Lara si quería hacerse de alguna información que le indicara el rumbo de los planes del Denon y más importante aún, era saber cuándo planeaba llevarlos a cabo. Sacó el celular de su bolsillo y se lo extendió a Tabitha.

— Llama a mis padres, informales todo y aconséjales que se duplique la seguridad para el concejo –indicó, mientras la chica tomaba el aparato–, no podemos permitir que suceda lo mismo que hace veinte años y me temo que un ataque es inminente.

— Que llame Javier –dijo Tabitha–, estoy evitando que los secuaces de Denon nos alcancen otra vez.

— Yo lo haré –aceptó Javier ya marcando el número en el teléfono.

Evan se acomodó en su asiento; cerró los ojos firmemente y aquietó sus caóticos pensamientos, sabía que el tiempo se le agotaba, era imperativo que descubriera al menos una pequeña pista; sin embargo, cuando llegó al máximo nivel de concentración y se dispuso a buscarla se encontró con una enorme pared. Abrió los ojos al instante desconcertado.

— Me bloquearon.

— Tal vez esta despierta –señaló Ian.

— No, esto es diferente, alguien está bloqueándome el acceso a la mente de Lara.

Capítulo XIII

Lara yacía inconsciente todavía en el mismo lugar, rodeada por una oscuridad implacable; el único sonido que alteraba la tranquilidad de la habitación era el de su respiración y el único movimiento perceptible era el que hacía su pecho al llenarse y vaciarse de oxígeno. La aparente paz exterior distaba mucho del verdadero caos que tenía lugar en su interior; su mente estaba saturada de imágenes incoherentes y múltiples voces distorsionadas, de las cuales, sólo una luchaba por distinguirse, la dulce voz cantarina que intervino cuando estuvo despierta.

— ¡Lara! –llamaba la voz–, pon atención, debes despertar ahora, sé que duele pero de que obedezcas depende tu vida.

Lara se debatía entre seguir las indicaciones de la vocecilla y perderse en la atractiva oscuridad.

— Está bien, ya veo que no valoras tu vida –decía la voz–, pero no creo que opines igual cuando te diga que esa no es la única que depende de ti ¿Qué me dices de la vida de Esteban o la de Evan? ¿Elisa? ¿Sus padres? ¿Ninguno de ellos te importa como para despertar ahora? ¿Qué me dices del mundo? ¿Tampoco te importa?

— ¿El mundo? –preguntó al fin la joven.

— Tú eres la esperanza, en ti está la clave de la salvación.

— Evan...

— Evan nada, tú estás aquí, cerca de Denon, puedes descubrir sus planes si te lo propones, o incluso escapar y sal-

var a tu padre en el proceso, pero no, prefieres seguir aquí discutiendo con la voz de tu cabeza.

— ¿Quién eres?

— Me llamo Síle... pero creo que no es tan importante conocer mi nombre, como lo es conocer mi objetivo.

— ¿Cuál es?

— Venganza... y para lograrla necesito que Denon caiga.

— Por eso quieres ayudarme.

— En parte, pero la razón tampoco es importante, sólo lo es que estoy haciéndolo, así que levanta tu enclenque trasero de una buena vez.

— ¿Seguirás conmigo cuando haya despertado?

— Me quedaré hasta el final si lo deseas.

Lara sintió al fin que poseía un poco más de dominio sobre sí misma, su confianza aumentó ligeramente y comenzó a darle pequeñas órdenes a su cuerpo, probando su capacidad de respuesta. Imaginó el rostro sonriente de Evan devolviéndole la mirada, inhaló profundamente pensando en su aroma predilecto y con cada respiración sentía el aumento de sus fuerzas. Examinó cada una de sus extremidades antes de llegar a sus ojos; los abrió con dificultad, un dolor intenso atravesó como rayo su cráneo y por un instante no logró distinguir si la oscuridad que la rodeaba era real o simplemente seguía viendo el interior de sus párpados.

— Vigila tus emociones –ordenó Síle–, puede oler tu miedo como un perro. Mientras te mantengas serena todo estará bien.

— No creo poder hacer lo que me pides y además mantenerme serena –pensó Lara.

— Claro que puedes, yo te ayudaré, ahora levántate de la cama.

Lara obedeció, no sin dificultad; sus ojos comenzaron a distinguir el espacio en el que se encontraba, reconoció de inmediato la habitación.

— ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —preguntó en su mente.

— No más de quince minutos —respondió Síle.

— ¿Regresará pronto?

— Lo pondré de esta forma, tienes otros quince minutos para encontrar a tu padre, descubrir los planes de Denon y salir de aquí.

— Perfecto —respondió irónica.

— Te ayudaré un poco, Esteban está muy cerca, puedo sentirlo. Te guiaré hasta él pero es lo único.

— ¿Qué debo hacer?

— Busca el ático.

Lara se quitó de inmediato las zapatillas y odió a Eli por un instante; aunque debía reconocer que el vestido era hermoso, su practicidad en ese momento era nula.

Buscó a tientas la puerta de la habitación en la zona donde la recordaba; encontró la manija y su corazón comenzó a latir fuertemente en su pecho mientras la giraba. Abrió lentamente y del otro lado encontró un largo pasillo pobremente iluminado que se extendía a ambos lados.

— Ve a la derecha —indicó Síle—, encontrarás la escalera al final del pasillo, pero sé precavida alguien podría verte.

Caminó por el extenso pasaje; conforme avanzaba, se encontraba con puertas que supuso, daban a otras habitaciones como la suya. Llegó hasta el final y encontró las escaleras que Síle mencionó; subió silenciosamente, pronto notó que tendría que pasar por varios pisos más antes de llegar hasta el ático. Escuchó pasos en la escalera sobre su cabeza y se detuvo en seco, deseando que se alejaran de su camino al llegar al piso superior, pero no fue así, el temor creció en

ella mientras los escuchaba más cerca. Regresó sobre sus pasos y al llegar al pasillo del que había salido dudó, no le daba tiempo de regresar hasta su habitación así que corrió hasta la primera puerta del camino y la abrió deseando no encontrar nada peor tras ella.

— ¿Adónde crees que vas? —preguntó David a su espalda.

El sonido de la odiada voz grave provocó ira en Lara; pensó que se sentiría aterrorizada cuando lo escuchara de nuevo, pero su emoción fue tan distinta, que impulsada por el coraje que sentía buscó de inmediato el interruptor de la luz junto a la puerta; lo encontró y al encenderla se giró tratando de localizar la fuente del sonido.

David sonreía sarcástico desde el centro de la habitación vacía; un par de amplias ventanas abiertas dejaban entrar el aire helado del exterior, mostrándole a Lara la ironía de su situación, ubicándola tan lejos y tan cerca de la añorada libertad.

— Entrégame a mi padre —exigió la chica furiosa.

— Una similitud más con Leonor —respondió sin perder la sonrisa—, tienes carácter.

— ¿Dónde está?

— Si no te lo entrego ¿qué harás? —preguntó curioso—, ¿castigarme con tu desprecio? —se burló.

— La Orden te encontrará —amenazó retadora.

— La Orden no sirve para nada, nunca han sido enemigos respetables.

Lara se acercó a él mostrando su valentía recién adquirida. Mientras caminaba, se sorprendió de observar la exquisitez en el físico de David; era un hombre alto de ancha espalda y cuerpo musculoso, vestía un elegante traje negro y mantenía las manos en los bolsillos del pantalón. Su rostro le recordaba la perfección y belleza de los arcángeles del catolicismo: rubio, de ojos color azul zafiro y cabello ondu-

do que le recordaban los rayos dorados del sol al atardecer. Nunca pensó que un asesino pudiera lucir de esa manera tan encantadora.

— ¿Qué harás con nosotros? –preguntó cuando estuvo a dos pasos de él–, ¿por qué no nos has matado?

— Tú me sirves únicamente estando viva... por ahora. Esteban es un simple medio, supuse que necesitarías un pequeño incentivo cuando llegara el momento de cumplir mis órdenes.

— Nunca seguiré las órdenes del asesino de mi familia.

No llegó a notar el momento en que se movió el brazo de David, por la velocidad con la que lo hizo; lo que sí percibió al instante, fue el dolor quemante que azotó su mejilla e hizo girar violentamente su cabeza. Regresó a su posición original sin siquiera hacer gesto de dolor.

— No soy un asesino, si alguien ha perdido la vida, ha sido por una causa mayor, bajas necesarias.

— Ya veo que la verdad te incomoda... David.

La sorpresa de David por su osadía no fue tan grande como la de misma Lara, al descubrirse tan valiente. Pero era cierto, sentir dolor ya no le preocupaba, aprendió prematuramente a sobreponerse del sufrimiento, y sin saberlo, David le había enseñado eso al dejarla sin madre, sin hogar en múltiples ocasiones y finalmente llevándose a su padre.

— Y yo veo que no te ha gustado el trato considerado que te he dado, así que te mostraré unos aposentos menos acogedores.

— Me has dejado anonadada –dijo Síle en la mente de Lara–, ahora sí creo que hay esperanza.

— Tomaré eso como un halago –pensó Lara, mientras el Denon la agarraba del brazo y la guiaba a jalones fuera de la habitación–, y sólo lo aceptaré si nos lleva adonde espero.

— No hables en plural – la reprendió Síle–, yo no estoy dentro de ti, simplemente tengo una comunicación establecida con tu mente, no corro ningún peligro, al menos no como tú.

— Lo único que importa es que no me siento sola y por eso te estaré agradecida siempre.

— Guárdate el agradecimiento, sobre todo porque no soy confiable; estoy ayudándote sí, pero únicamente porque sacaré provecho de ello, recuerda mi advertencia cuando estés libre –amenazó.

— La tendré presente.

— Es muy sabio de tu parte.

David la guiaba escalera arriba; según la percepción de Lara, él iba conteniendo la furia, pero ella no estaba preocupada; al contrario, se sentía satisfecha de haberlo enfurecido. Subieron tres pisos a ese ritmo y cada vez que se cruzaban con alguien en el camino, la persona agachaba la mirada o desviaba su rumbo por temor a topárselo de frente; juzgando por su apariencia, Lara hubiera creído que la gente deseaba estar cerca de él, pero ese comportamiento apabullado, hablaba de su maldad.

Al llegar al último piso, se terminó la escalera; Lara temió que Síle hubiera mentido y que no existiera el ático que había mencionado. Caminaron por un pasillo idéntico al primero que vio del edificio, como a mitad del recorrido, David se detuvo y con la mano libre jaló una correa del techo, se desprendió una gran tapa y se desplegó la escalera que comunicaba al ático. David le dio un empujón obligándola a subir; ella obedeció fingiendo renuencia, en cuanto tuvo el primer vistazo del piso superior, buscó alguna señal que indicara la presencia de su padre en él, pero habían tantos cachivaches y muebles viejos que le fue imposible distinguir nada más aparte de la basura. Llegaron hasta arriba y David

la agarró de nuevo, a jalones la sentó en un oscuro rincón; de la nada se materializaron un par de grilletes metálicos que colgaban de la pared, lo primero que cruzó por la mente de Lara, fue que le sería imposible escapar una vez que estuviera encadenada; sin embargo, pronto descubrió que ella no los tendría puestos, al menos no ese par específico de grilletes, porque poco a poco aparecía el verdadero portador; Lara observaba atemorizada el desagradable espectáculo, conforme la imagen tomaba forma, iba reconociendo la figura que más deseaba y a la vez temía ver: Esteban. Su padre vestía todavía el traje gris oscuro con que lo vio la última vez, nada más que hecho tiras y bañado en sangre de diferentes tonalidades, lo que hablaba de las múltiples ocasiones en que la tela había sido humedecida con ese líquido; finalmente, pudo distinguir el rostro noble y amoroso, que en ese momento lucía casi desfigurado por las golpizas recibidas; en el también leyó un sufrimiento que no tenía descripción posible; era tortuoso para Lara saber que el motivo de su dolor, era su presencia en ese ático.

Todo lo que su padre había querido evitar a lo largo de su vida, era ese preciso momento, en que ella se encontrara bajo el mismo techo que David, el hombre que asesinó a su madre y que ahora los tenía bajo su poder; suponía que la razón sería tan macabra y maliciosa como sus acciones pasadas, tal vez incluso peor; no había esperado veinte años antes de atacar sin una poderosa razón y sin haber planeado un tenebroso desenlace para su venganza contra Esteban y La Orden.

A pesar de haberse propuesto no hacerlo, Lara lloró, pues el impacto fue mayor de lo que esperaba. Ver a su padre sufriendo de esa forma la desarmó, mas no logró disminuir ni por un momento su odio y coraje contra David, ese sentimiento alimentaba su furia; la mantenía de pie junto a

su captor, deseando tener el poder que antes ni siquiera se atrevió a soñar; poseer el arma de David, estudiar la magia salomonis, aprender de las clavículas lo necesario para vencer a su adversario y librar al mundo de cualquiera que fuera la suerte que él había planeado.

David fue el primero de los tres en moverse, soltó a Lara y se acercó a Esteban, pateó con desprecio una de sus piernas; se dibujó una sonrisa terrorífica en sus labios, pasó una mano sobre los grilletes haciéndolos desaparecer, los brazos de Esteban cayeron duramente al piso, acompañados de un sonido hueco al golpearse. Lara parpadeó, como reaccionando de un trance desconocido, cuando sus ojos se reabrieron instintivamente, su visión había cambiado, ya no veía a David hermoso como en un principio, era todo lo contrario y supo que el que observaba ahora era su verdadero físico: delgado en extremo, ligeramente encorvado en la parte superior de la espalda, sus manos se veían huesudas y retorcidas, la piel que las cubría parecía ahora vieja, sin vida; de su cara colgaban trozos quemados de piel y sus ojos eran ahora de un negro tan profundo como el océano mismo. Pero lo que realmente la alarmó, no fue su monstruosidad, sino su energía, por primera vez en la vida, Lara percibía la energía de los cuerpos y la de David era negra cerca de su cuerpo y conforme se separaba iba tornándose en rojo, de un tono que jamás había visto, terminando en forma de llamas, justo como el quemante fuego del infierno debía lucir. Volteó entonces a ver a su padre, Esteban estaba rodeado de una tenue luz celeste muy difícil de percibir, Lara entendió que su vista no fallaba, era la vida del cuerpo de Esteban la que se esfumaba. Fue entonces que su corazón se aceleró; una impotencia infinita se apoderó de ella, las lágrimas continuaban naciendo de sus ojos de forma incontrolable; lo único que podía hacer era llorar y

eso simplemente acrecentaba su odio, puso ambas manos en puños, vibraban violentamente junto con el resto de su cuerpo, cerró herméticamente los ojos.

— ¡Síle! —pensó con toda su fuerza—, ¿dónde estás? —sintió una nueva energía entrando a su cabeza, la reconoció como la conexión de Síle.

— ¿Qué sucede? —preguntó la vocecilla.

— ¿Dónde rayos estabas? Dijiste que me ayudarías.

— Eso hacía, logré entrar a la mente de David, estaba tan extasiado torturándote que ni se ha percatado, ahora abre los ojos y limpia esas lágrimas, no las necesitas. Piensa en lo fuerte que estabas hace un rato y te sentirás igual, tienes que aclarar tu mente ya —Lara obedeció limpiando sus lágrimas, mientras veía cómo David arrastraba a su padre por el ático—, lograste abrir tu percepción en un instante —dijo Síle—. Ahora que has dejado de estar ciega, necesito que te veas a ti misma, obsérvate y dime qué piensas de tu luz.

Lara no podía alejar la vista de la horrible imagen de su padre siendo brutalmente arrastrado; David hacía que chocara con todo lo que encontraba a su paso, hasta llegar a la escalera, desde donde lo lanzó al piso inferior, se giró hacia ella y le extendió la mano llamándola.

— ¿Nos acompañará la hermosa princesa? —preguntó.

Suponía que David no había notado el cambio en su percepción, puesto que se comportaba como si luciera igual que al principio, lo que le indicó que no era más que un truco barato para engañar a las mentes “ciegas” como Síle la había llamado. Además, en esa ocasión el sonido de su voz lejos de ser grave y masculino como antes, se escuchaba avejentado y chillón, muy acorde con su aspecto.

Caminó hacia él lentamente, agachó la vista simulando sufrimiento y aprovechó la pequeña ventaja que le daba el hecho de que David supusiera que seguía engañándola. Se

observó como Síle había indicado y se asombró al notar la luz resplandeciente, que formaba un halo púrpura alrededor de todo su cuerpo.

— Es hermosa –pensó, en respuesta a la pregunta de Síle.

— ¿Qué te dice? –preguntó Síle satisfecha.

— Me dice: ten confianza en tu fortaleza –respondió, mientras pasaba junto a David y descendía por la escalera.

— Debes confiar en tu energía; además, es muy difícil llegar al nivel en el que se encuentra tu alma, debe ser más antigua de lo que imaginé en un principio –Lara llegó al último escalón con David pisándole los talones; pasó junto a su padre, quien yacía inconsciente en el piso.

— Ya te respondí –pensó Lara–, ahora dime cómo ayudará mi energía a que salgamos de aquí con vida.

— Todavía no, primero conseguirás toda la información que sea posible y cuando llegue el momento te diré cómo escapar.

— Levántate –dijo David, dirigiéndose a Esteban, quien obedeció al momento.

Esteban mejoró increíblemente en cuestión de segundos; al pararse, su rostro estaba casi completamente regenerado y su cuerpo había recuperado su vigor. Lara observó fascinada como aumentaba su energía vital, iluminándolo con una brillante luz azul.

— Maravilloso ¿no te parece? –preguntó Denon divertido–, me da una incontable cantidad de oportunidades de tortura, los métodos que he usado han sido tan variables y creativos que tu vida entera no te alcanzaría para imaginarlos –Lara le devolvía la mirada inmutable, se sentía más segura con su padre despierto y sus posibilidades de escapar aumentaban si no tenía que arrastrar su peso muerto hasta la salida.

— Muy útil herramienta –respondió, Esteban la veía orgulloso.

— Toma esta mejoría como tu regalo de bodas princesa –esa noticia sí la tomó por sorpresa, haciéndola dar un pequeño paso hacia atrás. David les hizo una seña indicando que caminaran delante de él–, no esperarías que le permitiera entregarte en el altar hecho un guiñapo inservible –Esteban agarró a Lara de la mano y le dio un apretón de complicidad mientras atravesaban el pasillo–, en la siguiente puerta de la derecha –indicó David.

— Debí imaginar que deseabas apoderarte de La Orden –dijo Lara.

— Amor mío, La Orden no es crucial para mis planes, lo que realmente necesito, es unirme a la sangre de los Saloman.

— Entonces lo haces por el pacto...

— Exacto, al fin estás entendiendo; era para lo que serviría tu madre, por desgracia mi ahora suegro me ganó esa partida –dijo, mientras daba un golpe amigable en la espalda de Esteban–, aunque realmente creo que salí ganando, eres mucho más bella que Leonor –afirmó riendo, mientras Esteban abría la puerta señalada y los tres entraban a un enorme salón, acondicionado para el evento que David planeaba realizar.

— No veo lo brillante de tu plan –dijo Lara retadora–, no hay nada especial en mi, ni en mi sangre.

— En eso te equivocas, tal vez tú no tienes nada de especial como dices, pero con tu sangre es diferente; gracias al pacto, la sangre de Gabriel Saloman se ha preservado hasta nuestros días... en ti –afirmó señalándola.

— Es tuya si la quieres –ofreció, extendiendo los brazos y mostrándole las muñecas en muestra de rendición.

— Es muy considerado de tu parte preciosa; pero la única forma de compartir un lazo de sangre, es el ritual del matrimonio y el pacto que lo acompaña –informó, tomando una de las manos que le ofrecía la llevó hasta el altar al fondo de la habitación; en el que un sacerdote con aspecto de autómata los esperaba–, debo confesarte que desde el momento en que te separaste de Esteban, temí que Evan demandara los derechos que tiene sobre ti y arruinara mis planes, pero me equivoqué; al parecer, no le importas tanto como para reclamarte en matrimonio.

— Evan no tiene ninguna clase de derecho sobre mí –discutió–, además está comprometido.

— Ah por supuesto... Amanda –Lara notó una expresión complacida en David cuando mencionó el nombre de la chica–, me parece que te han estado mintiendo, mi pequeña princesa; Evan tenía todos los derechos sobre ti, al menos antes de esta noche, ustedes debieron comprometerse en matrimonio desde el día de tu nacimiento. Espero que la noticia no te sorprenda demasiado; sé que descubrir que tu verdadero destino nunca se realizará es traumatizante y más aun si el mismo hombre que nació para a amarte, protegerte y acompañarte por todos los días de tu vida, es quien se niega a estar contigo.

Lara no respondió, David había logrado herirla como se proponía. Sentía cómo un filoso puñal se encajaba lentamente en su corazón, dándole la razón a todos los sentimientos que habían nacido hacia Evan desde que se conocieron. Ya entendía por qué el simple hecho de tenerlo cerca dio un vuelco a toda su vida; también comprendió el amor con el que Elisa veía a Javier y por qué Amanda no mostraba esa emoción cuando estaba cerca de Evan, ella no era su destino; Lara sí.

- ¿Por qué no me lo dijo? –pensó–, debió hacerlo.
- ¿Ganaba algo al decirlo? –preguntó Síle.
- Me habría librado de pensar que amo al casi esposo de otra mujer –debatíó, mientras se colocaba frente al altar con David de un lado y Esteban del otro.
- Amas al casi esposo de otra mujer pero cuando lo veas, lo discutes con él, mientras tanto prepárate, se acerca la hora de partir.
- ¿Qué debo hacer?
- Espera atenta mis indicaciones, veré si puedo lograr que Esteban ayude un poco.
- Correcto.
- Queridos hermanos –comenzó el sacerdote–, estamos reunidos esta noche, para celebrar...
- Espere un segundo padre –pidió David sonriente–, necesitamos hacer unos pequeños ajustes –pasó una mano frente a Lara y de inmediato cambió el vestido antes verde esmeralda escotado, por uno blanco de cuello alto; después, la pasó sobre sus manos y apareció en ellas un delicado ramo de rosas rojas–, ahora sí, estamos listos.
- Qué detallista –dijo Lara en tono burlón, mientras el sacerdote continuaba con su discurso.
- Discretamente –ordenó Síle desde su cabeza–, baja la mano izquierda y toma la de Esteban, él ya sabe qué hacer.
- Muy bien –pensó Lara en respuesta, mientras alcanzaba la mano de su padre.
- Ahora –continuó Síle–, recuerda el momento en que te trasladaron aquí, la sensación de desvanecerte –Lara lo hizo–. El siguiente paso es concentrar toda tu energía, ese halo violeta que te rodea, en tu cabeza, piensa en la torre de La Orden, imagina que Esteban y tú están parados justo en el mismo lugar en el que estabas cuando desapareciste.

Lara cerró fuertemente los ojos y siguió al pie de la letra las indicaciones de Síle; se sintió desaparecer y justo cuando terminaban de desvanecerse, alcanzó a escuchar la voz de David susurrando en su oído.

— Adoro los retos princesa y como lograste sorprenderme te dejaré escapar, pero debes saber que iré por ti y te traeré de vuelta, aun así deba aniquilar a La Orden completa para conseguirlo.

Capítulo XIV

Una tormenta implacable azotaba Riga esa madrugada; mientras tanto, una camioneta negra cruzaba velozmente el puente que comunicaba al edificio principal de La Orden con el resto de la ciudad. Dentro reinaba una discusión, casi tan dura como la lluvia que los rodeaba.

— No entiendo cómo pueden confiar en un estúpido cristal –decía Peter.

— Lo que yo no entiendo –refutó Tabitha–, es cómo un escéptico como tú pertenece a la grandiosa ¡Orden de Palmira!

— ¡Ya basta! –gritó Evan exasperado–, no contamos con nada más Peter, entiéndelo.

— ¿Por qué estaría Lara en la sede? Tú mismo llamaste y te dijeron que no es así ¡están locos!

— Tal vez logró escapar –opinó Ian.

— ¿De David? –preguntó irónico Peter–, lo dudo.

— Tú no la conoces –dijo Evan.

— Le tienes demasiada fe.

— Sí; creo en su poder, aún más que ella misma –respondió, con tal seguridad que hasta Peter guardó silencio.

Salieron del puente y atravesaron el estacionamiento del edificio; Peter dio una vuelta cerrada deteniendo el vehículo frente a la entrada principal. Incluso antes de que frenaran por completo, Evan abrió su portezuela y se lanzó fuera de la camioneta. Corrió con toda su fuerza al interior del edificio, seguido de cerca por Tabitha; después, corrieron por la recepción hasta el elevador, Evan presionó el botón y se abrieron

las puertas al instante. La espera dentro de las cuatro paredes del ascensor les pareció eterna; Evan recorría en dos pasos el estrecho rectángulo una y otra vez, deseando que tener su cuerpo en movimiento lo ayudara a conservar la poca cordura que le quedaba. Tabitha se limitaba a mantenerse fuera de su camino, recargada en una esquina. En cuanto Evan notó que estaban a un nivel de distancia del PH; se detuvo frente a las puertas observando los focos que se apagaban y encendían al cambiar de piso. Finalmente, se iluminaron las iniciales “PH” y las puertas del ascensor se abrieron, dejando a la vista un par de cuerpos inertes sobre el piso del recibidor.

Evan llegó en un santiamén hasta Lara, cayó sobre sus rodillas a su lado y tocó su cuello esperando sentir el pulso sanguíneo en él. Inspiró aliviado cuando sintió el firme golpeteo del torrente vital de las venas de Lara. Tabitha, ya se encontraba junto a Esteban realizando el mismo procedimiento.

— No entiendo –dijo Evan–, se fue sola y regresó con su padre.

— Tenías razón al tener fe en ella. Esteban tiene pulso pero es muy débil, necesitamos al doctor Parlend.

— Los localizaré, aunque no imagino donde pueden haber ido, me dijeron que estarían aquí.

— Tal vez bajaron, pero no te separes de ellos –dijo la chica señalando a Esteban y Lara –yo iré a buscar ayuda.

— Gracias –aceptó Evan sencillamente.

Tabitha regresó al elevador; Evan observó mientras las puertas se cerraban, sintiéndose impotente. Se agachó para hablarle a Lara al oído.

— ¿Por qué cada vez que algo te sucede, lo único que puedo hacer por ti es despertarte? –preguntó, acariciando el cabello de Lara–, hermosa... ¿puedes escucharme?

Lara despertó más asustada que nunca, el miedo hizo que se sentara incluso antes de abrir los ojos; se llevó las manos a

la cabeza de inmediato y presionó su frente con fuerza en un intento de aminorar el punzante dolor que la vulneraba.

— ¿Lara? —preguntó Evan. Notando su creciente malestar se colocó frente a ella y la abrazó—. Todo está bien ahora, ya estás en casa —Lara, desconcertada se levantó rápidamente alejándose de él.

— ¡Papá! —exclamó ordenando sus ideas. Volvió a colocarse en el piso, pero junto al cuerpo inconsciente de Esteban—. ¡Papá por favor responde! —suplicó entre lágrimas.

— El médico está en camino, él nos dirá cómo está —afirmó, acercándose a la chica y rodeándole los hombros con un brazo.

— ¡Tú no entiendes! —gritó dejándose vencer por la histeria—, su energía vital se esfuma... está muriendo, no puedo permitir que muera.

— Lara por favor...

— ¡No! Déjame tranquila —exigió, aventando el brazo de Evan lejos de ella.

— Estás en shock, déjame ayudarte.

— Si no puedes salvar a mi padre, no hay nada que puedas ofrecerme —dijo, golpeando sus rodillas con ambas manos en puños — ¡David! ¡Maldito seas!

— ¿Qué sucedió? —preguntó Evan alarmado.

— Cuando lo encontré estaba igual que ahora, pero después David lo curó; supongo que al descubrir que huíamos lo regresó a este estado agonizante —dijo apresurada y con la voz entrecortada por las lágrimas.

En el momento en que guardó silencio, se abrieron nuevamente las puertas del elevador y salieron de él los padres de Evan seguidos por el doctor Parlend y Tabitha; los dos últimos, desconocidos para Lara hasta ese momento. Se acercaron a ellos rápidamente, el médico se colocó junto a Esteban y con un ademán, le indicó a Evan que se llevara a

Lara, él obedeció y la agarró de los hombros, pero la chica no tenía intención de moverse.

— Tal vez sería mejor que me permitieras ayudarla; está muy alterada –dijo Dalia agachándose junto a su hijo.

— No sé...

La voz de Evan se interrumpió cuando Lara tomó la mano de Dalia y se impulsó hacia ella, permitiéndole lo que no le había consentido a él. Las dos mujeres se abrazaron con fuerza, Lara dejó fluir toda su furia y dolor aferrándose a los cálidos brazos de Dalia. Sollozó así durante largo tiempo, mismo, que tardó el doctor Parlend en examinar a Esteban.

— Estará bien –dijo el médico, con tono tranquilizador. Lara se incorporó de inmediato.

— ¿De verdad? –preguntó Lara, secándose la cara.

— Necesitará mucho reposo para recuperarse, su cuerpo está muy herido; pero tuvo suerte, en su mayoría son golpes superficiales, la intención del atacante era únicamente causar dolor; si hubiera querido provocar mayor daño, dudo que estuviera vivo en este momento.

— Dispondré que lo acomoden en una de las habitaciones –intervino Héctor por primera vez–, muchas gracias Joseph –dijo al doctor Parlend.

— De todas formas necesitará medicación, debe estar sufriendo mucho dolor; haré la receta y enviaré a Ian y Peter por los medicamentos; pero antes, me gustaría hacerle un rápido chequeo a Lara –dijo el médico.

— Estoy bien –discutió la chica–, mejor pida los medicamentos para mi padre.

— La llevaremos a su alcoba y ahí podrás revisarla –dijo Héctor, acercándose a Lara; la ayudó a levantarse y a mantenerse en pie, pues su equilibrio falló cuando estuvo parada–. No aceptaré discusión en esto –finalizó viéndola a los ojos; ella asintió en respuesta.

Capítulo XV

El Pent House se quedó desierto después de varias horas de caótica actividad; Héctor y Dalia tenían muchas explicaciones que dar al concejo, así que dispusieron una reunión a primera hora del día y ya se encontraban en ella. Javier y Tabitha, como representantes de sus correspondientes familias, asistieron también a la junta, mientras que los gemelos, montaban guardia dentro del edificio, con el resto de los integrantes del equipo de seguridad; reforzado recientemente. Las únicas personas que continuaban dentro de la residencia eran: Esteban, quien se mantenía aún sedado; Lara encerrada en su habitación junto con Elisa y Evan; este último, encargado de salvaguardar a los demás desde el interior.

Caminaba por el pasillo afuera de las habitaciones; su paso era constante y seguro, mantenía todos sus sentidos enfocados en las protecciones que había puesto sobre el edificio junto con sus padres; de vez en cuando, su mente lo traicionaba, trayendo de vuelta el doloroso recuerdo de Lara rechazándolo; sin embargo, en ese momento crítico, sufrir por un amor irrealizable era un lujo que no podía, ni quería permitirse; así que cada vez que el adorado rostro aparecía en su mente, comenzaba nuevamente el chequeo de la seguridad. Según sus cálculos, había hecho la larga revisión un mínimo de diez veces en la última hora. La puerta de la recámara de Lara se abrió de repente, sacándolo de sus

cavilaciones; se acercó rápidamente y alcanzó a ver cuando su hermana salía al pasillo.

— Despertó desde hace un rato, está más tranquila –informó Elisa, a un esperanzado Evan–, sí, quiere verte –dijo finalmente, cumpliendo su silenciosa solicitud; él respiró aliviado.

— ¿Ahora?

— Sí –respondió–, prometo demorarme mucho tiempo en regresar.

— Muchas gracias hermanita.

— Lo sé, soy genial –afirmó la chica sonriente.

— Sí que lo eres –dijo Evan devolviéndole la sonrisa, mientras abría la puerta de la habitación.

Lara se encontraba recostada sobre la cama; tapada hasta la cintura con una gruesa cobija, lucía una cómoda pijama y el cabello justo como a él le gustaba; suelto y revuelto.

— Es un alivio verte sin ese espantoso vestido de novia –dijo Evan muy serio.

— Como están las cosas, no me extrañaría tener que volver a usarlo para el evento que me perdí anoche.

— Eso no pasará –afirmó Evan, acercándose a la cama.

— Siéntate por favor –pidió Lara, dando unas palmaditas a un espacio libre a su lado. Evan se sentó en el lugar–, considerando que nuestros minutos de vida pueden estar contados, iré al grano.

— Buena idea –aceptó él.

— ¿Por qué no me dijiste que debimos comprometernos cuando nací? –Evan recibió la pregunta con un destello de entendimiento.

— Perdóname.

— Sólo responde.

— Para ser sincero; no hay una razón específica –dijo, Lara escuchaba atenta–, era lo que más deseaba decirte des-

de que nos conocimos; cuando te vi besar a ese chico en Guanabacoa, quería salir de la casa en ese instante y reclamarte como mi propiedad; después, cuando te prometí contarte toda la verdad, había decidido que tenías que saberlo, era mi prioridad. Pero en ese entonces, me motivaban razones egoístas; primero, porque al verte por primera vez... Te sonará extraño; pero, te reconocí –hizo una corta pausa para tomar la mano de Lara entre las suyas–, mi alma te identificó como su complemento y deseaba alejarte de todos los hombres del planeta; más tarde, porque estaba enojado; con La Orden, por alejarme de ti y forzarme a un compromiso con Amanda; enojado contigo, por tener que sufrir solo; era injusto que no lo supieras, que no me desearas como yo a ti. Luego, pasó todo lo que tú ya sabes y llegó el momento de cumplir mi promesa; fue entonces cuando lo supe –guardó silencio.

— Cuándo supiste... ¿Qué exactamente?

— Que te amo –confesó viéndola a los ojos; Lara respiró profundamente y su vista se nubló a causa de las lágrimas–, descubrí que eso era lo más importante; no un supuesto destino marcado por otros; tampoco el hecho de que debiste haber sido mía y de nadie más... Nada de eso importaba, simplemente que te amo –afirmó una vez más, viéndola con seguridad–, por quien tú eres, por tu fortaleza, porque te manifiestas como un maravilloso ser de luz... ¿Cómo podía entonces lastimarte más? Ya habías tenido suficiente con lo de Esteban; además, ese día supiste prácticamente todo lo relacionado con tu identidad. ¿Qué clase de hombre sería, si le daba una razón más para sufrir a la mujer que amo? Sólo espero que puedas perdonarme... –Lara puso su dedo sobre la boca de Evan para silenciarlo. Se acercó lentamente a él, sus labios se rozaron levemente y un estremecimiento los recorrió; Evan colocó sus grandes manos a los costados

de la cara de Lara y la besó tiernamente; ella se abrazó a él correspondiéndole; se fundieron en ese mágico instante, hasta el punto de no distinguir en donde terminaba uno y comenzaba el otro. Se separaron agitados; Lara se refugió en sus brazos y él acarició cariñosamente su cabello.

— Yo también te amo –confesó Lara en un suspiro.

— En el momento en que te esfumaste entre mis dedos, supe que no puedo existir en un mundo en el que tú no estés... Eres la razón de mi vida, lo serás siempre y aunque no pueda volver a tocarte después de hoy, atesoraré tu recuerdo por siempre.

— Imaginé éste momento millones de veces; pero nunca me acerqué si quiera un poco a la realidad... Provocas en mí un sentimiento tan grande como el universo mismo, temo que mi pecho estalle en cualquier momento y me convierta en simples partículas de polvo. Debo confesarte todo ahora que tengo esta oportunidad, porque sé que no habrá otra, sé que nunca más estaré entre tus brazos y no volveré a sentirte tan cerca de mi alma.

— Nuestras almas siempre estarán unidas –refutó Evan.

— Hay una última cosa que debo decirte, sólo tus oídos escucharán esta revelación y es mi deseo que nadie más lo sepa.

— Puedes decirme lo que sea –Lara se incorporó para seguir hablando.

— Siento el frío de la muerte Evan... está esperándome.

— Es sólo tu miedo.

— Escúchame por favor, eres la única persona en el mundo a la que le confesaría esto –Evan asintió con la cabeza, pero mantenía el seño fruncido–, la muerte me acompaña desde hace un par de días; al principio, no la identifiqué como tal, pero después de lo que sucedió anoche me hice consciente de su presencia. Sólo espera a que algo suceda,

como si tuviera una fecha límite para lograr lo que sea que vine a hacer a este mundo, al cumplirse el plazo me iré con ella.

— No puedes ir a ningún lado... sólo tienes veinte años y hay mil cosas que te faltan por hacer en la vida.

— Tal vez no sea así.

— Creo que debemos ir un paso a la vez; primero nos ocupemos de David; después nos desharemos de la muerte.

— No es algo de lo que simplemente puedas deshacerte; además, estoy resignada...

— Nunca digas eso.

— Es la verdad; quería que tú lo supieras por una razón específica, para poder decirte que no tengo miedo; si mi destino es morir, lo menos que haré será llevarme a David conmigo. Entonces todos continuarán tranquilamente con sus vidas —finalizó, Evan quería discutirsele, pero ella lo silenció con un beso más, el último que podría robarle.

Capítulo XVI

Pasaba del medio día cuando terminó la reunión del consejo; Héctor y Dalia, se reunieron con los demás en el Pent House. Evan, Elisa y Lara los esperaban ya en la sala de la residencia. Desde el momento en el que entraron, Lara notó que se comportaban de forma un tanto extraña; lo que le indicó que traían más malas noticias.

— ¿Qué ha sucedido? –preguntó Evan sin preámbulos.

— La situación ha llegado al punto más crítico que podía alcanzar –dijo Héctor apremiante–, David le dio un ultimátum al consejo; tenemos una semana para entregar a Lara, de lo contrario, exterminará a La Orden por completo.

— ¿Qué decidió el consejo? –preguntó Lara ecuaníme.

— Por supuesto que no te entregaremos –aseguró Evan.

— El consejo se dividió a partir de que la reunión se dio por concluida –dijo Dalia–, acordamos la reubicación de las clavículas, sólo una persona conocerá su paradero. Sí en una semana Denon vence estarán fuera de su alcance; además, las familias tienen su propio lugar contingente del que no saldrán a menos que uno de nosotros los convoque.

— ¡Nos dejaron solos! –exclamó Evan furioso–, huyeron...

— Tienen derecho a proteger sus vidas; finalmente, sobre las familias fundadoras recae la verdadera responsabilidad –afirmó su madre–, comprende que Denon ha sido el peor enemigo que La Orden ha enfrentado; nadie quiere que la historia se repita y seamos exterminados.

— Esa no es razón para abandonarnos, nosotros no tememos enfrentarlo ¿por qué ellos sí?

— Porque ellos sí cuentan con esa libertad –dijo Héctor usando su tono autoritario –y no soy nadie para negársela; las familias fundadoras se encargarán de él y tendremos éxito, de eso depende el destino de la humanidad. Abrazaremos nuestra responsabilidad y opondremos resistencia –concluyó; Evan hizo una reverencia en respuesta y retomó su postura como segundo al mando.

— ¿Con quiénes contamos? –preguntó muy serio, armando planes de acción en su cabeza.

— Muy bien –dijo Héctor sentándose en uno de los sillones–, hasta el momento, nuestra carta fuerte son ustedes, los primogénitos: Javier, Lara y Tú. Deberán trabajar muy duro si planean ser de utilidad en tan solo una semana.

— Lo haremos –dijo Lara.

— A parte de ustedes –continuó Héctor–, contamos con Esteban, Amanda, Joseph y los gemelos; Tabitha, Elisa, tu madre y yo. Además, tengo una pequeña escolta de seis hombres esperándonos abajo; y cuarenta más en la casa de seguridad a la que viajaremos, en cuanto venga Joseph y autorice el traslado de Esteban.

— Tres primogénitos; nueve ordenados, más cuarenta y seis soldados –contabilizó Evan–, no será suficiente –dijo, caminado desde un lado hasta el otro.

— Bastará; claro, sí ustedes tienen éxito –dijo Héctor desafiante.

— Así será padre.

— Entonces no hay de qué preocuparse –afirmó esbozando una sonrisa confiada– veré a Esteban mientras se preparan para partir... Lara ¿me acompañas?

— Por supuesto –respondió sorprendida, mientras lo seguía.

— Dalia —llamó él, al tiempo que caminaba—, no olvides el cofre de Gabriel, cariño.

— No lo haré —respondió su esposa, perdiéndolos de vista cuando giraron en el pasillo, dirigiéndose a la habitación de Esteban.

Lara seguía de cerca a Héctor cuando entraron a la recámara de su padre; temía enormemente ver lo maltrecho que se encontraba, y en gran medida, se sentía responsable por su estado de salud; sin embargo, en cuanto lo vio, notó una gran mejoría, tanto en su aspecto como en su ánimo, pues se encontraba sentado en la cama, conversando alegremente con Amanda.

— Veo que te encuentras mucho mejor de lo esperado querido amigo —dijo Héctor acercándose a la cama—, me hace muy feliz tu mejoría.

— ¡Héctor! —la genuina felicidad en la expresión de Esteban, asombró a Lara—, acércate, déjame ver qué han hecho los años contigo.

— Al parecer mucho más que contigo; te ves igual que la última vez que nos vimos —afirmó Héctor, mientras Amanda dejaba libre el asiento para su suegro.

— Eso no te lo creo —refutó Esteban a punto de carcajearse; Héctor llegó hasta él y se abrazaron cariñosamente—. Héctor y yo crecimos juntos —le dijo a Lara cuando se soltaron.

— ¿En serio?

— A decir verdad, los cuatro crecimos juntos, a pesar de que las chicas eran más jóvenes que nosotros, nunca nos despegábamos —informó Héctor.

— ¿Dalia y mamá? —preguntó Lara, mientras veía a Amanda salir de la habitación.

— Así es, hacíamos todo juntos: asistir al colegio, tareas, paseos, travesuras ¡Todo! —dijo Esteban alegre.

— Fueron buenos tiempos –afirmó Héctor nostálgico–, creímos que compartiríamos todo en la vida, que nuestros hijos crecerían juntos y después nuestros nietos.

— O incluso que tendrían los mismos nietos –dijo Lara sarcástica, provocando que ambos hombres la vieran como si acabaran de salir de un trance–, pero la vida da muchas vueltas ¿no es cierto?

— Lary, lo siento mucho –dijo Esteban, notando que su hija debía saber ya toda la verdad–, quería decírtelo yo mismo...

— Está bien papá –interrumpió ella–, después hablaremos de eso; créeme, buscaré la ocasión –amenazó–, pero ahora debemos irnos.

— De hecho –dijo Héctor–, Joseph no ha llegado, así que será mejor ponernos al día mientras tanto.

— Me parece bien, porque tengo algo importante que decirles, antes de que hagamos planes –dijo Esteban–, durante el tiempo que David me tuvo atrapado, pude enterarme de algunas cosas, él jamás pensó que pudiera escapar con vida, así que bajó la guardia, fue como me enteré de una parte de sus planes. Hasta el momento, ha logrado dominar a muchos demonios, pero debemos preocuparnos realmente por dos: Furfur y Leonardo. Además está preparando todo para invocar a Zeros; si logra dominarlo, la tierra estará perdida; por suerte, no ha encontrado la gema todavía, eso nos da un poco de tiempo.

— Una semana –intervino Héctor–, nos dio ese plazo para entregar a Lara, probablemente ya tiene la gema.

— ¡Una semana! –exclamó Esteban furioso e intentando levantarse–. ¿Cuál es el plan?

— Iremos a una casa de seguridad, en donde estudiaremos las cartas de los fundadores y tendremos acceso a los hechizos que deberán realizar los primogénitos, es el mo-

mento de enfrentarlo; será eso, o, esperar a que domine a Zeros y el infierno ascienda a la tierra.

La conversación entre Héctor y Esteban dejó a Lara más desconcertada que asustada, entendió que David dominaba muchos demonios y que si lograba hacerlo con un tal Zeros, el infierno se tragaría a la tierra o algo por el estilo; por eso, buscó la forma de reunirse con Evan antes de partir y pedirle que viajaran en el mismo vehículo, necesitaba hacerle unas preguntas sobre demonios, infiernos y gemas. Él entendió al momento y arregló que viajaran juntos como ella había solicitado, también le pidió a Tabitha que los acompañara durante el viaje; estaba a punto de coordinarse con Javier y Elisa, cuando Amanda se cruzó por su camino y con una mirada asesina, le informó que no se desharía de ella tan fácilmente y que si había alguien con derecho a gozar de su compañía, era ella. Así fue como terminaron Lara y Tabitha en el asiento trasero de una camioneta conducida por Evan, quien llevaba como copiloto a su prometida, Amanda.

Lara sonreía pensativa, mientras observaba el paisaje urbano por el que transitaban; Riga le parecía un lugar esplendoroso. En su mente imaginó cómo hubiera sido su vida en caso de haber realizado su destino; pudo verse caminando por esas calles de la mano de Evan, se apoyaba en él y seguía su ritmo de movimientos, de pronto, levantaba el rostro y buscaba frente a ellos el motivo de una pequeña preocupación en el centro de su estómago, cuando ubicó a los dos hermosos pequeños que buscaba jugando a pocos metros, respiró profundamente y más tranquila, acomodó el brazo de su acompañante sobre sus hombros; Evan la acogió con ternura y respiró profundamente el aroma de su cabello.

— ¿Lara? –susurró Tabitha–, concéntrate en el ahora.

— Yo no...

— Deja de ver el futuro, no es sano.

— No estaba... Simplemente admiro la hermosa vista —afirmó cruzando los brazos sobre su pecho; le extrañó la normalidad con la que tomó el reclamo de Tabitha.

— Ajá... sólo recuerda que hay un millón de futuros alternativos, espiar nunca ha sido de ayuda, al contrario, sólo sirve para aferrarnos.

— Ellos ¿pueden? —preguntó Lara señalando los asientos delanteros.

— Ah... no, claro que no, soy la única que puede sentir este tipo de cosas, ni siquiera entre nuestra gente es común encontrar talentosos o psíquicos.

— Aparte de tú y yo ¿hay alguien más?

— Los primogénitos, Evan, Javier y tú, pero cada quien tiene talentos diferentes, claro está. También Ian, aunque no nació con ellos como ustedes, su mérito es haber trabajado muchísimo en su espiritualidad, con ello pudo desarrollar sus sentidos más de lo normal, está muy emocionado con sus logros y cada día que pasa trabaja más duro que el anterior.

— Lo amas... —afirmó Lara, al notar ese brillo tan característico en los ojos de Tabitha.

— Nos casaremos en un par de meses —confesó la chica sonriente.

— Y tú ¿qué puedes hacer?

— Yo percibo, como pudiste notar; realmente los dones que poseemos no pueden catalogarse, mutan de acuerdo al crecimiento personal; esta semana descubriremos grandes variaciones en nuestras capacidades.

— No creo que nuestros talentos sean suficientes para vencer “muchos demonios” ¿o sí?

— ¿Muchos demonios? —preguntó Tabitha suspicaz; Lara notó un ligero gesto en su rostro, de inmediato lo identificó como entusiasmo; seguramente Tabitha disfrutaría

mucho con las aventuras-. ¿Cómo de cuántos estamos hablando?

— No estoy segura de la cantidad; pero sé que son “muchos”, al menos eso dijo mi padre, también mencionó que hay dos de los que debemos preocuparnos más, Leonardo y Furfur, aunque a juzgar por sus nombres no me parecen muy atemorizantes, pero bueno...

— ¿Qué más escuchaste? –preguntó muy interesada.

— Los planes de David concluyen con un demonio más, un tal... Zeros.

— ¡Por Dios! –exclamó Tabitha, mientras cubría con ambas manos su boca por la sorpresa.

— Entonces es grave –afirmó Lara regresando la vista a su ventanilla-, me lo suponía.

— Es peor de lo que esperaba –confirmó Tabitha con la respiración agitada por la impresión.

— Ya dínos que hacen estos demonios –intervino Evan exasperado.

— Muy bien, creo que podremos tener una idea, al menos vaga, de lo que se propone David... En primer lugar está Leonardo, este demonio es nada más y nada menos que el inspector de magia negra y hechicería del infierno.

— ¿Quiere decir que domina la magia negra y la hechicería? –preguntó Lara irónica.

— ¡Exacto! –respondió Tabitha siguiéndole el juego a Lara e interrumpiendo un reclamo de Evan-, Eres buena...

— ¿Qué pasa con los demás? –preguntó él molesto.

— Furfur –continuó Tabitha –es un conde del infierno, predice el futuro y ocasiona amor entre hombre y mujer; además, hace caer el rayo, lucir el relámpago, retumbar el trueno, en pocas palabras, lo suyo son las tempestades.

— ¿Por qué siento como si escuchara que lees un libro de texto? –preguntó Lara sonriente.

— Eso pasa porque se sabe de memoria todos los libros demonológicos del mundo –respondió Evan, extrañado por la actitud de Lara.

— Taby dinos –continuó Lara–, ¿qué hace Zeros?

— Es el peor de los tres, ese demonio fue condenado por la Orden Infernal de las Dominaciones; su pecado, fue el imperdonable acto de traición hacia los demonios; selló La Porte de l'Enfer o Puerta del Infierno, para detener la guerra que se llevaba a cabo entre ángeles y demonios. Supuestamente, Zeros se enamoró de un ángel, cuyo nombre nunca fue revelado; según los relatos, ese amor secreto lo llevó a traicionar a sus compañeros los demonios. Como castigo, fue sellado en la segunda lágrima de una diosa caída, cuya gema se perdió a través de la historia, el último registro que se tiene de la joya, data de la época de los caballeros templarios.

— Vaya... –dijo Lara pensativa–, aun con que es un demonio y todo eso, me da un poco de lástima.

— No creo que sea digno de ese sentimiento, en caso de ser liberado de su prisión, causaría mucha destrucción en la tierra, incluso me atrevo a pensar que Denon busca dominarlo por una razón muy poderosa: Zeros es el único demonio que esgrime un poder tan grande como para reparar su traición y abrir de nuevo las puertas del infierno. Ni siquiera Lucifer ha logrado abrirlas después de que Zeros las selló.

— A eso se refería Héctor cuando hablaba del infierno ascendiendo a la tierra.

— Sí.

— Sería como el apocalipsis.

— No sería cómo –refutó Evan–, sería el apocalipsis.

— Hay algo que no termino de entender –dijo Lara –si la intención de David es provocar el fin del mundo, en primer lugar ¿para qué necesita dominar a los demás demonios, si

de todos modos Zeros liberará al infierno entero? y si logra su cometido, morirá él también ¿o no?

— Tengo una hipótesis –informó Tabitha.

— Soy toda oídos –dijo Lara, acomodándose para escuchar muy interesada.

— A Leonardo lo necesitó desde el principio, supongo que fue el primero al que invocó; piénsenlo, para llevar a cabo sus planes requería mucho más que un poco de suerte o dinero... lo único que le serviría sería la magia negra y quién mejor que el inspector infernal de esta disciplina ¿no creen?

— Cierto –respondió Lara asintiendo efusivamente con la cabeza.

— Si tiene a Leonardo –terció Evan–, no veo para qué necesita a Fur... Furufu... Frufrú o como se llame.

— Furfur –corrigió Tabitha–, no creo que estén observando el panorama completo; David desea casarse contigo Lara; Furfur, a mi parecer, servirá para provocar tu enamoramiento de David, es la única forma en que le entregarías los textos salomónicos originales.

— ¡Pero yo no sé en dónde están! –se quejó la chica–, además ya tiene una copia ¿para qué querría los originales?

— Él no sabe eso –siguió Tabitha–, además, su copia no está completa, le falta una clavícula; y también podría jurar que su corazoncito despechado desea que tu amor sea su venganza mayor contra tus papás.

— Suena lógico –aceptó Lara.

— Para culminar debe haber hecho un trato con el Rey, es la única forma de sobrevivir después liberar el infierno en la tierra.

— ¿Lucifer? –preguntó Amanda, interviniendo por primera vez. Tabitha y Lara la veían como si acabaran de notar su presencia.

— El mismo –afirmó Tabitha, retomando la conversación–, incluso me atrevo a pensar que no desea la destrucción del mundo, lo que quiere es dominarlo y su ego es tan grande, que se siente capaz de esclavizar a todos los demonios liberados por Zeros.

— Eso es lo más estúpido que he escuchado –afirmó Lara sonriente.

— ¿Qué sucede contigo? –preguntó Evan, distrayéndose de la conducción para voltear y ver a Lara.

— Deberías estar atento al camino –aconsejó la chica.

— No entiendo a qué se debe tu buen humor –continuó él sin dejar de verla–, estamos hablando del fin del mundo.

— ¡Evan por favor! –exclamó Lara, como si no entendiera el porqué de sus cuestionamientos–, el hecho de que me ponga histérica o feliz no cambia en nada las circunstancias, los planes de David seguirán igualmente su curso.

— Tienes razón por supuesto, pero... –Evan guardó silencio y regresó su atención a la carretera.

— Lo sé –interrumpió Lara. Evan asintió con la cabeza –además, alguien me dijo una vez que soy más fuerte de lo que creo; pues bien, ahora entiendo a lo que se refería –Evan la veía sonriendo por el espejo retrovisor, haciendo que Lara deseara poder ver su sonrisa de frente.

— Creo que necesitamos un plan de acción –intervino Tabitha–, la verdad no confió por completo en las decisiones que toma el conejo; sin ofender Evan –dijo tocando el hombro del chico.

— No te preocupes –respondió él aun sonriendo.

— ¿Qué proponen?

— Antes de llegar a la parte del plan –dijo Lara–, necesitamos tener acceso a las cartas de los fundadores, no sabemos qué seremos capaces de hacer.

— Yo creo —opinó Evan— que debemos ocupar el menor tiempo posible en las famosas cartas; si realmente contienen hechizos para contrarrestar esta situación, lo que debe ocupar nuestra energía es practicarlos.

— Así será —afirmó Tabitha—, pero recuerda, no todo es poder, también la fuerza mental cuenta y mucho.

Se quedaron en silencio, cada uno cavilando sus propias ideas; Lara, al contrario de sus acompañantes, dejó caer su mente en un pacífico letargo y durmió profundamente el resto del trayecto.

Capítulo XVII

Cuando el convoy arribó a la casa de seguridad, el sol comenzaba a despuntar en el horizonte; los vehículos entraron apresuradamente por un desvío relativamente oculto junto al camino y se internaron en el pasaje de tierra, rodeados por frondosa vegetación.

A corta distancia, Lara pudo observar una hermosa pero misteriosa construcción que se asomaba entre el espeso follaje; de no ser porque iba enrollada sobre un asiento de piel en la parte trasera de una moderna camioneta, habría jurado que se encontraba en el pasado, en una vida alternativa desarrollándose a varios siglos de distancia de su trágico destino. Bajó la ventanilla y sacó la cabeza al frío aire de la mañana, ignorando las quejas de Amanda y Tabitha, se concentró en sentir el ambiente boscoso que tanto le gustaba. En poco tiempo llegaron hasta la entrada de la rara construcción y Lara puso su atención en ella, los altos muros de piedra le evocaban castillos medievales, pero el gran portón eléctrico que se movía dándoles acceso al interior, le recordaba las fortalezas modernas. La extraña convergencia de los elementos temporales en ese lugar la asombró negativamente, al grado de erizarle la piel y provocarle escalofrío, pudo dar el primer vistazo a la mansión medieval y lo que resaltó inmediatamente de forma casi grotesca, fueron las decenas de guardias que la rodeaban; que además, iban fuertemente armados. Lara se angustió increíblemente, no por sus potenciales víctimas, sino porque supo que no dura-

rían ni un minuto contra los trucos de David; si él se presentaba, serían presas fáciles y podía contarlos ya como bajas necesarias; desgraciadamente, si los primogénitos fracasaban, el mundo entero sería considerado por el desquiciado David como “baja necesaria”. Esa fue la primera vez que sintió sobre sus hombros el peso real de su responsabilidad y la importancia de su destino; la certeza no le provocó miedo o dolor, simplemente la ayudó a tomar conscientemente la resolución que su corazón tiempo atrás tenía enraizada, tan firme o incluso más que la del mismo David: las puertas del infierno permanecerían cerradas, aun así tuviera que matar a Zeros con sus propias manos.

La enorme mansión se mostraba imponente ante los recién llegados; la construcción desplegaba sus muros, tanto horizontal como verticalmente; estaba conformada cuando menos por ocho alas, aparentemente del mismo estilo, pero cuando observaban detenidamente, se podían apreciar las diferencias entre cada una de las alas, que habían sido construidas con varias décadas de diferencia.

El equipo de seguridad organizó el ingreso de La Orden a su nueva guarida y en un par de minutos estuvieron todos los ocupantes de los vehículos en el recibidor de la casa. Lara tomaba nota hasta del menor de los detalles; su mente había sufrido cambios en las últimas horas, muchos de los cuales, ni siquiera ella misma terminaba de comprender. Sabía exactamente cuántas personas se encontraban dentro y fuera de la casa; también podía leer sus halos desde la distancia, lo que le ayudaba a distinguir a sus compañeros y a los extraños, supo incluso, que de haber un enemigo cerca podría diferenciarlo rápidamente del resto de la gente, ya que podía distinguir entre malas y buenas intenciones. Cuando estuvieron en el recibidor, salió una señora regordeta y agradable a recibirlos; por supuesto que Lara podía

solamente suponerlo, puesto que la mujer se dirigía a Dalia en letón, cuando se hubo retirado, todas las personas a su alrededor, se olvidaron de su presencia y continuaron comunicándose en ese idioma. A Lara no le molestaba por completo que la ignoraran, le daba un efímero sentido de privacidad y le permitía continuar probando sus nuevas capacidades, se dio cuenta de que aun sin entender lo que decían, podía captar a la perfección sus estados de ánimo, gracias a las fluctuaciones energéticas podía también determinar si alguien era potencialmente peligroso para ella o para algún otro miembro de La Orden.

— ¿Podrían regalarme un momento de su atención por favor? —preguntó Lara, los demás guardaron silencio, percatándose de que ella no había podido entender nada de lo habían hablado.

— ¿No habla letón? —preguntó Dalia, veía molesta a Esteban.

— No tuve tiempo de aprenderlo —intervino Lara, defendiendo a su padre.

— Negación —dijo Esteban, encogiéndose de hombros como si nada importante pasara.

— ¿Cuántos idiomas hablas? —le preguntó Dalia.

— Cuatro y medio —respondió Lara sonriente, sin saber muy bien por qué armaban tanto alboroto con respecto al idioma.

— ¿Cuáles?

— Español lógicamente, inglés, francés, italiano y un pésimo japonés.

— ¿Japonés? —preguntó Héctor indignado—. ¿Tuviste tiempo de aprender japonés y no letón? ¡Es increíble! —exclamó todavía más molesto.

— Vivimos unos meses en Tokio —respondió la chica ya exasperada—, pero sí es tan importante, aprenderé.

— ¿En 24 horas? –preguntó Héctor irónico. Lara lo veía con gesto interrogante–, Gabriel Saloman, tu antepasado, hablaba letón como lengua madre y toda la documentación que estudiaremos esta semana está escrita en ese idioma.

— Negación –repitió la chica imitando el ademán que Esteban había usado– ¿Es la mejor respuesta que puedes dar?

— Es la única que tengo; además, tampoco hay que exagerar –dijo Esteban viendo a Héctor y Dalia–, quienes hablan letón pueden estudiar las cartas, yo puedo enseñarle algunos trucos a Lara mientras aparecen las respuestas que deseamos.

— Comencemos entonces –ordenó Héctor.

— Le indiqué al servicio que arreglaran lo necesario en la biblioteca, pues será donde pasaremos casi todo nuestro tiempo –le confió Dalia a Lara–, servirán el desayuno ahí –concluyó sonriente.

— Eso es muy bueno, porque estoy realmente hambrienta –dijo Lara devolviéndole la sonrisa, mientras comenzaban a caminar por un largo pasillo; al final del recorrido, Dalia abrió una enorme puerta que comunicaba a la biblioteca y Lara observó extasiada la habitación–. ¡Es hermosa! Algún día tendré una biblioteca como esta –afirmó sonriente.

— Ya la tienes –le informó Esteban que entraba tras ellas –de hecho, ésta es tuya.

— ¿De verdad? –preguntó emocionada.

— Claro –respondió Dalia–, la casa pertenece a los Saloman.

— Increíble –dijo Lara en voz baja.

Entraron los demás y comenzaron a elegir los lugares que ocuparían para trabajar; Lara se alejó, caminó por el lugar embobada, la habitación era más grande que la casa que habitó en Cuba, todas las paredes estaban revestidas con enormes libreros de piso a techo; además, al menos otra docena de

muebles igualmente grandes estaban acomodados en filas al fondo; comenzó a repasar los archivos y descubrió que a eso le entendería, pues estaban en inglés; imaginó que necesitaría al menos una década para leer todos los textos del lugar y fue entonces cuando se dio por vencida, no tenía ni un solo día para dedicarle a esos libros, debía concentrarse en lo que estaba por venir. Regresó hasta donde estaban los demás acomodándose, la biblioteca se había iluminado gracias a que abrieron las largas cortinas que cubrían el ventanal frente a la puerta, dejando entrar la tenue luz de la nublada mañana; las dos mesas rectangulares de trabajo junto a los libreros estaban ya ocupadas, Héctor en la cabecera de una de ellas le hacía señas, pidiendo la atención de todos los presentes, sobre la mesa frente a él colocó un cofre que le entregó su esposa y se dispuso a abrirlo. Todos esperaban atentos.

— En vista de la situación —comenzó Dalia, parada junto a Héctor —nos vemos en la necesidad de revelarles a todos el secreto que únicamente los líderes llegan a conocer; pero antes de hacerlo, quiero que estemos conscientes de que La Orden de Palmira sufrirá a partir de este momento, cambios nunca antes vistos y que debemos estar preparados para lo que se nos requiera. Los fundadores temieron que llegara a suceder algo como esto, por eso nos dejaron indicaciones a cerca de las modificaciones que sufriría nuestra organización —Dalia tomó su lugar en el asiento junto a la cabecera de la mesa y los demás la imitaron sentándose, únicamente Héctor permaneció de pie.

— Lo que voy mostrarles y decirles, es sólo para sus ojos y oídos, nadie más aparte de nosotros doce puede tener acceso a esta información —sacó del cofre abierto una carpeta de piel gruesa y la colocó en la mesa—, éstas son las cartas que nos dejaron los fundadores, seis en total, cada uno de ellos escribió dos cartas, una dirigida a La Orden y una di-

rigida a sus descendientes únicamente, por tanto, a Lara le entregará una de Gabriel, Esteban y tú pueden conocer su contenido, pero nadie más –Esteban asintió con la cabeza–, a Javi le entregará la de Enrique, sólo tú puedes leerla.

— ¿Ni siquiera Eli puede? –preguntó Javier.

— Elisa es una Varzán todavía y no puede leer ni la que dejó Magdalena –informó Héctor–, esa le pertenece a Evan.

— ¿Entonces por qué yo sí puedo saber lo que dice la de Gabriel? –preguntó Lara.

— Porque la carta está dirigida a ti –dijo Héctor –pero como no hablas letón tendrá que leértela tu padre.

— Por supuesto –aceptó Lara poniendo los ojos en blanco.

— Las cartas destinadas a La Orden serán leídas por todos, con el fin de encontrar respuestas con mayor rapidez. Por último –dijo Héctor mientras sacaba del cofre un libro casi tan grande como el mismo baúl–, éste es el grimorio de los fundadores; sólo puedo decirles dos cosas de él, porque nadie lo ha estudiado jamás, se ha reservado para un peligro tan real e inminente como el que representa ahora David; la primera, es que en su interior encontraremos una serie de hechizos considerados protectores y defensivos por los fundadores, la segunda es que únicamente los primogénitos podrán practicarlos –dicho eso, Héctor regresó el grimorio a la protección del cofre y tomó la carpeta–. Repartiré las cartas a los primogénitos, los demás, comenzaremos la lectura de las otras tres, una vez que todos conozcamos su contenido nos dedicaremos al grimorio ¿alguna duda?

— ¿A qué hora sirven el desayuno? –preguntó Peter sobando su estómago, todos voltearon a verlo, unos con expresión divertida y otros molestos–. Tengo hambre –dijo el chico levantando los hombros apenado; Joseph que estaba a su lado le dio un golpe en el brazo– papá eso duele.

— Ya cállate –dijo él divertido.

Comenzaron varias conversaciones, mientras que el grupo se acomodaba siguiendo las indicaciones de Héctor, mientras tanto él llamó a los primogénitos y les entregó su respectiva carta. Esteban agarró a Lara de la mano y la sacó de la biblioteca.

— Haremos esto en otra parte de la casa.

— Perfecto, porque además tenemos otras cosas que discutir –Esteban asintió.

Recorrieron de nuevo el pasillo hasta llegar a una sala acogedora decorada como el resto de la mansión al estilo medieval. Lara se enroscó en un amplio sillón y su padre junto a ella.

— He decidido que no te agobiaré con preguntas –comenzó Lara–, mejor explícame las cosas como prefieras.

— Y yo que pensé que estarías enojada.

— Te equivocaste, estoy furiosa, así que mejor empieza.

— Como gustes, no te culparé si mi explicación no te parece convincente –dijo él dejando la carta en el sillón entre ellos –pero la verdad es que no te conté quién eras porque deseaba que crecieras alejada de todo esto, tuviste la mejor vida que logré darte y considero que fuiste feliz, al menos la mayor parte de ella. También es cierto que no permanecimos mucho tiempo en el mismo lugar y cuando comenzabas a acostumbrarte debíamos marcharnos de nuevo, pero entonces me consolaba pensar que muchas otras personas viven de esa forma, finalmente es más normal que crecer rodeado de normas y peligros como los que pasa La Orden. Es lo único que diré en mi defensa.

— Si hubiera crecido entre mi gente cuando llegara el momento de enfrentar a David habría estado preparada.

— No hay nada que pueda darte La Orden que te haga mejor persona; eres una maravillosa mujer Lara, recuerda que sin ayuda de ellos lograste salvarnos de David.

— Tuve ayuda –replicó Lara.

— No, fuiste tú, encontraste el poder que nadie puede enseñarte a evocar; además, todavía te falta explicarme cómo lograste proyectar tu mente de esa forma, fue magnífico.

— No proyecté mi mente, fue Síle.

— ¿Síle?

— Hasta este momento continuó preguntándome quién es y por qué nos ayudó.

— ¿Quieres decir que había alguien más ahí?

— Dijo que le interesaba que venciera a David, por eso me explicó cómo salir de ahí, pero sus verdaderas intenciones son desconocidas para mí.

— ¿Se sigue comunicando contigo?

— No, desde que llegamos a la torre, dejé de escucharla, he intentado seguirla, dejé una estela en mi mente la he convocado pero no responde, tal vez sea lo mejor.

— Pero si nos ayudó...

— No lo hará más –dijo Lara interrumpiéndolo–, fue muy específica en ese aspecto, hasta me advirtió que no debía confiar en ella. Pero volviendo al tema, ahora sí tengo unas preguntas para ti.

— Dime –aceptó Esteban.

— ¿Cómo murió mamá? Y esta vez, quiero la verdad.

— David la mató.

— Eso lo sé, lo que quiero que me expliques es cómo pasó.

— Nos escondíamos en una casa de seguridad en un bosque francés, David incendió el lugar en la mitad de la noche, intentamos escapar a caballo pero él hizo que nos separáramos en el camino –Esteban agachó la cabeza y se pasó los dedos por los ojos, limpiando las lágrimas que aún no caían–, la aisló para matarla sin interrupciones; provocó

que la yegua que montaba Leonor se desbocara, llegué hasta ella guiado por tu llanto, la encontré muerta sosteniéndote en sus brazos.

— ¿Ya había nacido? —preguntó Lara consternada.

— Cuando montamos tenía contracciones, supongo que él te ayudó a nacer —Esteban levantó la vista y descubrió que su hija lloraba con amargura. Se acercó rápidamente y la abrazó con fuerza.

— ¿Por qué no me dejó morir con ella? —preguntó desesperada.

— No lo sé, pero la verdad es que no me importa la razón, aunque probablemente sus motivos fueron malignos; yo le estoy agradecido por eso.

— Papá —dijo Lara llorosa— seguramente me dejó con vida porque soy parte de sus planes para adueñarse de La Orden, una vez que lo haya logrado nos matará.

— No me importará que lo haga, ya me regaló veinte maravillosos años contigo —Lara lloró en sus brazos hasta sentirse con fuerza de seguir hablando.

— Desearía haberla conocido.

— Yo también desearía que lo hubieras hecho; era una mujer muy bella y tenía el alma más bondadosa del mundo; siempre veía el lado bueno de las cosas, encontraba razones para sonreír en los lugares y situaciones más difíciles. Te pareces más a ella de lo que crees, no sólo físicamente, tu alma tiene la misma cualidad —Lara lo veía incrédula—, si quieres más opiniones, platica con Dalia, eran muy unidas, lo fueron siempre.

— Lo haré.

— ¿Hay algo más que quieras saber? El tiempo apremia.

— ¿Por qué no concertaste mi compromiso con Evan? —preguntó acomodándose en su lugar inicial.

— Sabía que está conversación terminaría tratándose de Evan.

— ¿Responderás? –preguntó impaciente.

— Sí... Son varias razones, en un principio pensé que te hacía un favor, ya sabes, las mujeres de esta época prefieren elegir por cuenta propia a su esposo; además, Héctor y yo acordamos que no les permitiríamos casarse antes de conocerse, sabíamos que la relación se daría sola cuando se vieran por primera vez, en este caso no sé realmente qué pudo haber pasado, a mí no se me informó del compromiso de Evan con esa chica.

— Entonces no se comprometieron desde pequeños – afirmó como si pensara en voz alta.

— La falta de contacto con La Orden me dejó fuera en la toma de muchas decisiones y finalmente los padres de Evan son libres de realizar cualquier compromiso que crean conveniente –dijo, usando ese tono de voz que le decía a Lara que habían cerrado el tema–. ¿Tienes más preguntas?

— Sólo una ¿por qué no te convertiste en líder de La Orden después de que murió mamá?

— Por cobarde, es la única explicación, no creí poder hacerlo sin tu madre, tenerte a ti era lo único que me mantenía vivo; además, quería que estuvieras segura y convertirme en líder habría causado el efecto opuesto –Lara asintió con la cabeza, pensó que era suficiente desgaste para su padre en un solo día.

— Tal vez debemos leer la carta y regresar, ya deben estar preguntándose el porqué de nuestra demora.

Capítulo XVIII

Esteban y Lara regresaron a la biblioteca para encontrar a todos organizados en pequeños grupos de estudio; Elisa le hacía señas a Lara insistente para que se agregara a su mesa, en donde la acompañaban Tabitha y Javier, caminó hacia ellos y pudo ver a Evan con Amanda en una mesa lejana, él la seguía con la mirada nostálgico hasta que su novia llamó su atención y se volteó. Lara llegó hasta su mesa en donde la esperaban los tres chicos sonrientes y se sentó.

— Disfruta este descanso –dijo Javier–, nos mandarán a practicar después del medio día, ya eligieron los primeros hechizos.

— Me gusta la idea –respondió Lara sonriente –me sentiré más útil practicando, para eso no tengo que saber letón.

— Lamento contradecirte –dijo Tabitha–, los hechizos están en letón.

— Genial –dijo Lara irónica, a un volumen tan alto que todos voltearon a verla y ella rió junto con sus compañeros de mesa.

— Javi –dijo Elisa–, escuché a uno de los guardias decir que en un par de días comienza el festival medieval en Cesis ¿me llevarás? –preguntó suplicante.

— No creo que sea seguro –intervino Tabitha.

— Puede ser la única oportunidad que tengamos de ir –reflexionó Lara.

— Lara tiene razón –dijo Elisa sonriéndole, agradeciendo su apoyo.

— No sé Eli –dijo Javier pensativo.

— Por favor... –pidió Elisa.

— Lo hablaré con Evan más tarde –aceptó él.

— ¡Sí! –dijo la chica aplaudiendo, Lara y Tabitha la veían sonrientes.

— Debéramos ponernos a trabajar –dijo Tabitha–, Héctor nos está dando su mirada más enojada.

Pasaron el resto de la mañana estudiando los hechizos que iban siendo aprobados, compartían ideas y opiniones con respecto a cómo debían realizarse; pero Lara sabía que la única forma de saberlo era simplemente forjarlos, una vez que eres consciente del poder dentro de tu cuerpo, no hay forma de explicarlo con palabras.

Para la etapa práctica, que le correspondía a ella, Javier y Evan salieron al jardín trasero de la propiedad; una vez que se pusieron a trabajar no quedaba espacio para nada más en sus mentes, debían enfocarse por completo en la fuerte energía que estaban manejando. En ese tenor de trabajo y estrés trascurrieron los siguientes días, dormían apenas lo necesario para recargar sus fuerzas y antes del amanecer, sin importar el clima salían al jardín para continuar. Las plantas y murallas sufrían las consecuencias de su entrenamiento; conforme pasaban los días se veían lastimadas, quemadas, rotas o incluso completamente destruidas.

Los cambios drásticos de los que había hablado Dalia comenzaron a notarse en todos, era como si el simple conocimiento de la fuerza superior los hubiera modificado. Lara tenía la ventaja de que su visión le permitía notar con mayor rapidez los cambios en los halos de sus acompañantes, comprendió sin que se le informara que Joseph y los gemelos pertenecían a la familia Marioní, también que Tabitha era una Varzán; esto lo supo únicamente por observar los patrones energéticos que rodeaban a cada familia, ya que no

les quedaba tiempo ni para conversaciones, los momentos que tenían libres los ocupaban en asuntos cruciales como comer, bañarse o dormir. También reconoció la modificación que sufrían día a día los halos de los primogénitos; daban un enorme salto cuántico cada vez que dominaban un nuevo hechizo; sin embargo, sabía en su corazón que por mucho que hubieran evolucionado en esos últimos días, no eran lo suficientemente fuertes como para vencer a Denon; él tenía a los demonios de su lado, tal vez incluso al mismo Lucifer y necesitarían mucho más que tres jóvenes recién iniciados para ganar. Por esa razón, para la cuarta noche de estancia en la casa de seguridad, creó un hechizo especial para contactar a Síle, probablemente ella le daría al menos un indicio de lo que se requería para vencer a David. Por desgracia, si quería que fuera lo suficientemente potente necesitaba la ayuda de Javier y Evan, así que al finalizar las prácticas los detuvo antes de que se marcharan a descansar.

— Antes de irnos –dijo Lara cuando se disponían a retirarse –necesito que hagamos un hechizo más.

— ¡Lara! –protestó Javier, quien moría por ir a donde Elisa.

— ¿Cuál? –preguntó Evan tomando su lugar en el círculo mágico marcado en el centro del jardín.

— Es uno nuevo.

— Pero no han aprobado nada nuevo desde ayer –discutió Javier.

— Este es diferente –informó Lara–, yo lo hice.

— ¿Para qué sirve? –preguntó Evan interesado.

— Debo contactar a alguien, es muy importante, de lo contrario no se los pediría –confesó Lara un poco desesperada.

— ¿A quién? –preguntó Javier exasperado.

— Es una larga historia, que les contaré en caso de que tengamos éxito.

— Hagámoslo –aceptó Evan, viendo a Javier.

— De acuerdo, pero que sea rápido.

— Gracias –dijo Lara–, lo único que necesito es que mantengan sus posiciones y canalicen su poder hacia mí como lo hacemos en el hechizo de ataque, yo haré el resto –los dos chicos aceptaron y comenzaron el proceso concentrándose como usualmente hacían; una vez que Lara percibió el poder de los tres fluir en su mente, siguió la estela dejada por Síle la última vez que habló con ella–. ¡Síle! –pensó Lara–, responde por favor –pasaron unos segundos y por fin escuchó la voz cantarina de Síle en su mente.

— ¿Me puedes decir por qué me atacas?

— No estoy atacándote –respondió Lara.

— Claro que sí, enviaste una descarga de poder que casi me tira de la silla.

— Fue la única manera en que logré que me escucharas.

— Te escuché todas las veces anteriores, sólo que no quise responder.

— ¿Por qué?

— Ay pero que tonta ¿por qué alguien no responde el teléfono? Simplemente no tengo nada que hablar contigo.

— Tú sabes qué tenemos que hacer para vencer a David, el tiempo se acaba y nosotros solos no podremos.

— Mira niña, tengo muchas cosas de que preocuparme sin necesidad de agregarte a ti y tu tonta Orden a la ecuación así que déjame en paz.

— ¡Te necesito por favor ayúdame! –suplicó Lara desesperada–, dame al menos un indicio, su punto débil o algo que me dé dirección.

— Si te pongo en una dirección será la que a mí me convenga, ya te lo dije una vez, no soy de fiar.

— Pero nos salvaste.

— Yo no hice nada.

— Por favor –susurró Lara–, el infierno no puede ser liberado.

— Si te doy una pista ¿prometes no volver a molestarme?

— Lo prometo –aceptó animada.

— David será vencido por la sangre.

— ¿Esa es tu pista?

— Lo prometiste Lara, ahora sal de mi cabeza –inmediatamente Lara sintió que se levantaba una pared entre su mente y la de Síle; el golpe energético fue tan poderoso que la lastimó físicamente y cayó de rodillas al pasto quemado.

— ¿Qué fue eso? –preguntó Javier desconcertado, mientras Evan corría hacia Lara–, se sintió genial.

— Yo diría más bien doloroso –dijo Lara sonriéndole a Evan.

— ¿Cómo puedes estar sonriendo? –preguntó devolviéndole la sonrisa–. ¿Nos dirás quien es Síle?

Los tres se quedaron sentados en el jardín mientras Lara les contaba la historia de cómo había conocido a Síle; cuando hubo concluido, Evan y Javier se veía el uno al otro desconcertados.

— Después de todo lo que hemos pasado y aprendido, esto no puede ser tan extraño –reflexionó Lara–, ¿o sí?

— Tal vez no, pero sí peligroso –dijo Evan muy serio; Lara iba a refutar pero no la dejó–. Podría ser un engaño de David.

— No lo creo –dijo Javier sorprendiéndolos a los dos –ya tenía a Lara y Esteban en su poder, no le serviría de nada inventar algo así.

— Puede ser –aceptó Evan–, de todas formas no creo que debamos contactarla de nuevo.

— Aunque lo hiciéramos no respondería –dijo Lara; los dos chicos la vieron asintiendo y comenzaron a levantarse. Elisa salió de pronto al jardín, avanzando a hurtadillas llegó hasta Javier y le dio un suave beso en los labios.

— ¿Ya les preguntaste? –lo interrogó ansiosa.

— Eli, no me parece buena idea –respondió Javier; Lara y Evan los veían curiosos.

— ¿Qué nueva ocurrencia tuvo? –preguntó Evan.

— Hoy es la clausura del festival medieval en Cesis –explicó el aludido –y desde que comenzó el dichoso acontecimiento, no ha dejado de pedirme que vayamos.

— Por favor Evan, iremos disfrazados, nadie sabrá quiénes somos –suplicó Elisa.

— No lo sé, si alguien se entera tendremos muchos problemas, es un riesgo innecesario.

— Nadie se dará cuenta, Tabitha y los gemelos también irán; ya nos encargamos de las habitaciones, parece que dormimos.

— ¿Dónde están? –preguntó Lara emocionada.

— Nos esperan en una camioneta al lado del camino.

— Lara ¿tú también? –preguntó Evan extrañado.

— Puede ser la última oportunidad que tengamos de divertirnos –Evan entendió de inmediato a lo que se refería –mira, si algo sucede vamos los tres primogénitos; además, todavía faltan tres días para que se cumpla el plazo de David y seamos realistas, estaremos tan a salvo en Cesis como lo estamos aquí.

— Tiene un buen punto hermano –opinó Javier; Elisa sonreía esperanzada.

— Creo que la mayoría gana –aceptó Evan. Lara y Elisa brincaron felices –pero tengo un problema.

— ¿Amanda? –preguntó Lara, él asintió con la cabeza–, invítala –sugirió.

— ¡Estás loca! –exclamó Elisa–, además me la encontré en tu dormitorio –le dijo a Evan–. cree que te reuniste con papá y que me mandaste a disculparte con ella.

— Eres...

— ¡Genial! Lo sé –completó ella por su hermano–. ¿Ya podemos irnos?

Los cuatro jóvenes rodearon la casa cuidándose de no ser vistos a través los ventanales; cuando llegaron al frente el guardia del portón estaba esperándolos con la cortina entreabierta, pasaron por abajo agachados y vieron a los demás que esperaban en la camioneta justo como Elisa había dicho, corrieron hasta el vehículo y subieron; se acomodaron apretujados y Peter quien conduciría arrancó a toda velocidad.

— ¡Lo logramos! –exclamó Peter.

— No puedo creer que sobornaran al guardia –dijo Evan sorprendido.

— No sobornamos al guardia, por desgracia fueron al menos diez guardias –informó Peter–, así que me deben muchos lats.

— Esto se pone cada vez mejor –dijo Evan. Lara quien viajaba a su lado, tomó su mano entrelazando sus dedos.

— Ya lo creo –afirmó ella–, y yo planeo disfrutar de estos momentos, aunque sean robados.

— ¡Así se habla chica! –dijo Tabitha guiñándole un ojo en complicidad.

Capítulo XIX

Cesis es una pequeña pero hermosa ciudad, que en días como ése, se viste de fiesta y recibe cientos de turistas gracias al festival medieval; Lara y Elisa se comportaban como pequeñas niñas emocionadas mientras la camioneta transitaba las abarrotadas calles de la ciudad. Peter encontró un lugar para estacionar la camioneta y en cuanto estuvieron abajo, Elisa abrió el portaequipaje del vehículo, del que comenzó a sacar largas bolsas con disfraces para cada uno de sus acompañantes.

— ¿Cuánto tiempo tienes planeando este viaje? —preguntó Ian sorprendido, mientras recibía su traje.

— Desde que llegamos a la casa de seguridad —respondió la chica con la vista clavada en los disfraces que sostenía.

— ¿Cómo conseguiste los trajes? —preguntó Tabitha recibiendo un hermoso vestido color vino.

— Igual que Peter logró sacarnos de la casa.

— ¿A quién sobornaste? —preguntó Evan molesto.

— No te lo diré —respondió la chica.

En pocos minutos estuvieron todos listos para disfrutar de su paseo; comenzaron el recorrido con rumbo al castillo de Cesis, lugar en el que se desarrollaba el festival; se mezclaron con el resto de la gente que se dirigía también al castillo. Lara aprovechó la situación para rezagarse un poco junto con Evan, cuando estuvieron a una distancia en la que consideró no podrían escuchar los demás, comenzó a interrogar a Evan.

— ¿Cuándo te comprometiste con Amanda?

— ¿De verdad quieres hablar de ella esta noche?

— Necesito saber...

— Si lo deseas... –aceptó –mereces una explicación –Lara tomó su mano para darle confianza y le sonrió–. Fue cuando cumplí veintiuno; habían pasado más de tres años desde la última vez que tuviéramos noticias de Esteban, mis padres los creyeron muertos, así que decidieron que era tiempo de buscarme una esposa, la razón más poderosa fue que sintieron miedo; si David había terminado con ustedes, bien podía matarlos a ellos en cualquier momento y si La Orden se quedaba sin líderes yo tendría que asumir el liderazgo, pero no podía hacerlo sin una esposa.

— ¿Por qué no se han casado entonces?

— Poco tiempo después de celebrar el compromiso, Esteban se comunicó con mis padres –Evan guardó silencio apenado, como si estuviera confesando su peor pecado–, Amanda me ha estado presionando desde que cumplió la mayoría de edad para que acordemos la fecha de la boda... pero no he podido –Evan se detuvo y se paró frente a Lara; la gente pasaba a su espalda pero por un momento desaparecieron todos, tomó las dos manos de Lara y la veía a los ojos con intensidad; entonces, se encerraron en su burbuja privada una vez más y su alrededor se tornó de un violeta profundo a los ojos de Lara–, te esperaba a ti –confesó–, una parte de mí deseaba que me exigieras romper el compromiso con Amanda.

— No puedo hacer eso, le diste tu palabra.

— Ya lo sé... me convencí de que eres mucho mejor que eso el día que te confesé mi amor. Siempre serás superior a mí.

— Estás equivocado, lo que más deseo en este mundo es que la abandones por mí; el día que hablamos tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no exigirte a gritos que

estuvieras conmigo y no con ella; pero me detuve, no por Amanda, sino porque ya entiendo lo que significa el compromiso para un hombre de La Orden, sé que si faltas a tu palabra atraerás la deshonra, no sólo a tu persona, sino a tu familia entera y eso no puedo permitirlo.

— Tengo razón entonces, eres mejor que yo, porque a mí, el honor dejó de importarme hace mucho tiempo en un pequeño lugar llamado Guanabacoa. Así que por favor pídemelo... Una sola palabra bastará, lo sabes.

— No lo haré; a esta altura ya no tendría sentido, sería en vano estando tan cerca del final –Lara besó con devoción la mano de Evan–, lo único que podemos hacer es disfrutar esta noche, es todo lo que tenemos.

— Si es la única, entonces será la mejor –afirmó él besando su frente.

Caminaron de la mano siguiendo a la multitud hasta llegar al castillo. Lara no sabía ni para dónde ver, todo era maravillosamente medieval a sus ojos; desde el bello vestido rojo sangre que Elisa había escogido para ella, hasta el imponente castillo divinamente iluminado para la ocasión. Cruzaron el puente de madera que llevaba al interior del castillo, al bajar la pequeña escalinata se encontraron con el resto del grupo esperándolos.

— No vuelvan a hacer eso –dijo Javier molesto–, ya es suficientemente riesgoso que estemos aquí como para complicarlo más separándonos.

— Tienes razón –respondió Evan–, estaré más atento.

— Entraron todos juntos al castillo y descubrieron que se desarrollaba la réplica de un baile medieval, Elisa emocionada jaló a Javier y se dirigieron a la pista de baile, Tabitha e Ian los imitaron dejando a Evan y Lara con Peter.

— Por favor, no se detengan por mí –dijo Peter–, vayan a bailar, yo buscaré la comida –informó alegre.

— Gracias –dijo Lara encaminándose a la pista con Evan.

La orquesta tocaba un suave vals cuando llegaron a la pista; Evan comenzó a guiarla y de inmediato se sincronizaron con la armoniosa melodía, Lara sonreía extasiada.

— Cuando era niña soñaba que bailaba con un apuesto príncipe –confesó de pronto.

— Tus sueños no eran muy originales en ese entonces –respondió Evan divertido.

— Todavía no lo son, porque desde que te conocí, sueño que tú eres ese apuesto príncipe.

— Vaya príncipe mediocre que elegiste –respondió mientras daban un ágil giro.

— Lo importante es que a pesar de no ser un sueño original se hizo realidad –comentó después de dar una carcajada provocada por el giro que habían dado–, y la realidad siempre es mucho mejor que los sueños.

— Mi sueño también se cumplió cuando te conocí y también fue mejor en la realidad que en los sueños –confesó. Lara lo veía con curiosidad–. La imagen que tenía de ti era muy vaga comparada con la verdadera Lara; pero vamos, tengo que aceptar que ninguna mente humana es tan creativa como para generar algo tan maravilloso como tú –Lara sintió que toda la sangre se le acumulaba en las mejillas.

— Tenías razón, esta es la mejor noche...

Un fuerte estruendo la interrumpió; la orquesta dejó de tocar y la gente de la pista se paralizó por un momento, inmediatamente después se escucharon los gritos de terror que daba la gente que se encontraba afuera del castillo; sin importar cuál había sido el motivo del alboroto en el exterior, el pánico se apoderó de los presentes y todos comenzaron a correr asustados en diferentes direcciones; Evan agarró con firmeza a Lara y la guió hasta un rincón del amplio salón.

— ¡Llegó el momento! –gritó Lara haciéndose escuchar por encima del bullicio generalizado–. ¡David está aquí! Puedo sentirlo –afirmó y su cuerpo se erizó en confirmación.

— ¡Necesitamos estar juntos! –dijo Evan. Los dos comenzaron a buscar entre la multitud, con la esperanza de localizar cuando menos a Javier.

— Ahí están Ian y Tabitha –dijo Lara señalando a los chicos–, ya vienen para acá.

— Javier ¿dónde estás? –preguntó Evan impaciente.

De pronto, el panorama cambió por completo, la multitud se detuvo en su lugar y la gente comenzó a caminar con paso lento hacia la pista de baile; fue entonces cuando pudieron ver al resto de sus acompañantes, puesto que eran los únicos que aún tenían dominio de sus propios cuerpos y corrían desde diferentes puntos del salón hacia el lugar en el que se encontraban Evan y Lara.

— Ya está en la pista Evan, no sé por qué no se ha mostrado todavía.

— Mantén la calma –respondió–, debemos estar centrados para enfrentar lo que venga –Lara asintió y cambió su postura por una de total seguridad. Recordó todo lo que ese hombre le había hecho a su familia y fue suficiente para que el valor regresara a ella. En pocos segundos estuvieron todos reunidos en el rincón del salón.

— ¿Cuál es el plan? –preguntó Peter.

— Tú te quedas encargado de proteger a Elisa –respondió Evan–, dudo que les permita irse, pero en cuanto comience la batalla se distraerá y tendrán su oportunidad.

— No los abandonaremos –intervino Tabitha indignada.

— Tienen que hacerlo –refutó Lara–, nosotros somos los responsables de esto.

— Ian y yo podemos ayudar.

— Lo único que deben hacer es regresar a la casa de seguridad y avisar a los demás –dijo Javier.

— Ya basta de charla muchachos –interrumpió la voz de David que se escuchó magnificada en todos los rincones del salón–, es de pésima educación cuchichear; además, están distrayendo a mi prometida.

— Los demonios han llagado –informó Lara con tono firme, mientras comenzaba a caminar. Evan intentó detenerla pero pronto descubrió que David lo había inmovilizado, al igual que al resto del grupo.

— Apresúrate cariño que no tenemos toda la noche –dijo David con parsimonia; Lara caminó más rápido hasta llegar a la mitad de la pista, cuando estuvo a su lado notó que la gente se había acomodado formando un pasillo con sus cuerpos, que terminaba en un altar al fondo del salón en el que no había reparado al llegar.

— Sabías que vendríamos –afirmó retadora.

— Yo lo sé todo cariño –fue su respuesta, mientras le ofrecía el brazo a Lara, quien lo tomó gobernada por una fuerza externa–. También sé que estás ansiosa por tener tu boda, aunque no sea conmigo –se burló–, no te preocupes la tendremos pronto pero antes, hay un pequeño trámite que debo completar. ¡Tabitha!, ven aquí preciosa –la chica obedeció forzada por la coerción de David igual que Lara; Ian quiso agarrarla pero no pudo mover ni un músculo, con trabajo logró maldecir mientras veía a su novia caminar hacia él–, mas rápido niña, como dije hace un momento, no tenemos toda la noche –repitió, disfrutando de su dominio sobre ellos. Tabitha se detuvo frente a él–, gracias por guardarme esto –dijo, arrancando del cuello de la chica la cadena de la que colgaba el dije de lágrima que había usado como péndulo para localizar a Lara–, Zeros –informó sonriéndole

a Tabitha, quien lo veía desconcertada-, ¿no habrás creído ese cuento de que no tenía la gema?

— No la tenías –respondió Lara.

— Pero sabía quien sí y el conocimiento es la mejor arma... Deja ya de distraerme cariño –la reprendió dándole un toque cariñoso en la punta de la nariz-, debemos pasar a lo verdaderamente importante –volteó a ver a Tabitha una vez más-, tú, regresa con tus amiguitos; y tú –le dijo a Lara-, vendrás conmigo.

Tabitha caminó de regreso al rincón en el que se encontraban los demás; David y Lara avanzaron hacia el altar al fondo del salón, al llegar, David la dejó junto a la enorme mesa del supuesto altar y la inmovilizó, después colocó la gema en el centro de un extraño diagrama dibujado en medio de la mesa. Lara observó por primera vez el contenido del altar y supo que le serviría a David para liberar a Zeros, la convicción la inundó, debía evitarlo a toda costa y tenía a su favor encontrarse tan cerca de Denon; comenzó a reunir energía, su cuerpo se convirtió en un imán que la atraía de todos los presentes.

— Desgraciadamente, en esta ocasión no es suficiente que yo sea un Marioni –dijo David a modo de confidencia-, al parecer es necesaria la sangre de los primogénitos de La Orden y como yo deserté hace tiempo, no califico –informó-, así que formaremos un armonioso círculo... ¡Javier! ¡Evan! –gritó señalándolos-, sean tan amables de acompañarnos por favor –los dos obedecieron dirigiéndose al altar rápidamente. Lara sintió que por una vez la suerte estaría de su lado, si los colocaba en círculo tendrían una oportunidad de atacar.

— ¿No crees que tu plan es un poco estúpido? –preguntó Lara sonriendo. David tronó los labios en señal de desaprobación, confirmándole que había logrado lo que deseaba,

lo había contrariado—. Cariño —continuó la chica imitando el tono que él mismo había usado con ella—, piénsalo por un segundo, liberas el infierno en la tierra... entonces tú y yo ¿dónde viviremos? Porque no creo que Dios nos permita la entrada al paraíso después de lo que vamos a hacer esta noche y como no llegaremos vivos ni a la luna de miel, nos quemaremos en el infierno por toda la eternidad —Javier y Evan se colocaron en su lugar alrededor de la mesa—, a menos, claro, que hayas sido muy listo al momento de negociar tu pacto con Lucí. Pero como dije antes, eres estúpido así que dudo mucho que hayas hecho un trato ventajoso para nosotros —a Javier se le escapó una risita.

— Silencio —respondió David y de inmediato los labios de los tres quedaron sellados—, tus amiguitos pagarán por tu insolencia —afirmó, enviando un rayo que golpeó a Elisa, Tabitha y los gemelos; Lara vio horrorizada cuando los cuatro recibían el impacto que los hizo volar por el aire, atravesaron violentamente un alto ventanal y finalmente desaparecieron en el oscuro exterior.

— ¡No! —gritó Lara mentalmente; regresó la vista llorosa al altar, para encontrarse con la angustia e impotencia manifestadas en las miradas de Evan y Javier.

Las manos izquierdas de los primogénitos se extendieron frente a sus cuerpos y sobre la mesa; una hoja filosa e invisible cortó sus palmas simultáneamente y la sangre fluyó profusamente fuera de ellos, cayendo sobre el altar; Lara ignoró el dolor pues continuaba absorbiendo la energía, supo el momento exacto en que Javier y Evan comenzaron a enviarle la suya voluntariamente; habían comprendido lo que planeaba y la furia provocada en ellos por el último ataque de David los hacía aun más poderosos de lo que jamás habían sido; saber que confiaban en ella incrementó su determinación. La gema en el centro de la mesa empezó a

sacudirse violentamente cuando David habló; Lara no reconocía el idioma y supuso que era letón, una sonrisa involuntaria se formó en sus labios y Evan que la observaba concentrado se limitó a poner los ojos en blanco, casi divertido por lo irónico de su situación. Lara regresó su atención a la gema y cuando la vio flotar levemente sobre la mesa decidió que había llegado el tiempo de atacar; le dio la forma que deseaba a la energía y cuando estaba a punto de lanzarla contra la gema, una enorme pared mental se levantó frente a su ataque; por un momento pensó que se trataba de David bloqueándola, pero después supo que no era él sino Síle quien la saboteara.

— ¡Síle! ¡No lo hagas! –pensó.

— Te dije que no era de fiar –respondió serena la vocecilla de Síle en su mente.

— ¿Por qué haces esto? ¡Tenía una oportunidad!

— La tendrás después, pero no contra Zeros sino contra David, es el enemigo real.

— ¡Zeros es un demonio! ¿Por qué quieres liberarlo?

— Te diré cuándo atacar –fue su única respuesta.

Lara veía aterrorizada cómo se quebraba la gema; no podía creer que Síle la hubiera detenido. Empezó a salir un humo blanco de la joya; al principio era un pequeño hilo, pero gradualmente fue creciendo hasta convertirse en una enorme masa humeante, que posteriormente tomó la forma de un hermoso ángel de piel tostada, cabello rubio como el sol y enormes alas color marfil. Esa ocasión Lara no se dejó engañar por las apariencias e intentó lanzar su ataque una vez más contra Zeros pero Síle se lo impidió de nuevo.

— Deja de atacarlo –amenazó Síle–, te distraes de lo importante; David se acercará y querrá esclavizarlo, cuando lo haga bajará la guardia por tan sólo un instante, será tu momento de atacar, debes hacerlo directo al corazón, es la

única forma de matarlo y regresar a los demonios al lugar del que jamás debieron salir.

— Por eso no me dejaste atacar a Zeros, tengo que matar a David.

— ¡Concéntrate! —gritó Síle, provocando que Lara se enfocara por completo en su nuevo objetivo. Zeros levitaba sobre la mesa en un estado inconsciente; David se acercó a él y comenzó una nueva letanía—, en un momento levantará los brazos y cerrará los ojos, aprovecha esa oportunidad para atacar porque será la única que tendrás.

Lara centró su atención en David y a la vez supo que podía continuar recolectando energía, Javier y Evan habían dado todo el poder que tenían y ella había drenado a toda la gente que seguía paralizada a su alrededor; sin embargo, su cuerpo recibía potencia extra, una de las fuentes se mantenía oculta afuera del castillo y la otra era sorprendentemente Zeros; Lara entendió que esa energía era diferente, no se sentía como la energía normal de un ser humano, ni como la de los síquicos como Evan y Javier; era mucho más pura, mucho más poderosa: era angelical. Y le entregaban voluntariamente su maravillosa energía a ella.

— ¡Ahora! —gritó Síle, a la vez que David levantaba los brazos y cerraba los ojos.

Lara obedeció en el momento justo y lanzó el poderoso ataque directo al pecho de Denon; logró ver cuando la energía de un blanco cegador salía de sus manos extendidas en forma de un enorme rayo y atravesaba limpiamente el pecho de David, dejando un enorme hoyo en el lugar en el que un momento antes estaba su corazón.

En el instante en que David murió, todas las personas que habían permanecido bajo su control reaccionaron y se desplomaron debido a que Lara les había drenado la energía; mientras la gente comenzaba a regresar a la consciencia

cia, se formó una enorme masa de humo y llamas, rodeada de rayos y relámpagos, como si se tratara de un volcán en erupción, pero que en lugar de expulsar lava, absorbía a los demonios que se habían encontrado bajo el dominio de Denon, todos habían estado rodeando el castillo, unos incluso lucían como turistas normales, pero al ser alcanzados por la energía absorbente del cráter, se convertían en esferas gaseosas.

Capítulo XX

A pesar de encontrarse completamente drenados, Evan, Javier y Lara se levantaron trabajosamente y avanzaron hacia la salida del castillo; nada les importaba mas en ese momento que sus amigos heridos por David, así que llegaron hasta ellos tan rápido como su cuerpo se los permitió; los vieron desde la distancia, puesto que las luces del castillo ya se habían restablecido. Sintieron un gran alivio al ver que estaban levantados; desgraciadamente, esa emoción no duró más que un momento, pues al acercarse más pudieron ver que Ian y Peter rodeaban a Tabitha, quien estaba sentada en la tierra sosteniendo entre sus brazos el cuerpo inerte de Elisa. Sacando fuerzas de la desesperación corrieron hasta ellos.

— ¡Elisa! –gritó Javier cayendo hincado junto al cuerpo de su novia–. ¡No! ¡Dios, por favor, no! –Evan se arrodilló frente a ella y le tomó el pulso mientras Tabitha negaba con la cabeza y lloraba. Al notar que la vida había abandonado el cuerpo de su hermana pequeña, Evan perdió la fuerza y se derrumbó en su costado.

— ¡No! –gritó Lara desgarradoramente, cuando supo que no había esperanza. Peter la sostuvo justo a tiempo, evitando que se desplomara golpeándose contra el suelo.

Juntos lloraron la pérdida de la hermosa chica que iluminaba habitaciones con su sola presencia; Lara no podía quitar de su mente el recuerdo del alegre rostro de Elisa llamándola hermana, en una playa lejana; parecía un recuer-

do inventado, suplantado con el de David lanzando el rayo contra ella, haciéndola atravesar un vitral.

— Lara –dijo Síle. Lara no podía responder ni siquiera mentalmente–, mírame –pidió la voz. Lara levantó dificultosamente la vista para ver por primera vez a Síle, un hermoso ángel de piel cremosa, con largo cabello color oro oscuro y un bello vestido blanco, del que salían unas enormes alas color marfil; iguales a las de Zeros, quien flotaba a su lado –todavía no es su momento –afirmó amorosamente, mientras descendía para colocarse junto a Elisa, los demás se hicieron a un lado y ella colocó ambas manos sobre el pecho de la chica, una luz tan pura como su creadora iluminó el cuerpo de Elisa devolviéndole la vida; Elisa inhaló profundamente y abrió los ojos.

— ¡Elisa! –exclamó Evan maravillado, el alivio y felicidad, eran tan manifiestos en todo el grupo que Lara creyó que podría incluso tocar las emociones.

— Lara –dijo Síle–, sé que tienes mucho por hacer y celebrar pero necesito que me regales un minuto de tu tiempo.

— Por supuesto –respondió limpiándose las lágrimas de alegría del rostro. Para su sorpresa, en un parpadeo Zeros y Síle modificaron su apariencia, desaparecieron las alas y cambiaron sus ropas angelicales por unas totalmente terrenales. Caminaron los tres tan sólo lo suficiente para no ser escuchados por nadie más.

— Hoy se te han otorgado muchos dones –dijo Síle.

— Estoy muy agradecida con ustedes por todo lo que hicieron por nosotros.

— Tengo un mensaje para ti –dijo Zeros, Lara le prestó toda su atención–, a partir de hoy serás la protectora de la herencia salomónica, se te permitirá conservar los dones que ya posees y el grimorio de La Orden de Palmira, pero también se te darán nuevas encomiendas en el futuro... Mientras eso sucede, concéntrate en fortalecer a La Orden; necesitarás ayu-

da, toda la que puedas conseguir, además los primogénitos son el arma más grande, deben continuar con su aprendizaje del grimorio que perteneció a los fundadores.

— Eso no suena nada alentador –reflexionó Lara.

— No debes preocuparte, estarás bien, sólo tienes que confiar en tu gente, pero sobre todo en ti misma –concluyó Zeros, regalándole una mirada tierna.

— Yo también quiero decirte algo –dijo Síle–, lamento haberte usado sin tu consentimiento para liberar a Zeros – Lara quería desmentirla pero Síle la silenció con un gesto–, lo que hice fue incorrecto y por ello he colgado los tenis, o tal vez sería más correcto decir; las alas, en este caso.

— Pero... –dijo Lara con tristeza.

— Tuve razones egoístas al actuar, deseaba que la verdad fuera dicha y se limpiara el nombre de Zeros, además no me fue nada mal, tenemos una larga y feliz vida humana por delante.

— Entonces nunca fuiste un demonio –reflexionó Lara.

— No –respondió Zeros–, los ángeles caídos me tendieron una trampa después de que logré cerrar las puertas del infierno, me atraparon en esa lágrima y no tuve tiempo de dar explicaciones. Por suerte mi adorada...

— ¡No digas mi nombre angelical! –lo reprendió Síle.

— Como te decía –continuó Zeros divertido–, mi adorada Síle, nunca perdí la fe en mí y después de todos esos siglos encerrado, tengo esta segunda oportunidad de vivir como humano, todo gracias a ella y a ti.

— Estoy muy feliz por ustedes –dijo Lara– pero les tengo una mala noticia, con ese aspecto jamás pasarán por simples humanos –rieron juntos y cuando Lara escuchó el sonido angelical al que ellos llamaban risa no pudo contener un par de carcajadas.

— Lo bueno de esto es que podremos ser amigas –dijo Síle–, dos simples humanas socializando.

— ¡Eso es maravilloso! –afirmó Lara–, ahora que eres humana ¿podremos seguir comunicándonos mentalmente?

— Existen los celulares –respondió Síle.

— Por supuesto –dijo Lara entre risas.

— Estaremos en contacto amiga humana –se despidió Zeros, mientras caminaban él rodeó por los hombros a su amada y ella se apoyó en él respondiendo su abrazo.

— Pero no tienen posesiones materiales... ¿Cómo conseguirán celulares?

— Nos arreglaremos –respondió él guiñándole un ojo.

Lara regresó con el grupo que continuaba celebrando el regreso a la vida de Elisa, se acercó corriendo a ella y se abrazaron emocionadas.

— ¿Te gusta mi nuevo color de ojos? –preguntó Elisa cuando se separaron llorosas y felices; Lara no podía creer lo que veía, los ojos de su amiga habían regresado a su hermoso color ambarino original–, parece que es un bono por morir antes de tiempo –Lara continuaba sin poder pronunciar palabra.

— El juramento decía: hasta el final de mis días –informó Evan–, tus días terminaron, los que te han dado son nuevos así que cuídalos.

— Sí hermano, lo haré –aceptó Elisa dándole un fuerte abrazo a Evan.

— Es maravilloso –logró articular al fin Lara llorando.

— ¿No crees que has llorado suficiente por un día? –preguntó Tabitha.

— Claro, dejaré de hacerlo –aceptó Lara–, ¿podemos ir a casa ahora? –preguntó completamente agotada.

— ¡Sí por favor! –exclamó Peter–, necesitaré dormir al menos una semana después de esta escapada con ustedes –apenas tuvieron energía para reírse del chiste de Peter y caminar hacia la camioneta al mismo tiempo.

Capítulo XXI

Arribaron a la casa de seguridad cerca de las tres de la mañana. El guardia encargado del portón los dejó pasar discretamente, justo como Peter había arreglado. Dejaron el vehículo frente a la entrada principal, sin importar ya que los descubrieran, puesto que de igual forma, cuando iban de regreso habían acordado revelar todo lo sucedido al resto del grupo en cuanto llegaran. Entraron a la casa como una caravana de alegres hermanos que regresan de una noche de fiesta, intentando hacer el menor ruido posible para que sus padres no se despertaran asustados por el bullicio; sin embargo, la verdadera sorpresa se la llevan ellos al encontrar parado en el pasillo a Esteban, con los brazos a sus costados como jarras visiblemente enojado.

— ¡Papá! –exclamó Lara feliz y se abalanzó hacia él para abrazarlo.

— Qué traviesos han sido... –dijo Esteban recibiendo el abrazo de su hija.

— ¡No creerás todo lo que nos ha pasado esta noche! –dijo ella soltándolo–, pero queremos que estén todos reunidos pera contarles.

— Los demás esperan en la biblioteca.

— Vamos –respondió Evan.

Esteban y Lara caminaron por el pasillo seguidos por el resto, al llegar a la puerta de la biblioteca Esteban abrió y mantuvo a Lara en el pasillo, permitiendo que los demás entraran antes que ellos.

— ¿Por qué está tan oscuro aquí? —preguntó Tabitha al entrar y se dirigió al interruptor, encendió la luz y de inmediato, la sorpresa acompañada de miedo se apoderó de todos; Héctor, Dalia y Joseph se encontraban sometidos y atados en el piso de la habitación.

— ¡No! —gritó Lara entrando a la biblioteca.

Todos se encontraban paralizados por la impresión de saber que no había terminado, David seguía vivo y estaba dentro de la casa de seguridad; Lara intentó avanzar, pero la mano de Esteban se cerró como un grillete alrededor de su muñeca deteniéndola. Los demás ya estaban con sus padres intentando reanimarlos.

— ¡Necesitan ayuda! —gritó Lara como protesta mientras encaraba a su padre; cuando lo tuvo de frente, su miedo se convirtió en horror, pues el halo de Esteban había cambiado hasta verse exactamente igual que el de David. Lara enfocó con firmeza la vista logrando al fin vencer la ilusión que Denon estaba generando, su físico se transformó hasta convertirse en el de David esquelético y retorcido.

— ¿Qué sucede preciosa? —preguntó irónico. Hasta ese momento nadie más había estado prestando atención a la escena que se desarrollaba tras ellos, pero el grito desesperado que dio Lara los hizo voltear.

— ¡¿Dónde está mi padre?! —exigió histérica. David la giró y la tomó por los hombros con un brazo, colocó con la otra mano una daga contra su garganta, advirtiendo a los demás que cuidaran sus movimientos.

— La última vez que lo vi estaba bastante muerto —dijo David riendo—, ustedes chicos —continuó dirigiéndose a los demás —tomen asiento por favor.

— ¡No! —gritó Lara dejándose vencer por el dolor.

— Oh sí cariño —dijo David—, de hecho, hace ya un buen tiempo que se encuentra en ese estado y que tú no quisieras

aceptarlo me dio la oportunidad de regresar como todo un héroe a La Orden.

— ¡Pagarás por esto! —amenazó Evan furioso e hizo un intento por moverse hacia ellos, pero David presionó con más fuerza la daga que amenazaba el cuello de Lara.

— ¡Yo te maté! —gritó Lara.

— He dicho que tomen asiento —repitió; sin embargo, en esa ocasión se escuchó claramente la impaciencia en su voz. No les dejó más remedio que obedecer, acomodándose en las sillas de una de las mesas frente a los cuerpos inconscientes de sus padres—. ¿Por qué esas caras sorprendidas? ¿No pensarían que vencerían a Denon de una forma tan burda? Unos cuantos fuegos artificiales y creen que han ganado —se mofó—, al fin niños ingenuos, un pequeño conjuro de duplicación y se tragaron completita la farsa de que habían atravesado mi pecho olvidando el detalle más importante y es que logré lo que ustedes supuestamente evitarían, liberé a Zeros; en cuanto mencionaste a Sile, supe que había un cabo suelto en mi plan, así que podemos decir que tú eres la responsable de lo que pasó hace un rato, sabía que tenía que probar el poder de esa tal Sile y gracias a ti descubrí que no es más que un ángel, también sé ahora que Zeros nunca dejó de serlo y que gracias al amor que se tienen Sile trabajó a mi favor sin saberlo.

— Zeros se ha ido, no podrás dominarlo —dijo Lara recuperándose ligeramente, pero sin poder dejar de llorar.

— De nuevo subestimas mi poder pequeña, pero esa actitud cambiará en un momento. El pacto ritual me dará dominio total sobre ti y Furfur hará el resto del trabajo —informó y con un ligero ademán de su cabeza iluminó el fondo de la habitación dejando al descubierto el plan completo; lo que horas antes había sido la biblioteca era ya una sala ritual, los librereros habían desaparecido y en su lugar se en-

contraba únicamente un enorme pentagrama dibujado en el piso y lo que alumbraba el espacio eran varias docenas de velas negras colocadas alrededor del diseño—. Me di cuenta de que esperar que respetaras las costumbres y que tuviéramos una boda normal era confiar demasiado en ti, así que decidí que pasaremos directo al pacto ritual y terminaremos con esto de una buena vez... En cuanto a ustedes —dijo refiriéndose al resto del grupo— deseo que a diferencia de sus padres presencien este gran acontecimiento, porque al parecer, todavía no respetan por completo lo que Denon significa.

— Eso es porque nadie que hable de sí mismo en tercera persona, merece respeto —espató Peter amenazante—, lo único que merece es ser internado en un pabellón psiquiátrico.

— Exactamente a eso me refiero; pero no me preocupa, muy pronto recibirán la educación que merecen y qué mejor que aprender de uno de ustedes —concluyó sarcástico mientras caminaba arrastrando a Lara hacia el pentagrama; en cuanto llegaron a su destino, Amanda entró a la biblioteca seguida por la guardia de la mansión, el rostro de Lara se iluminó con esperanza por un momento, pero pronto averiguó que esa emoción era la equivocada, pues todos los guardias que la seguían llevaban expresión retorcida y malévola, como si de hombres poseídos por demonios se tratase, pero esa no era la respuesta tampoco, la verdad era que se trataba de demonios únicamente, esos guardias nunca habían sido humanos.

— ¡Amanda! —exclamó Elisa con pánico.

— No es Amanda —corrigió Evan.

— Amor mío —dijo el cuerpo que parecía Amanda— ¿acaso no me reconoces? Soy yo, tu prometida.

— ¿Qué hiciste con ella? —preguntó Evan, conteniendo con mucha dificultad la ira que había acumulado en toda

la noche. En respuesta recibió las carcajadas amargas de David.

— ¡Ni siquiera llegaron a sospecharlo! No puedo creer tanta estupidez —afirmó David, mientras colocaba a Lara sobre una de las puntas del pentagrama—, te quedarás aquí —le ordenó, aplicando poder de coerción a sus palabras, ella se clavó en el lugar—. Ahora, queridos primogénitos, repetiremos el círculo así que vengan acá —Evan y Javier se levantaron y caminaron hacia él, seguidos por un guardia-demonio cada uno—, piénsalo bien Evan —dijo como si hiciera una confidencia—. ¿Cómo y cuándo conociste a Amanda? o ¿de qué familia viene? ¿Cómo sabes que pertenece a La Orden? —Evan meditaba el asunto concentrado mientras continuaba caminando—, no sabes nada de eso, porque yo la puse en La Orden; es más, ni siquiera sabes su verdadero nombre ¿o sí? —Evan veía incrédulo a la chica—, es mejor conocida como Furfur.

— Mi señor —llamó Furfur—, ¿qué desea que hagamos con estos? —preguntó señalando a los demás. El impacto en todos los rostros por la revelación fue enorme, sobre todo en el de Evan, la incredulidad se había apoderado de él.

— Manténlos inmovilizados y cuando hayamos terminado con el ritual serán tuyos.

— Gracias, mi señor —los guardias-demonios, se colocaron en círculo alrededor de los cuerpos inconscientes de los líderes y el médico de La Orden, mientras que Furfur vigilaba a Tabitha y los gemelos.

— Primero haremos el pacto ritual y después convocaremos juntos a Zeros —le dijo David a Lara acercándose a ella.

La mente de Lara era un enorme torbellino de imágenes y poder, no se encontraba completamente consciente de lo que sucedía a su alrededor, la embriagaba el odio y deseo de venganza; imaginaba todas las formas en que podía despedazar a David alimentando así su ira, sabía que el momento

final había llegado y estaba dispuesta a dar su vida si con eso lograba llevárselo con ella. Lo veía de reojo mientras comenzaba con los pasos del ritual y sabía que el poder de Evan y Javier estaba siendo dirigido hacia ella, a pesar de todo, continuaban teniendo un poco de fe aunque en esa ocasión no fuera suficiente, estaba consciente de que tendrían que permitir que el ritual se completara para que así estuviera conectada a David y tuviera al menos una oportunidad de atacarlo. Ya no sentía miedo, simplemente odio; odio y determinación, eran sus únicas armas.

Llegó entonces el momento, David se acercó a ella con la daga en una mano y un cáliz en la otra, Lara extendió su brazo con la muñeca expuesta para que realizara el corte, David colocó el cáliz debajo de su mano y abrió las venas de Lara con un solo movimiento; la sangre se derramó dentro de la vasija y cuando hubo lo suficiente, David retiró el cáliz y Lara bajó la mano sin siquiera intentar detener la hemorragia; él mezcló el contenido con su sangre repitiendo la operación en su propia muñeca, dijo unas palabras que Lara no entendió y tomó un largo sorbo del espeso líquido, después se la ofreció, ella la recibió y bebió la misma cantidad que él. Alcanzó a escuchar la voz de Evan desde un lejano punto de su cerebro, gritándole que no lo hiciera, que por favor no lo abandonara, pero no había nada que pudiera hacer para consolarlo o cumplir su petición, así que a pesar de su pena, decidió ignorarlo.

— Haz el juramento –ordenó David.

— No sé las palabras.

— Repite después de mí –exigió él y ella asintió –David Marioni.

— David Marioni –repitió Lara.

— He venido hoy a despojarte de tu nombre –Lara lo imitó– para brindarte el mío, serás conocido desde ahora como David Saloman.

— Para brindarte...

— ¡No! –gritó Evan interrumpiéndola.

— ¡Silencio!

La respuesta de David llegó demasiado tarde, cuando intentó asestar un ataque contra Evan, él ya se había movido de lugar abalanzándose con toda su fuerza contra David, haciéndolo caer sobre el pentagrama; Lara era a penas consciente de la batalla que se desataba a su alrededor, el trance del pacto en proceso era muy poderoso y la mantenía en un estado debilitado, pero comprendía en su corazón, que David se encontraba igual y que Evan, había elegido el mejor momento para atacar.

Cuando Evan comenzó la batalla, el resto de sus compañeros, quienes habían estado atentos a la espera de que algo como eso ocurriera, lo imitaron, tomando lo que estuviera a su alcance como arma contra los demonios. Al verse tomado por sorpresa, David no tenía suficiente poder para controlar la situación; por eso había llevado a sus demonios con él. Javier enfrentó solo a los dos guardias-demonios que los habían seguido hasta el pentagrama, Furfur fue atacada de forma simultánea por los gemelos y Tabitha quien había estado armando una defensa desde el principio, mantenía a Elisa y a los inconscientes dentro de una pequeña burbuja que dejaba fuera a los demonios; sin embargo, no duraría mucho tiempo. Evan forcejeaba con un David todavía en trance, pero aun así fuerte, azotó su espalda contra el piso mientras trataba de alcanzar la daga con la que estaba haciendo el ritual, pero David logró quitárselo de encima pateándolo con ambas piernas. Lara intentaba desesperada moverse para alcanzar la daga y dársela a Evan, pero su cuerpo estaba increíblemente pesado, debía pensar el algo pronto porque David no tardaría mucho tiempo más en reaccionar; la cantidad de luz en la habitación se multiplicó

de pronto, levantó la vista y descubrió la razón: las cortinas ardían en llamas, gracias a las velas que Evan y David habían tirado en su jaloneo, lo que significaba que contaba con menos tiempo del que calculó en un principio.

Era un hecho irrefutable que físicamente no podría nunca vencer a Denon, pero entonces recordó lo que la carta de Gabriel Saloman y Síle habían presagiado: será vencido por la sangre. Supo entonces lo que tenía que hacer, tal vez el ritual no se hubiera completado, pero al menos mientras estaban en ese estado de trance estaban conectados y si lo atacaba con su energía mentalmente, Evan tendría una oportunidad real de vencerlo. Era la única oportunidad de salvar a sus amigos que ahora luchaban tan valientemente contra los demonios, además no podía permitir que el mundo quedara en manos de ese maniático. Se dispuso a atacar, todavía quedaban vestigios del poder que había usado contra él esa misma noche, se concentró en reunirlos y asestó un golpe, que se reflejó de inmediato en David, quien había alcanzado la daga y se preparaba para enterrársela a Evan en la yugular pero al recibir el ataque de Lara su fuerza falló, las rodillas se le doblaron y se vio forzado a liberar el cuello de Evan; mientras él tomaba la daga, Lara recordó la indicación de Síle.

— ¡Evan! ¡En el corazón! —gritó.

Lara reunió la poca energía que le quedaba para completar el golpe de Evan y mientras éste asestaba, ella la envió en forma de rayo al mismo lugar exacto en que Evan enterró con furia el puñal.

Entonces lo supo, el Denon había muerto al fin.

Se escucharon los gritos infernales de los demonios y la gran masa de fuego y rayos que David había proyectado en el castillo de Cesis apareció al momento dentro de la casa, pero esa vez era real.

El caos se generalizó, la mansión comenzaba a derrumbarse y la bola de fuego crecía desmesuradamente cada vez que un nuevo demonio era absorbido. Tenían que salir de ahí pronto. Evan tuvo que cargar a Lara y correr librando las llamas hacia donde estaban los demás; Héctor, Dalia y Joseph comenzaban a levantarse ayudados por Tabitha, Elisa e Ian; mientras tanto, Javier y Peter rompían el enorme ventanal con el poco mobiliario que encontraban a su alcance. Se aventaron rápidamente atravesando los restos de vidrio del marco y cayeron en el jardín trasero, una vez ahí, tuvieron que arrastrarse lejos de la casa en llamas, que a los pocos segundos explotó, derrumbándose por completo.

El mermado grupo se quedó sin fuerzas a pocos metros de la construcción aún ardiente que antes fuera una fortaleza medieval. Lara lloraba desconsolada la pérdida de su padre en los brazos de Evan. Héctor, Dalia y Joseph exigían respuestas a los demás; los chicos explicaban perturbados los sucesos acontecidos en el transcurso de la noche a sus padres.

Mientras tanto, un maravilloso amanecer dorado, iluminaba el nuevo día desde el horizonte.

Epílogo

Después de cualquier tempestad llega irrefutablemente la calma; sin embargo, para los sobrevivientes del ataque, esa tranquilidad era muy relativa. El sufrimiento que atravesaron los miembros de La Orden de Palmira en las últimas dos décadas, dejó un sello que modificaría el destino de cada uno de sus integrantes de forma irremediable, y Lara Saloman, había sido marcada por sus ancestros y el universo mismo para liderar esta reestructuración; situación que no dejaba de rondar su mente ni un momento, a pesar del terrible dolor que desde hacía apenas unos días se había instalado en su corazón a causa de la muerte de Esteban.

Despertó acurrucada como una niña pequeña dentro de los brazos de su adorado Evan; la única persona en el mundo que podía confortarla en esos momentos. No habían estado fuera de Riga más de cinco días, pero bien pudieron haber sido cinco años, juzgando por los cambios que se habían producido tanto en ella como en el resto de sus acompañantes. Se incorporó ligeramente para comprobar visualmente cual era su ubicación en el mundo y descubrió que se encontraba en su habitación, en la sede de La Orden en Riga.

— Redze ir visvairāk skaisti, mana mīlestība –dijo Evan–, eres la visión más hermosa, amada mía –tradujo él. Lara le sonrió levemente.

— No sé si podré con esto, Evan.

— Podrás, mana mīlestība. Yo estaré a tu lado.

Esa mañana tendría lugar la reunión con el resto de los integrantes de La Orden; que por el momento, estaba conformada por los mismos diez que habían regresado con vida de Cesis.

— Además –continuó Evan– todos te aprecian y saben lo que hiciste por La Orden; aceptarán lo que les pidas.

— Eso es lo que me preocupa –confesó Lara, escondiendo la cabeza en el hombro de Evan, él sonreía.

— Anoche tuve el mejor sueño de mi vida –le contó, mientras acariciaba tiernamente su largo cabello.

— Cuéntame –pidió Lara, reacomodándose en sus brazos.

— Caminábamos abrazados por una tranquila calle, la reconocí, es aquí en Riga –Lara cerró los ojos para imaginar con mayor facilidad–, lo mejor de todo fue que no íbamos solos; delante de nosotros corrían y jugaban dos hermosos pequeños, alcancé a notar que uno de ellos tenía tus ojos.

— Tuve ese sueño una vez, pero estaba despierta.

Evan le sonrió tiernamente y ella se abrazó a él con la ligera esperanza de felicidad creciendo en su interior.

Al poco rato, se reunieron en la sala de juntas de la torre, los escasos miembros estaban sentados alrededor de la larga mesa ovalada; sus rostros todavía tenían marcas físicas y emocionales, los vestigios dejados por el último encuentro con David. Evan y Lara se acomodaron en dos lugares vacíos cercanos a los líderes.

— Ha llegado el tiempo de que hables con la verdad Lara –comenzó Héctor–, hemos esperado a que te recuperes para que nos comuniques las razones de tu solicitud de mantener alejado de Riga al resto del concejo, pero no podemos perder más tiempo, necesitamos reorganizarnos.

— Es cierto Héctor, y se los agradezco enormemente, realmente es muy sencillo lo que debo comunicarles, simple-

mente creo que no todos estarán de acuerdo y no me sentía con fuerza para defender mi postura –Dalia tocó levemente su mano animándola a continuar–, como todos saben, Zeros y Síle me dieron cierta información –la mayoría de los presentes asintió–. Zeros me comunicó que a partir de ahora yo soy la guardiana de la herencia salomónica y del grimorio de La Orden; también se me dijo que pronto recibiremos nuevas encomiendas; La Orden necesitará reorganizarse, también necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir y los primogénitos debemos perfeccionar nuestros conjuros así como ampliar nuestros conocimientos... –limpió su garganta antes de continuar–. Les pedí que esperáramos antes de reunir al concejo, porque deseo aclarar primero este punto ante ustedes y en caso de ser aceptado, sería mi elección no llamarlos a todos, necesitamos que nuestra organización esté integrada por gente que realmente pueda participar activamente. Todos debemos ser capaces de luchar, nuestra misión ha cambiado, dejamos de ser guardianes, a partir de ahora seremos protectores y como tales tendremos nuevas encomiendas; por ello creo que sería importante llamar sólo a aquellos dispuestos a luchar a nuestro lado y dejar al resto vivir sus vidas normalmente, que sean únicamente las tres familias fundadoras las que tomen las decisiones dentro de La Orden de Palmira, justo como en sus inicios –todos la escucharon atentamente y cuando terminó, la sala se quedó en silencio por varios minutos.

— Supuse que dirías algo como esto –dijo Héctor– y sólo me queda una forma de manejar tu planteamiento... Todos nosotros compartimos contigo lo que pasó en Cesis y por lo tanto creo que debemos tener igual peso en la toma de esta decisión –los presentes asintieron casi imperceptiblemente –pero antes de votar, expondré mi opinión con respecto a la situación general –dijo repasando firmemente con la vis-

ta los rostros de todos los presentes mientras continuaba-, las tres familias fundadoras son realmente las responsables de esta difícil tarea; probablemente, estamos pagando todavía los errores que nuestros ancestros cometieron cuando vinieron a este mundo, pero más allá de la razón, es la verdad la que acompaña a Lara este día; la familia Saloman ha sacrificado más miembros que ninguna otra familia protegiendo la magia salomonis, llegando a un punto muy cercano a la extinción; la prueba está en que Lara es la única sobreviviente del clan Saloman, el cual por cierto, siempre ha liderado a La Orden de Palmira. Así que mi opinión es que Lara tiene derecho de ejercer el liderazgo y nosotros la obligación de protegerla mientras lo hace, así como de respetar sus órdenes, igual que se ha hecho en el pasado con los miembros de su familia.

— La única pregunta que queda por hacer es ¿alguien en contra? –preguntó Dalia, con el rostro sereno. El resto de los presentes se veían unos a otros, esperando que alguien opinara en contra. Después de unos segundos sin respuesta, Dalia volteó a ver a Lara con una sonrisa compasiva-. Está decidido –Lara asintió con la cabeza y agachó la vista-, tendremos mucho trabajo que hacer a partir de ahora, yo opino que...

— Creo que hay una pregunta más –la interrumpió Evan-, debe hacerse antes de ponernos a trabajar, porque una vez que lo hagamos no quedará tiempo para nada más.

La más sorprendida al escucharlo fue Lara, quien levantó la vista atónita.

Evan se hincó en el lugar donde había estado antes su silla y abrió un pequeño alhajero dejando un deslumbrante anillo de diamante color rosa a la vista de todos; antes de que pudiera si quiera preguntar nada, Lara se lanzó a sus brazos articulando “acepto” entre sollozos.

Rectoría

Ing. Roberto Domínguez Castellanos
RECTOR

Mtro. José Francisco Nigenda Pérez
SECRETARIO GENERAL

C.P. Miriam Matilde Solís Domínguez
AUDITORA GENERAL

Lic. Adolfo Guerra Talayero
ABOGADO GENERAL

Mtro. Pascual Ramos García
DIRECTOR DE PLANEACIÓN

Mtro. Florentino Pérez Pérez
DIRECTOR ACADÉMICO

Dr. Eduardo E. Espinosa Medinilla
DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Lic. María de los Ángeles Vázquez Amancha
ENCARGADA DE LA DIRECCIÓN DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Lic. Ricardo Cruz González
DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN

L.R.P. Aurora Evangelina Serrano Roblero
DIRECTORA DE SERVICIOS ESCOLARES

Mtra. Brenda María Villarreal Antelo
DIRECTORA DE TECNOLOGÍAS DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIONES

Lic. Noé Fernando Gutiérrez González
DIRECTOR DEL CENTRO UNIVERSITARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

Dependencias de Educación Superior

Mtro. Jesús Manuel Grajales Romero
DIRECTOR DE OFERTA EDUCATIVA REGIONALIZADA

Mtra. Érika Judith López Zúñiga
DIRECTORA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA NUTRICIÓN Y ALIMENTOS

Dr. Ernesto Velázquez Velázquez
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS BIOLÓGICAS

C.D. Jaime Raúl Zebadúa Picone
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ODONTOLÓGICAS Y SALUD PÚBLICA

Mtro. Martín de Jesús Ovalle Sosa
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Ing. Francisco Félix Domínguez Salazar
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE INGENIERÍA

Antrop. Julio Alberto Pimentel Tort
DIRECTOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES EN ARTES

Dr. Alain Basail Rodríguez
DIRECTOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO
Y CENTROAMÉRICA (CESMECA)

Dra. Silvia Guadalupe Ramos Hernández
DIRECTORA DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN GESTIÓN DE RIESGOS Y CAMBIO
CLIMÁTICO

Dr. Alejandro Nettel Hernanz
RESPONSABLE DEL CAMPUS DEL MAR

Lic. Diego Martín Gámez Espinosa
COORDINADOR DEL CENTRO DE LENGUAS



La Orden de Palmira

Se terminó de imprimir durante el mes de mayo de 2012 en los talleres de Ediciones de la Noche, Madero núm. 687, 44100, Guadalajara, Jalisco. Teléfono: 33-3825-1301, con un tiraje de 500 ejemplares. El diseño tipográfico estuvo a cargo de Salvador López Hernández y la corrección de Luciano Villarreal Rodas. El cuidado de la edición fue supervisada por la Oficina Editorial de la UNICACH, durante el rectorado del Ing. Roberto Domínguez Castellanos.

Sus vidas están entrelazadas por un llamado tan antiguo como el tiempo mismo, regidas por el destino con una misión específica, pero serán sus acciones las que determinen si merecen o no la victoria en esta guerra ancestral.

